VARGAS VILA

PÁGINAS ESCOGIDAS

Enrique Díaz Díaz Ordóñez

PÁGINAS ESCOGIDAS

VARGAS VILA

Páginas Escogidas

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida del Cinco de Mayo, 45

1909

Propiedad del Editor.

Bertran & Castro,
Avenida 18 de Julio 950,
Casilla Correos 122,
Montevideo, Uruguay.

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

LITERATURA

DE « COPOS DE ESPUMA »

Rosa Mística.

Al pie del cerro abrupto la llanura desolada y en ella la ciudad terrosa y fría.

Una ciudad lúgubre y ruinosa, que alza sobre el llano glauco y dorado como el mar en la transparencia triste de un horizonte opalescente, las siluetas deformes de docenas de templos de arquitecturas grotescas, cuyas moles se diseñan como una contracción dolorosa del Arte, en la bruma blanca y dorada de los celajes andinos.

Hacia el sur donde la iglesia de Santa Bárbara alza su mole de ladrillos rojos en el silencio de una calle triste y guijarrosa alzaba su mole pétrea, lúgubre y austera, la casa de mistías.

Era el viejo caserón de un antiguo Oidor, espécimen el más puro de la vieja arquitectura española, con su amplio portal de piedra sobre el cual un escudo roto atestiguaba la inocente vanidad de un Escribano parroquial, hecho noble ultramarino en virtud de sus guineas, y pasado como auténtico en la genial estulticia de las gentes de mi pueblo, ata-

cadas de la incurable manía de títulos y blasones.

Amplios corredores con blancas columnas y blancos muros en cuadro, amplia la escalera de piedra, en cuyo descanso un San Cristóbal inmenso ostentaba sus formas de Hércules foráneo, y era allí centinela avanzado contra los ladrones, por inocente comisión de las dueñas de la casa.

Y en el patio inmenso, como una nota policroma, cantante y fúlgida la más bella y espléndida floración de geranios y de rosas, de claveles y de nardos, de alelíes y de convólvulos, esmaltando la tierra en turba multicolor, trepando por las columnas, enredándose en las barandas, y abriendo, en vegetación lujuriante, sobre extraños vasos, sus hojas llenas de encanto, sus cálices repletos de perfumes.

El salón, un gran salón de aspecto rectoral, tan grande, que sus ángulos se perdían en la sombra. Inmensos sofás de cerda, negros, con patas de león, rojos y dorados; grandes sillones de altos espaldares y brazos también dorados, que hacían pensar en un coro de canónigos, en un salón abacial, pronto para la reunión de un Capítulo de la Orden.

En los muros, altos y escuetos, entre imágenes piadosas, de una policromía deplorable, se ostentaban dos retratos al óleo cuya ejecución, menos que mediocre, los hacía de un ridículo conmovedor. En el uno, un Arzobispo, graso y sonriente, todo vuelto encajes, y telas violetas, mostraba con una satisfacción campesina su dedo índice, en el cual brillaba, como una gota de esencia de lilas, la amatista oscura de su anillo parroquial. Aquel Prelado, omnipotente en tiempos del coloniaje, estaba ligado

por no sé qué nexos de parentesco á la familia de la casa.

El otro retrato, en grotesca parodia rembranesca, era el del Marqués de la Perguera, el Escribano hecho Oidor y luego noble, merced á quién sabe qué ignoradas pilatunas.

Surgía, como una flor de cera, de entre el corpiño negro y las gorgueras blancas, el rostro amarillo y pérfido con mandíbulas de lobo y ojos de ave carnicera, del ilustre fundador de esa familia de nobles parroquiales, de la cual por lenta eliminación, no quedaban ya, fieles á esa quimera del pasado, sino esas tres viejas vírgenes, agotándose en el piadoso sonambulismo de sus sueños de Santidad y de Nobleza.

¡Oh las vírgenes sexagenarias, lirios de un jardín divino, cisnes de un místico lago, pálidas azucenas de holocausto!

Aún me parece verlas, á través de la bruma del recuerdo, vagar silenciosas y austeras, como grandes mariposas blancas en vuelo letárgico, por los salones desiertos y los amplios corredores de la vetusta casa señorial.

Manuela, la mayor, alta y fuerte, duro el ceño, altivo el gesto; una como Juno vírgen y anciana. Había majestad, hábito de mando en las inflexiones de su voz, en el mirar dominador de sus ojos glaucos y serenos, en sus maneras de gran dama devota, en sus vestidos raros, como ropas sacerdotales, en las facciones de su rostro clásico, como arrancado á una estatua de vestal.

Alta, delgada, pálida, Valentina, la segunda, flébil,

como un gran lis enfermo, parecía una vírgen de balada, una de esas mujeres-flores, que Wagner imaginó en las Baleares. Su tristeza habitual era imponente, como hecha de sueños perdidos y de cosas imposibles. Sus ojos verdes, de un encanto osiánico, con luces turbadoras, se hacían obscuros enclavados en el *bouquet* de violetas de sus ojeras profundas. Y se veía bien que el llanto y el dolor visitaban con su rocío y con sus visiones las pupilas de esa vírgen de cabellos blancos, cuya vida pasaba envuelta en una tristeza astral, en una atonía dolorosa, en la penumbra cálida de un sueño.

Dolores, la menor, pequeña, vivaracha, *mignonne*, delicada como un Saxe, conservando bajo el marfil ajado de su rostro el color de las rosas aún no muertas, y en sus pupilas negras árabes un fulgor de pasiones, aun no extintas, era como la alegría dolorosa de una vida frustrada, la resignación al Destino, la santidad heroica, abriéndose sobre los labios en la flor de una sonrisa perpetua.

Así, vegetativas, piadosas, en el encanto místico de su pureza arcaica, con su palidez de nardo seco, las tres vírgenes hacían pensar en pétalos de rosas olvidadas en las hojas de un viejo Antifonario.

La nota alegre, bulliciosa, ardiente del movimiento y de la vida, la dábamos los sobrinos, cuando, como una bandada de gorriones que abaten el vuelo en una era, caíamos en la casa silenciosa.

Aquella explosión de vida, aquel rayo de contento, entraban como un despertar de aurora en la calma archisevera de la mansión monacal.

La gravedad de Manuela, la tristeza de Valentina,

se dulcificaban como por encanto, y los ojos de Dolores lanzaban una extraña luz nostálgica, como de alegrías muertas, que quisieran revivir.

Las sirvientas también viejas, silenciosas, austeras, como crecidas al lado de esas Dianas, severas y devotas, tomaban aire de fiesta y la casa era territorio conquistado por la turba bullidora. Sólo permanecían cerrados, inaccesibles á nosotros el gran salón donde el Oidor titulado ostentaba sus gorgueras, y el cuarto de Valentina, del cual por la ventona entreabierta sólo alcanzaba á verse prendido al muro, envuelto en crespones, el retrato de un adolescente, bello, imberbe, de mirada despótica, vestido de riguroso uniforme militar. Y al pie sobre una cómoda de nogal, en un vaso de porcelana azul, un gran ramo de nardos, apenas entreabiertos.

Por lo demás, ni el oratorio, oloroso á incienso y cera y lleno de flores frescas y piadosas reliquias, escapaba á la rumorosa y consentida invasión.

¡Ay, cómo fué enluteciéndose esa casa! La muerte fué despoblando lentamente el templo, y las vestales cayeron sobre el Ara.

¡Una á una, silenciosas, tristes, desaparecieron las vírgenes nostálgicas!

Yo las ví, una en pos de otra abandonar la vieja casa, con su vestido nupcial, su manto albo, la corona en la frente y la palma en las manos, cruzadas: *dormidas en el Señor*, como decía el viejo cura, deteniéndose para bendecirlas, en el portal esculpido y bajo el escudo roto.

Manuela fué la primera que partió, en pocas horas, como si hubiese recibido una orden de marcha con-

servando hasta el último instante la grave austeridad de su dominio indiscutible. Vírgen soberbia, muerta con su orgullo indomado y su quimera grandiosa.

Dolores se fué luego, como un pájaro que se muere, como una sensitiva, como una flor. Abandonó la vida que ignoraba. Y entre sus blancas tocas bajo su nívea corona y las rosas que la cubrían, parecía un colibrí dormido bajo las hojas de un lirio.

¡Valentina quedó sola! Recluída, silenciosa, como atontada, semejante á un ave con el ala rota, se deslizaba fugitiva, temerosa, estupefacta, por los anchos corredores, por los salones vacíos de aquella casa desierta.

Las sirvientas también se fueron... Y sola, con una sierva tan vieja como ella, esa virgen fantástica vagó como una extraña visión, en aquel hogar lleno de duelo, bajo la mirada dura del Marqués togado y el encanto fascinador del militar atrevido.

Un domingo, día de recepción, porque era el santo de Valentina, todos invadimos la vieja casa sombría.

Ella, la vírgen superviviente, más anciana, más pálida, más lúgubre que nunca, en sus negras vestiduras de duelo, recibía en el gran salón, templo de la vanidad de su ilustre antecesor.

Eran gentes de la familia y el cura de Santa Bárbara los que formaban la reunión.

Los muchachos jugábamos afuera en horrible algarabía.

El cuarto de Valentina ¡oh rareza! estaba abierto, y entraban á él, vibrantes, los ramajes de una enre-

dadera loca y el rayo reverberante de un sol de primavera. La turba infantil penetró en él.

Inmaculado el lecho virginal, con sus blancos cortinajes; el reclinatorio al pie; la Dolorosa en retablo; el Cristo de marfil, que había recibido el beso último de todos los moribundos de esa casa; el rosario de oro y granates á la cabacera de la cama; todo un poema de Piedad.

Sobre la cómoda, los geranios olorosos, y encima el retrato del oficial adolescente con su mirada despótica. Uno de los cajones de la cómoda estaba á medio abrir. Julio mi primo, un zagalón de catorce años, bello como un Adonis y travieso como un mono, fue hacia él y lo abrió del todo.

En el fondo, un uniforme militar se mostró, á su vista.

¡Qué hallazgo para él, que tenía la monomanía de las cosas guerreras! En dos minutos estuvo disfrazado.

Vistió los rojos pantalones que se rompieron en polvo, á la presión de sus manos. Ciñóse el dolmán azul, que en el lado derecho, á la altura del corazón, tenía un agujero, y adentro en el reverso una mancha negra como de sangre coagulada.

Se ladeó el kepis con estilo picaresco, y seguido de la turba fué á asustar á Valentina.

Ella conversaba con el Cura, cuando Julio entró. A la vista de aquel guerrero imberbe, bello y sonriente, reconociendo aquel uniforme antiguo, creyéndose víctima de una alucinación, la pobre tía dió un grito ahogado, y con los brazos extendidos fué hacia Julio.

No pudo hablar.

En la actitud de un tigre que da el zarpazo, puso sus manos como garras en los hombros del chicuelo, exhaló un gemido de bestia moribunda, deslizó sus dedos por los bordados del uniforme, acercó los labios al hueco negro, donde había algo congelado y lo cubrió con un beso inmenso, desolado, interminable...

Y, rodó al suelo.

¡Estaba muerta!...

DE « FLOR DEL FANGO »

Su humillación fué un acicate. Bajo el desdén se retorció violento. Tanta altivez, tal brío, en esa belleza esquiva, exacerbaron aún más aquella alma ignescente. Como un escorpión cercado de llamas, se revolvió furioso en su impotencia.

Su exasperación no tuvo límites. Era un chacal en la época del celo. Igual á un sol de sangre, el *Crímen* se le apareció en el horizonte. Su cerebro enfermo le hacía ver todo rojo, con un rojo de violación y sangre virgen. El homicidio con su túnica escarlata, le pasó por la mente, con la hopa húmeda y viscosa; con su idea de posesión en el fondo de la muerte. — *Viva ó muerta, pero mía...* Tal fué el grito de su carne. Así, á la puerta del crímen, á la orilla del abismo, el Destino piadoso vino á salvarlo... Extenuado, insomne, rendido, cayó enfermo. Su enfermedad fué una locura obscena; un largo delirio priápico; un viaje azaroso al jardín de Venus, al ardiente país de la Lujuria.

En esta excursión de Citerea, su alma vagabunda

por los oscuros laberintos del placer, no cortó el mirto verde, el mirto sagrado de la Isla, sino el loto desnudo de la India, el loto simbólico del vicio. Y así fué, de sueño en sueño, como un viejo Coribante, celebrando extraños ritos, prácticas monstruosas de bacanales fálicas, de horribles fiestas dionisiacas. Aquella fiebre erótica lo puso á la orilla del sepulcro.

Un anciano canónigo, amigo suyo, que había venido á verlo, velando á la orilla del lecho sorprendió en el delirio el secreto inconfesable. Él vió en las sombras de aquella alma turbada, en la selva oscura de aquella conciencia insurrecta, enroscada en el árbol maldito la gran serpiente, la serpiente bíblica.

Su ojo experto columbró en el fondo de ese abismo, el gran Monstruo, la Tentadora, la Mujer. Y, resolvió salvarlo.

Apenas fuera de peligro lo arrancó de allí, como si lo sacara de entre las llamas de un incendio. Después, oyó de su joven amigo el tremendo secreto : la confesión de su amor, de sus deseos impuros, de sus sueños libidinosos, de sus anhelos carnales, de su tentativa de crímen.

Asombrado el Canónigo retrocedió ante las tempestades de aquella conciencia, como ante las olas agitadas de un mar en furia.

Viejo médico del espíritu ; empírico en la gran ciencia de la Psicología, de las hondas enfermedades de las almas, recetó los antiguos medicamentos, los sedativos morales ; el calmente místico : la oración.

Como un niño enfermo, el corazón del joven

levita, herido de muerte, buscó para ampararse el seno de su antigua madre : la Fe. Tuvo entonces un acceso intenso de piedad, una verdadera fiebre mística.

Temeroso del ambiente del pecado, sediento de paz, fué á encerrarse en unos *Ejercicios Espirituales* para sacerdotes, que se daban en la vieja casa del *Dividivi*. Allí se absorbió en la contemplación y el arrepentimiento. Fué un verdadero penitente. Su alma desolada; su cuerpo macerado, pidieron á Dios el perdón de sus faltas.

Oró con fervor intenso, fervor de catecúmeno; lloró con lágrimas geronímicas de verdadera contrición; tuvo arrepentimientos dolorosos de cenobita alucinado.

Al contacto de su antigua vida de claustro, hubo en él una resurrección de recuerdos infantiles, de ideas puras, de pensamientos castos, que pasaron sobre su alma como un viento primaveral sobre un prado de azucenas en botón. Todas las flores puras que el vendabal había tronchado, se incorporaron alzando al cielo su cáliz repleto de perfumes. Y, en aquel corazón atormentado, que parecía estéril para el bien, como un jirón de tierra pétrea, asolado por el incendio, calcinado por el rayo, hubo una germinación de sentimientos puros, como una floración blanca de lises inmaculados y campánulas silvestres.

La tranquilidad descendía poco á poco á su espíritu como la sombra de la noche sobre una llanura abrasada; y como el *Orestes* de Gluck, él también podía decir en el honor de su tragedia : *La calma entra en mi alma.*

Las pláticas de un buen Obispo, cuasi octogenario, que desde el puente seguro de su senectud, apostrofaba las tentaciones y anatematizaba la pasión carnal, como el experto marino, que impotente para volver al mar, habla con desdén de las tempestades que ya no han de sorprenderlo, calmaban su espíritu agitado y eran como un rocío de paz que caía sobre aquella alma ardiente, sedienta de quietud.

El viejo prelado, entonaba apacible, calmado, sereno, con voz monótona y cascada ese

Suave mari magnum

de Lucrecio. Y llamaba á los levitas á la castidad, á la abstinencia, al miedo de la carne, al amor de Dios. Y su voz, que tenía ya opacidades de sepulcro, sonaba en la Capilla oscura como una admonición severa de ultratumba.

Aquellas homilías opiásticas, especie de psalmodias piadosas, pláticas paternas y sencillas, caían como un bálsamo letárgico sobre la herida sangrienta de aquel corazón tan enfermo.

En cambio, los sermones exaltados y huecos de los clérigos á la moda lo exasperaban. Aquellos papagayos tonsurados, forrados en seda, peinados con aceite, olorosos á *opononax*, inflados de viento, delicados como una damisela, tuteando á las grandes damas y recitando con énfasis cómico sermones aprendidos en autores extranjeros; plagiarios audaces, declamadores de corrillo con pretensiones de Profetas é impudencias de sacamuelas ambulantes, lo ponían violento.

Estos ergotistas despreciables, cortesanos del vicio rico, servidores de la mediocridad dorada, esclavos del oro, alabarderos del éxito, tenían el monopolio de su desprecio. Nunca había amado estos teólogos dorados, disputadores de salón, tribunos de cojín, agitadores urbanos, cazadores de prebendas en el fértil campo de la adulación episcopal. Así cuando iban á decir sus peroratas ruidosas, se encerraba él en su celda y no iba á la capilla. Allí conversaba con viejos sacerdotes, virtuosos y sencillos, que amaban como él la inmutabilidad de su dialéctica piadosa, los antiguos y nobles modelos de cátedra sagrada, los Margallo, los Torres, los Vázquez, los Fernández Saavedra, los Amezqueta, los Pulido... y odiaban á esos patos nadadores de la elocuencia epiléptica, parlanchines ruidosos, fútiles y pedantescos, que rudiculizan con sus muecas de *clown* la imponente actitud hierática, y enturbian con el limo fangoso de sus odios políticos y sus frases de callejuela, el grande y majestuoso río de la Elocuencia Sagrada.

La música religiosa era otro gran consuelo, otra gran fuente de apaciguamiento para su espíritu angustiado.

Los sonidos del órgano, melancólicos y fuertes, atronadores á veces como el huracán en una selva vírgen, graves otras, como el canto de un anacoreta en el desierto, arrebataban su alma, la dominaban, la llenaban de claridades supremas, de beatitudes infinitas.

El *Timor Deo*, el sagrado terror se apoderaba de su espíritu cuando los grandes ecos del *Miserere* lle-

naban la capilla, y el *De Profundis* gemía trágicamente bajo las naves sagradas. Las manos juntas, el rostro contra el suelo, tembloroso, jadeando, permanecía así anonadado, humillado, absorto, en la posición de un árabe sorprendido por el *simoun* y que con el rostro entre la arena, siente pasar sobre él el viento portador de la catástrofe, las alas incendiadas de la muerte. Las almas de Palestrina, Cimarrosa, Paesiello voloteaban sobre él en vuelo vertiginoso, como un nidal de águilas despertadas por el rayo.

Á su carácter de pastor rural encantaban la calma, la sencillez, la amplitud de aquel gran canto gregoriano, aquellos acentos primitivos que debieron electrizar las Asambleas de los primeros cristianos, cuando eran cantados en coro por ancianos enamarados de la Fe, vírgenes ansiosas del martirio, catecúmenos nostálgicos de la muerte. Y habría dado por un solo himno ambrosiano todas las misas de Pergoleso, el *Stabat* de Rossini, el *Requiem* de Mozart. Las frescas olas de la elocuencia, y las músicas sagradas, habían caído sobre su alma, como una gran lluvia sobre una selva incendiada.

Sólo flotaba el humo que se alzaba de aquella hoguera de carnes martirizadas por el deseo. La grande herida estaba cerrada.

Como no ponía la mano en la cicatriz, se creía sano. Sordo al grito del dolor, lo creía muerto. Comulgaba diariamente, y la *Tentación* terrífica no había vuelto á brotar de la hostia inmaculada.

La *Visión*, la espantosa visión roja había pasado. La purpúrea floración se había agotado. El lirio mal-

dito, la gran flor monstruosa, había muerto tronchada sobre su tallo, consumida su corola por el fuego.

Hoy todo era blanco en su alma :

Blanca su conciencia, blancos sus sueños, blanca su esperanza.

En esta nueva alba de su vida sonaba la música solemne, el gran himno triunfal : la Redención!...

Despertó.

Y todo era blanco en torno de ella.

Blanco el muro inmenso que se extendía ante su vista; blanco el techo al parecer ilimitado, que iba á perderse en una penumbra misteriosa; blancas las ropas de su lecho, blanca la burda camisa que, como un sudario anticipado, cubría sus formas virginales.

Intentó inconpararse. La cabeza le pesaba enormemente; el cuerpo todo le dolía, y como descoyuntado no odedecía á su voluntad : casi no podía mover los párpados. Había como una bruma espesa en su cerebro y en sus ojos.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo supremo, logró incorporarse algo, apoyó su cabeza en una mano y miró fija, tenazmente.

En aquella blancura de tumba, una gran lámpara, con la luz amortecida, lanzaba reflejos amarillentos sobre un radio estrecho, fuera del cuál todo se hundía en la sombra.

Como momias alineadas en un inmenso hipogeo, formas rígidas, cubiertas por ropas blancas, yacían inmóviles sobre lechos toscos, que se extendían en líneas paralelas á uno y otro lodo de la gran sala.

Y, allá en un extremo, dominándolo todo, un gran Cristo siniestro, envuelta la cabeza en la sombra y la cintura en una gran toalla, expirando así, en uno como extraño sentimiento de horror á la vida y de vergüenza al sexo.

Luisa miraba con extrañeza, con avidez, con miedo...

Ruidos confusos llegaron hasta ella. Gemidos de dolor, ecos de sueños angustiados, gritos de febricitantes, ayes lúgubres que se escapaban de aquellos lechos que semejaban tumbas.

Luisa comprendió vagamente.

¡Era el Hospital!

No pudo rememorar nada. Sólo advertía que estaba enferma.

¿Era pues, que iba á morir? Á esta idea una satisfacción inmensa se apoderó de ella.

Morir, descansar, no ser más perseguida, humiliada, insultada. Escaparse de los hombres, de la miseria, del dolor. No pensar en nadie ni en nada. Dormir tranquila, al lado de su madre, allá en la gran fosa común. ¡Qué ventura!

Como un preso en espera de su libertad, volvió á acostarse, se puso rígida, cerró los ojos, cruzó las manos y quedó así, aguardando el beso trágico, el beso interminable.

La fiebre que hacía días la devoraba, volvió á apoderarse de ella en un acceso intenso.

¿Cómo había llegado allí? Los vecinos del tugurio en que vivía la habían escuchado quejarse y la habían hallado exámine, presa de una fiebre tifoidea, tomada á la orilla de la fosa oscura á donde

había sepultado á su madre y declarada aquella misma noche en que, transida por la lluvia, moribunda de hambre y de dolor, se había arrojado vestida sobre el jergón que le servía de lecho.

Y, la habían conducido al Hospital.

Quince días hacía que estaba en esa cama, privada de la razón, delirante, sombría, entre la vida y la muerte, oscilando á la orilla de la tumba.

Al saberse el en Hospital su nombre, hubo un rumor de alegría entre las Hermanas de la Caridad y el núcleo de Capellanes.

¡La gran pecadora estaba allí! ¡ La piedra del escándalo había sido traída por el oleaje á las puertas mismas del templo de la Caridad.

¡ Allí venía la gran Meretriz á ser cuidada por las vírgenes del Señor!

Dios en sus oscuros designios la llevaba á morir allí.

¡Loado sea Dios!

Administrados los primeros cuidados, diagnostiticado el mal, se pensó entonces en la salud del alma.

La pecadora no hablaba; pero un sacerdote se acercó á ella y en *articulo mortis*, le dió condicionalmente la absolución de sus pecados.

No le administraron el santísimo : esperando una breve mejoría para que la gran retractación fuera hecha.

Y, entretanto, se cuidaba á Luisa como se cuida á un condenado á muerte en las prisiones del Estado.

Su vida era preciosa á la Iglesia.

De aquellos labios de meretriz, prostituídos por

tantos besos, debía salir la retractación pública que volviera su honra al levita calumniado, su alegría á la Iglesia entristecida.

La fiebre poderosa que minaba á Luisa, le disputaba á la ciencia su presa con un encarnizamiento feroz.

Raras veces, y por intervalos muy cortos, venía la razón á la mente de la joven, y entonces la trágica visión de sus dolores bastaba para hacerla enloquecer de nuevo.

En estos instantes de lucidez, la Hermana que la cuidaba, vertía en sus oídos palabras de consuelo. Le hablaba de Dios, de su misericordia infinita, de la gracia divina, del poder del arrepentimiento, de lo triste del escándalo, del horror de la calumnia, del poder de la retractación ; y sobre toda esa charla insustancial y sincera, la pobre alma cándida extendía como un inmenso lábaro la mágica palabra : Perdón.

Luisa oía sin comprender. Su cerebro debilitado, apenas tenía fuerza para pensar confusamente en sus dolores y en la muerte, que esperaba como su gran liberatriz.

Así transcurrieron quince días. Una mejoría aparente, una tregua de la muerte, permitió la celebración de la gran fiesta de la Piedad Cristiana.

La víspera vino un sacerdote al lado de Luisa; le habló largo rato en voz muy baja, inclinado hacia el lecho, y después extendió sobre ella su mano y le dió la grande, la suprema absolución, en presencia de Hermanas gozosas y enfermos doloridos.

La joven no se daba cuenta de nada, y en la

bruma de sus ideas no podía ver esta sacrílega violación de su conciencia.

La debilidad física de Luisa, su abatimiento, la ausencia de su razón, eran los factores principales con que se contaba para la gran comedia, y, la vírgen inocente, sumida en somnolencia, no podía defenderse de este último desgarramiento de su honor : se la violaba en el letargo, peristilo de la muerte, y antes de echarla á la tumba, la desfloraba el sicario.

Al día siguiente, al abrir Luisa los ojos, vió que una radiante iluminación la circuía, y un penetrante olor de flores y de incienso llenaba el inmenso dormitorio.

Muchas rosas, pálidas como ella, y como ella puras ; muchas ramas tronchadas, muchos cirios crepitantes...

Y, cerca á ella, brillante, iluminado, blanco el altar, sobre el cual el gran Cristo, fúnebre extendía sus brazos, mientras la luz cintilaba en las grandes potencias de oro que adornaban su frente de Dios y en los alamares y lentejuelas de la toalla que cubría sus vergüenzas de hombre.

Todo envuelto en blanco y oro, todo níveo, todo luciente, un viejo sacerdote celebraba el Santo Sacrificio.

Y, allá, al otro extremo del salón, la voz de un viejo armonium, tocado por una monja anémica, murmuraba nostálgicas plegarias, balbuceo de himnos que se olvidan, gemidos de algo que se muere.

Había mucha gente extraña venida á la gran retractación de la pecadora.

Y, el levita calumniado, el cura de F..., invitado especialmente, estaba allí, con aire humilde, generoso, inclinado sobre un reclinatorio, en oración muda, implorando sin duda la misericordia divina para aquella gran tentadora que había querido perderlo.

Y todas las miradas se volvían compasivas hacia aquel casto José que había sufrido tanto!

Y, les parecía mirar aún, en el lecho de Luisa, jirones de la capa del mancebo escapado á sus manos violadoras.

El Presbítero C. también estaba allí, con muchos de sus alumnos, á quienes quería mostrar la agonia de la pecadora corroída por el vicio; la Magdalena arrepentida, que había osado tocar á uno de los suyos.

Los enfermos, todos vestidos de blanco, unos de rodillas, otros sentados en sus lechos, cadavéricos y contritos esperaban la visita del Señor. Llegado el momento de la Comunión, el armonium calló; todas las frentes se abatieron, un silencio solemne llenó el ambiente; las flores mismas parecían inclinar sus corolas cargadas de perfumes, y los cirios hacer inmóviles sus luces, en actitud de adoración.

El sacerdote, alto, rígido, con el Copón en las manos dirigió una corta homilía á los asistentes, hablándoles de las corrupciones del mundo, de la Inagotable Misericordia, del Perdón Divino, del arrepentimiento salvador, del grande y consolador espectáculo que iban á presenciar.

Después, majestuoso, imponente, pausado se dirigió al lecho de Luisa.

Todas las miradas se volvieron hacia la gran culpable.

Envuelta en su camisa blanca, cubierta por las ropas del lecho, reclinada sobre grandes almohadones, somnolienta, indiferente, veía sin explicarse como en la pompa de un sueño, la fiesta de la fe, que rodeaba su lecho de vírgen moribunda.

Era la sombra, era el fantasma de su belleza espléndida.

Su palidez, de marmórea se había hecho espectral; su fortaleza se había hecho frágil; se veía aquel vaso de alabastro pronto á romperse, y en la transparencia de esta blancura, sus grandes ojos azules, como lagos ocultos en un desierto de nieve, tenía todo el dolor del vencimiento, la tristeza espantosa de irreparable, las brumas augurales de la Muerte. Su cabellera, aquella cabellera opulenta y triunfal que semejaba una cimera de sombras sobre su frente pálida, cortada había sido y rasada á raíz del cráneo, el que, azuloso, blancuzco semejaba una selva recién talada por el fuego. Sus labios exangües; sus facciones modeladas ya por el dedo de la muerte para el gran gesto trágico, y, en la expresión del rostro todo, impreso el grande espanto de la vida, el supremo horror al *Destino*, al ciego Irreductible. Al llegar el sacerdote á la orilla del lecho la llamó. Luisa abrió los ojos.

El anciano en actitud hierática, deslumbrante, erecto, con algo de espectral y de terrible, tenía la hostia en las manos, y la alzaba temblorosa, más como una amenaza que como un perdón.

Con voz fuerte, solemne, se dirigió á la enferma.

— Dios viene á visitaros, le dijo; pero antes es necesario hacer digna de recibirlo á vuestra alma pecadora, limpia por el arrepentimiento del limo del pecado.

¿Os arrepentís de todas vuestras faltas? ¿Pedís perdón á Dios y al mundo de todos vuestros escándalos? ¿Pedís perdón á la Iglesia y al sacerdote á quien un día calumniasteis? ¿Declaraís falsa la horrible acusación? ¡Valor, hija mía, valor! añadió, viendo que los labios de Luisa se agitaban como para hablar.

Ella se levantó, apoyándose sobre un codo, mirando fijamente al Sacerdote y á la multitud que, de rodillas, esperaba la confesión salvadora.

El conocimiento de lo que se hacía en aquella emboscada aleve vino á su mente; enrojecieron sus mejillas lívidas; se hincharon las venas de su cuello casi transparente, y con voz ronca, nerviosa, lenta, dijo:

— ¿Yo? ¿Habláis conmigo? Yo no tengo de qué arrepentirme. Yo no he hecho mal á nadie. Yo no he escandalizado, no he calumniado, no he mentido. ¡Soy virgen, soy inocente!

El sacerdote vaciló.

— ¡Mujer! Satanás os tienta! Confesad que habéis pecado, que habéis escandalizado, que habéis calumniado.

— ¡Mentís! exclamó Luisa, sacando casi fuera del lecho su busto de espectro, su rostro cadavérico.

— Mentís! mentís! murmuraba con voz ronca, mirando al Sacerdote con ojos centellantes por la fiebre y por la cólera.

— ¡ Confesad !... ensayó repetir él.

— Idos, gritó Luisa, extendiendo hacia él su brazo enflaquecido, su mano blanquecina, su dedo tembloroso, semejando una visión indignada y trágica.

— Idos, idos de aquí, gritaba retrocediendo hacia el muro, espantada y terrible, como para defenderse de aquel ministro que ensayaba sobre ella la última forma de la deshonra.

— ¡ Desgraciada ! rugió el sacerdote, trémulo de ira, dejando caer sobre la cabeza de Luisa como rayo pulverizador el último anatema : la maldición irredimible de la Iglesia.

Y, pálido, indignado con el fulgor de la rabia en los ojos y la hostia despedazada entre los dedos convulsos, volvió la espalda á la condenada irreconciliable, y se alejó del lecho maldito.

Un soplo de horror pasó por sobre los asistentes todos, que se apartaron llenos de espanto de aquel sitio donde iba á morir, sin fe y sin Dios, la escandalosa meretriz excomulgada.

La relapsa, la pestífera, quedó sola.

Y, tranquila, soberbia, serena, vió alejarse al Pastor y á las ovejas.

Y, cuando todo concluyó, aislada en el inmenso horror que inspiraba, febricitante, temblorosa, bajó del lecho y empezó á vestirse.

Yo me voy ; yo me voy, decía.

Nadie se acercó á detenerla.

La gran sacrílega manchaba con su contacto.

Vacilante, enloquecida, apoyándose contra el muro, abandonó el salón entre las miradas de odio

de los enfermos y el cuchicheo hostil de las religiosas.

En el corredor, sus rodillas se doblaron y cayó.

Nadie vino á levantarla.

Al fin ganó la puerta.

El portero la vió pasar con horror, sin ensayar detenerla.

Cuando llegó á la calle tuvo que cerrar los ojos: la luz, el ruido, el sol la desvanecieron.

La ciudad se extendía ante ella, ilimitada, rumorosa, inclemente.

Caminó paso á paso, apoyándose contra el muro. Avanzó así por largo rato. Las cuadras se sucedían á las cuadras en fila interminable...

¿Adónde iba aquella moribunda trágica? Había pasado medio día; estaba en ayunas y la fiebre la devoraba.

Se dejó caer sobre el quicio de una puerta, se cubrió la cabeza con su manto y esperó la muerte. Allí permaneció varias horas.

Debió moverse, gesticular ó hablar en el acceso del delirio, porque cuando volvió en sí, un gendarme la tomaba por el brazo para llevarla á la Prevención por ebria; y una turba de chicuelos, á quienes su cabeza rapada, y su aire delirante habían llamado la atención, se agitaban en torno de ella apellidándola *la loca*, silbándola y queriendo apedrearla.

Fué tan desolada, tan intensa, la mirada que dirigió al gendarme, que aquél, commovido, la dejó partir sin molestarla.

Al doblar la esquina, la piedra arrojada por un

pilluelo le dió en la espalda; dobló una rodilla y cayó á tierra. La turba que perseguía *la loca* se dispersó asustada.

Ayudada por un transeunte la pobre mujer se puso en pie y siguió su camino doloroso.

¿Hacia dónde?

La noche negra y la virgen desolada llegaron al mismo tiempo á la sombría perspectiva de la Alameda del Norte.

Y, Luisa avanzó en ella; y anduvo, y anduvo, hasta perderse allá lejos, en la penumbra inmensa de los árboles, y la sombra creciente de la noche.

DE « IBIS »

Teme al Amor como á la Muerte.

Él es la Muerte misma.

Por él nacemos y por él morimos.

¡ Seamos fuertes para vivir sin él !

El Amor es Alfa y Omega : Principio y Fin de la existencia. Es la maldición.

Es Eva y Jetzabel, Judit y Dalila, Raab y Magdalena.

Es seducción en el Paraíso ; destucción bajo la tienda ; mutilación en el lecho ; delación en la muralla ; tentación al pie mismo de la Cruz.

Es la paloma de Ascalón, que vuela de Siria al Eufrates, para arrebatar á Nino el trono y la vida en el calor de un beso.

Ama el Placer. No ames el Amor. Ama á la Mujer, diosa de carne. Ámala por su carne solamente.

Ella es la Sara de Tobías, habitada de los siete espíritus, engendrados por el Deseo.

¡ Virgen fatal ! ¡ Satisfácelos !

Es la Artarot de Siria ; el sueño de la generación siempre en vela.

La sangre roja de Adonis circula por sus venas, como en la primavera de Biblos! ¡Vendimia del Placer! Busca su vid.

Es Anaitis, Attis, de Lidia y Frigia: el poderío de la carne. ¡Árbol castigado! ¡Árbol de Myrra y Loth! Busca su sombra.

Es Moa; la de los senos próvidos: Cibeles, la fecunda productora. Es surco del Amor. Siembra tu grano.

Es Derceto, la diosa pez, henchida del Dios Deseo. Un soplo sirio, mórbido, otoñal, se escapa de sus labios.

Es la tempestad de la pasión. Plégate al ardor de ese viento líbico.

Es la ardiente sulamita del *Cantar de los Cantares*, obscuro como la noche, *Más Terrible que el Arma en la Batalla*. Toca sus pechos erectos, bebe en su boca el vino del amor y abandona su lecho en la vendimia, antes que llegue á él el olor de la mandrágora.

Es Mihr-Milita, (Venus-Amor), Los leones hambrientos de Cibeles rugen en ella. ¡Aplácalos!

Es la hembra á horcajadas sobre Aristóteles; la magia de los siete espíritus grita en su vientre. ¡Ponla en tierra y dómala!

Humilladora de la sabiduría. Humíllala!

LA MUJER ES MÁS AMARGA QUE LA MUERTE, DICE SALOMÓN.

Prueba su cicuta y rompe el vaso. No morirás de su hechizo. El vaso roto pierde el poder del encanto, decían los sacerdotes de la cábala, los Magos Polípteros de Oriente.

Ama á la mujer. No ames el Amor.

El Amor es el vértigo, es el aliento malsano de la serpiente bíblica. Es la locura y el Ensueño, la desesperación y la Muerte.

En lenguaje antiguo, quien dice Amor, dice : VENCIDO, clama Vico.

El Amor, en la Historia, se llama : ACTIUM.

El hombre da su vida por el Amor, y cree no haber dado nada, dice el libro hebreo.

Y exclama luego : EL AMOR ES FUERTE COMO LA MUERTE.

¡ Teme al Amor!

¡ Pon la sabiduría, como un sello sobre tu corazón.

El Amor es el Jabalí que mutiló á Adonis.

El Amor es Isis y Baaltes.

El Amor es la cuchilla de Moloch y el abismo de Astartea.

Es el Minotauro insaciable.

¡ Huye de él !

Refúgiate en el Cinozargo de Hércules : es la Fuerza.

Busca á Palas Atenea : es la luz.

Satisface los leones del deseo. Cuando rujan en ti apresúrate á darles carne fresca y roja sangre, oblación de juventud, hostia de carne. Aliméntalos de cuerpos como lirios, de sangre juvenil, color de púrpura.

Sacrifícales, y sacrifícate.

No dejes inconsolables sus fauces bostezadoras.

Á la paloma del Amor corta las alas. No la dejes volar en tu corazón. Su vuelo letárgico da el Ensueño. El Ensueño mata.

Arroga las palomas de Citerea al ave de Minerva que las devore.

¡No ames! ¡No ames!

El Amor es la debilidad irredimible.

Lo que hay de débil en el hombre le viene de que es hijo del Amor.

¡Bendita sea la cópula carnal!

Ama el amor de los sentidos. Huye del Amor del sentimiento.

Sé sensual. No seas sentimental.

Mutila tu corazón.

El Amor es la Esclavitud. Toda la libertad perece en él.

Ama á las mujeres. No ames á la Mujer.

No ames nunca Á UNA MUJER. Esa será tu perdición.

La Mujer es la fuente del Mal y del Dolor.

La Mujer lleva en el vientre la Tragedia.

¡Inocente y fatal, hay en ella algo irredimido, que le hace llevar la catástrofe á la vida y al Amor!...

Por el placer la mujer es una esclava.

Sé su Señor.

Por el Amor la mujer es una reina. No seas su esclavo.

El hombre que ama es un conquistador vencido por su conquista.

¡Goza á la Mujer. No la ames nunca!

Sé solo.

Si eres solo serás todo tuyo, dijo Vinci.

El hombre solo es el hombre libre, dijo Ibsen.

El hombre que no es libre no es el hombre.

Sé libre. Sé hombre.

. . . . . .

Cuando Teodoro acabó de leer estas páginas, una sonrisa complaciente asomó á sus labios y pensó en su distante amigo.

El rebelde formidable se apareció á su mente con el triple prestigio del cariño, de la superioridad y de la lejanía.

Había entre él y aquel pensador ausente á quien llamaba *Maestro*, un lazo más fuerte y más puro que el amor: una amistad respetuosa y vehemente, nacida de una admiración apasionada por aquel ser fulgente y temido, por aquel carácter alto y hosco, por aquella naturaleza de excepción, por aquel paladín, á quien todos veían á través de la nube roja del combate, como en un Sinaí amenazante, mientras á él le había sido dado admirarlo en la serena transfiguración de la intimidad, duro, es verdad, pero para el mal, y por lo demás severo y grave, meditabundo y fuerte.

¡ Mártir ó Demonio !

El libelista terrible había aparecido así, á su admiración de niño, entre los resplandores de la lucha; insultado, abandonado por todos; calumniado y soberbio; haciendo retroceder á sus contrarios con la sonora vibración de sus apóstrofes violentos; deslumbrándolos con el centelleo de sus frases formidables; azotándolos con sus sarcasmos asesinos; imponiéndoles el respeto de su carácter con la fuerza de su pluma; sellándoles en los labios la palabra vil con la punta de su espada; haciendo retroceder á la calumnia pálida de miedo; poniendo la muerte como centinela de su honor... Así llevado por la tempestad, envuelto en el torbellino de la polémica,

cegado por los propios resplandores de su elocuencia, por la nube de su pasión, como los legionarios de Pablo Emilio por el polvo de Cannes, y no sintiendo como los de Trasimena, si la tierra temblaba bajo sus plantas...

Su pluma como la lanza de Argail no dejaba nada en pie. Dioses y hombres, todos sentían su choque formidable.

Su acento tenía del Profeta y del Poeta.

Como Ezequiel, apostrofaba las multitudes, queriendo infundir soplo de vida sobre las osamentas de esos pueblos, diezmados por el hierro de las guerras, devorados por los leones salvajes del despotismo, roídos en la noche de su ignorancia, por los sucios chacales de la religiosidad y de la Fe.

Retaba á los poderosos, y parecía que todos los alientos del desierto, todos los huracanes de la selva, todas las tempestades del África, aletearan, en sus apóstrofes soberbios.

Descendía hasta la conmiseración, y entonces, en la amargura altiva de su frase, parecía que un soplo jonio pasara entre las cuerdas de su lira.

Sus palabras, como las palomas de Tebas, se hacían blancas ó negras, según las inspiraran el Odio ó el Amor. Y, como las de Dodona y Amón, eran oráculos para pueblos oprimidos. Fulminaba sobre los opresores de los hombres.

Se encaraba con ellos... Y, por momentos no se oía más que el diálogo sombrío entre los tiranos y él, en el silencio asombrado de la conciencia pública... Y, entre el crepúsculo rojizo, sobre el

muro negro, se veia su mano pálida trazar la sentencia formidable : *Mane*, *Thecel*, *Phares*.

El extremo de su fusta caía también sobre las espaldas cortesanas : las azotaba con violencia.

Los cortesanos, decía él, entran al corazón de su amo para devorarlo, como el Icneumon, que come el corazón del cocodrilo, entrándole por las fauces, después de haber acariciado la lengua del Saurio voluptuoso.

Y son más temibles que el monstruo mismo. Aquilao pudo matar á Pompeyo sin vencerlo! Siniestro poder de un cortesano! ¡El tirano sombra es peor que el tirano cuerpo! El áspid mata al león.

En el cortesano hay del verdugo, del delator y del esclavo. Y hay también del eunuco : el odio al mérito. Eutropio es el tipo clásico de la especie. Ese mutilado ha engendrado una raza inacabable.

¡Triste secreto de la generación prodigiosa de las larvas!

Las cortesanas viven en el poder como las ratas en la cabeza del dios del Serapeum. Al primer golpe de hacha, huyen despavoridos, él golpeaba el rostro del Idolo.

Hay hombres que escapan por el ridículo, de la pena de la infamia, que son en la Historia no una sombra, sino una mueca. Cabezas trágicas de histriones! El verdugo las escupe, no las corta.

La muerte no es pena de bufones. Polichinela se azota, no se mata.

Así trataba él las majestades selváticas, la obscura legión de déspotas tropicales, que pasan por la Historia el tiempo no más de deshonrarla, y se pier-

den en el crepúsculo trágico, se esfuman en la sombra, proyectando en el lívido horizonte sus siluetas grotescas de monos sanguinarios.

La Justicia engrandece más al que la tributa que al que la recibe. *Honrar Honra.* Él honraba el Genio y el Carácter.

La verdad á medias es una forma del engaño; como la libertad á medias es una forma del despotismo.

Él decía la verdad, toda la verdad, y pedía la libertad, toda la libertad. Se le decía visionario y violento.

Su polémica era un combate. Aleteaba en ella como un cóndor furioso. Su espíritu flameaba, como una antorcha avivada por un soplo de huracán. Su prosa semejaba una selva en fuego. Las ideas se escapaban como águilas sorprendidas por la llama, y brotaba de sus frases algo como el perfume de un bosque de laureles incendiado, cual si deshojasen en el aire rosas pálidas de Otoño.

Lo llamaban por esto apasionado.

Él tenía el derecho de despreciar, como sus contrarios el de preferir, otro género de polémica.

Veía en el fondo de los acontecimientos, exploraba las revoluciones, y las anunciaba en el clarín de acero de su prosa. La sátira, que es el genio de los que no tienen ninguno, burlaba su profética brillante. No la entendía.

Sólo el águila ve venir la tempestad, y sigue con ojo inmóvil la carrera silenciosa de las nubes.

La Independencia aísla; la Verdad contraría; el Valor espanta. Todo hombre independiente, sincero

y valeroso, tiene contra él la liga de los serviles, de los impostores y de los cobardes, que son los más.

Él la tenía, y no la temía.

La confianza es el valor del espíritu. Él confiaba en su estrella.

Iba adelante, como un iluminado, como un vidente. Las multitudes se apartaban á su paso.

Ese iconoclasta llevaba el anatema de los dioses.

Ese rebelde llevaba la maldición del Amor.

Le abrían paso, y cerraban después sus ondas de carne, y vociferaban contra él.

No las culpaba.

Las multitudes quedan siempre esclavas, porque tienen necesidad de tender sus puños á la cadena. Nunca tendrán en el corazón el sentimiento de la libertad. No os dejéis engañar por sus vociferaciones.

Siempre ejecutarán el mandato del César.

Siempre irán al encuentro de Jesús para escupirlo.

La visión de la multitud es la última tristeza de los mártires. Y, el principio de su expiación.

Él tenía el alma demasiado fuerte para entristecerse. Nada le hacía retroceder en su sueño luminoso. Y pasaba así, erguido y soberbio, retador y augusto, entre los sicarios y la chusma, en la tempestad del Odio, arrullado por el himno triunfal de la batalla.

Aquel día, cuando la vieja sirvienta que había encanecido al servicio de sus mayores, y tenía para él algo como de los privilegios de una madre, vino á despedirse, anunciándole que abandonaba la casa, y haciéndole con lágrimas en los ojos la relación de su deshonra, que él se empeñaba en no ver, sintió el estupor de las horas trágicas... y lloró desesperado y mudo.

Sí, la antigua sierva se iba, porque no podía continuar viendo hecha una casa de vicio, la que ella había visto como templo de la virtud austera. Le parecía que la sombra de sus amos se alzaba para acusarla de su silencio.

Y había revelado todo, con la indignación ingenua de las almas sencillas.

Y ella contó cómo allí los amantes se sucedían á los amantes, las citas á las citas; cómo desde el lecho conyugal hasta los bosques vecinos, nada escapaba á la mancilla del adulterio.

Como aquel mismo día, y en ese mismo instante un amante era esperado, como siempre que Teodoro iba á la ciudad, y su honor era violado dentro de los muros mismos de su casa.

No quiso oir más. Vió rojo, como de sangre y en-

trañas apuñaleadas. Sintió una de esas rebeliones que conmueven los sentimientos más fuertes. Uno de esos arrebatos que deciden de la vida de un hombre.

Y el consejo de su Maestro, con un rumor de tempestad, le sonaba en los oídos : Mátala! Mátala!...

Así, con la misma insistencia con que antes le había gritado : Sedúcela! Sedúcela! ¡Mátala! Mátala! parecían gritarle sus padres desde el fondo de la tumba.

¡Mátala! parecía gritarle su hermano fugitivo y moribundo, por el beso de aquella Circe engañadora.

¡Mátala! parecían gritarle los amigos que propalaban su deshonra.

¡Mátala! parecían gritarle los hombres que sucumbían bajo aquellos besos de fuego.

¡Mátala! le gritaba su derecho.

¡Mátala! le gritaba su honor.

¡Mátala! le decía el instinto de su propia conservación.

Y ebrio de dolor, loco de ira, dejó la ciudad y se dirigió á su casa, con esa sed insaciable, que los maridos engañados tienen por ver su propia desgracia.

Dejó su caballo en una venta cercana y entró á pie por potreros y dehesas.

La casa estaba solitaria. El escaso servicio había ido al pueblo, por ser día de mercado.

Adela los había licenciado á todos.

Con su revólver en la mano, pálido, al parecer sereno, Teodoro entró por las habitaciones del servicio.

¿Qué secreto presentimiento, qué espionaje, qué ruido lo denunció?

Lo cierto es que al llegar á su despacho, que por ese lado comunicaba con la alcoba de su esposa, sintió un ruido en el patio, y vió un hombre que montaba apresuradamente á caballo y partía...

Abrió la ventana y disparó sobré él.

¡Uno! Dos!... Las balas sonaron en el empedrado, y el bruto herido partió con el jinete.

Teodoro entró al cuarto de Adela.

Todo lo veía rojo como una comarca Erytrea.

Adela, que había sentido los disparos, se había arrebujado entre las sábanas, temblorosa, sintiendo llegar su última hora, como el avestruz esconde su cabeza bajo el ala, creyendo escapar así al tiro del cazador.

Sus ropas yacían al pie del lecho, como la piel de una serpiente á la puerta de su cueva, y sobre la silla cercana, su camisa bordada de encajes primorosos, sus calzones llenos de cintas y bordados, sus medias rojas, como banderas de combate.

Teodoro avanzó hacia ella, y tocándola fuertemente en el hombro, le gritó: ¡levántate!

La adúltera no se movió.

Bajo la tienda inviolada de sus cabellos ocultaba su vergüenza.

Teodoro arrebató entonces las ropas del lecho, y ella apareció recogida y desnuda, como una perla en el fondo de una concha marina.

Él cerró los ojos. La obsesión de aquellas carnes cegadoras lo tentaba.

¡Álzate! le gritó con voz ronca, como si temiese sucumbir á la tentación.

Y viendo que no se movía, la tiró fuertemente del brazo.

Adela se puso de pie, confundida, medrosa, deslumbrante, en la euritmia, luminosa de sus encantos desnudos.

Así pérfidamente triste y sugestiva, como debió estar Eva ante Jehová, cuando él la interrogaba del pecado, antes de que su vientre fuera maldito y su raza herida por el dolor y por la muerte.

Teodoro, con una calma que no habría creído hallar en sí, la interrogó.

Ella no osó disculparse.

Su altanería, su desenfado, todo desapareció ante el miedo de la muerte.

Teodoro le hizo todos los reproches imaginables, la culpó de su juventud perdida, de su vida, rota, de su nombre mancillado.

Ella no respondía nada.

Embriagándose con el ruido de sus palabras con el recuerdo de sus afrentas, Teodoro sintió que la cólera lo embargaba de nuevo, y temió ser brutal.

No quería deshonrar la justicia.

Quería matarla, no ultrajarla.

Ella sintió la muerte, en la extraña turbación de aquella voz, en el temblor que agitaba la mano, en que su marido tenía el revólver, aun humeante.

Miró á todos lados, como queriendo escapar.

No vió posibilidad ninguna, y toda su debilidad de mujer estalló entonces.

¡Pobre Eva, inocente de las mancillas de su carne y de los instintos de su cuerpo!

Cayó de rodillas, extendió los brazos, clamando:

¡Perdóname! ¡Perdóname!

Y de sus ojos lánguidos, como la lluvia del fondo de un cielo triste, corrió un torrente de lágrimas.

Teodoro cerró los ojos: no quería ver.

La turbación del Amor, del deseo, de la piedad, subía á su corazón, en ola vibradora. Sentía que iba á ser vencido...

No tenía la fuerza de matarla.

Arrojó el revólver lejos y se llevó las manos á la frente.

Después, extendió la derecha para levantar á Adela que permanecía arrodillada.

Ella la tomó suavemente y la llevó á los labios.

Teodoro la rechazó, y tembloroso, no queriendo mirar aquella carne, que era su deseo, su tentación, su muerte, tomó á Adela por la gran selva de sus cabellos, para que éstos le libraran del contacto de la nuca, y la impulsó ante él.

Ella, viéndole desarmado, no tuvo ya miedo, y marchó calizbaja y sollozando.

Así salieron al gran salón y lo atravesaron.

Los espejos parecían vibrar al encanto de aquella visión paradisiaca; las flores del tapiz parecían alzarse para besar en las plantas desnudas, aquella flor de carne más bella que las rosas tropicales; los Adonis del plafond parecían querer desprenderse para volotear en torno de ella, creyendo que era su madre Venus que volvía de Citerea; sólo los retratos de familia, graves y austeros, parecían apartar

la vista con horror de la Adúltera que mancillaba su prosapia.

Llegados á la puerta de cristales que da sobre el corredor, Teodoro la abrió violentamente.

Un rayo de sol poniente, rubio y cariñoso, bañó de fulgores aquel lirio humano, que ofrecía su desnudez á los besos de la tarde.

Grave, digno, como si todo el dolor de su pasión le subiese á la garganta, Teodoro empujó á Adela bajo el dintel, diciéndole.

Has matado mi ventura.

Has acabado mi vida.

Vete de esta casa que mancillas.

Yo no te mato. Te expulso.

La empujó violentamente hacia afuera, y cerró la puerta.

Adela cayó, doblando una rodilla, y se alzó después muda, asombrada, ante aquella puerta implacablemente cerrada para ella.

¡ Pobre ser de Amor y de vicio !

Todos los recuerdos de su felicidad pasada se alzaron ante ella, en esa hora triste, en que una cólera noble y justa la arrojaba para siempre de su hogar.

No intentó volver á entrar.

La soledad y la libertad se extendían ante ella.

El crepúsculo de una tarde azul, de un pálido azul color de lila, llenaba el horizonte de tonos diáfanos, y envolvía el paisaje en gasas vaporosas y lontananzas de miraje, en calma soñadora de una acuarela inconclusa.

Adela miró en torno suyo : estaba sola :

Contempló el horizonte, la belleza del paisaje la enterneció.

Miró á lo lejos, y pensó acaso en la ceja del monte, en la choza de campesinos, que ampararía su desnudez.

Bajo el peso de su desgracia y de su oprobio, la adúltera atravesó el jardín que las sombras teñían de tonos glaucos, y en el cual los ánades pensativos se asombraban de ver algo más blanco que ellos, perderse en la avenida silenciosa, con el fulgor de un rayo de luna en la penumbra.

Llegada á la gran verja, se detuvo un momento.

El camino estaba solitario.

Lo atravesó, ligera como una corza blanca que huye de la jauría.

Y entró en la llanura monótona somnolienta, donde bueyes calmosos miraban con ojo de asombro desfilar como un fantasma la sombra dolorosa de la adúltera.

Y se perdió en las vagas lejanías, en los senos obscuros de la noche...

Cuando Teodoro cerró la puerta, se sintió como si hubiese cegado de repente, cual si le faltase el aire respirable, y le hubiesen arrancado el corazón.

Comprendió toda la miseria de su vida : amaba aún á aquella mujer, la amaba siempre, la amaba así impura, así torturadora, así infiel.

Alejado de ella, se sentía morir, en la soledad absoluta, en el anonadamiento completo de su corazón y de su alma.

Y tendía las manos hacia la puerta, y abría los labios como para llamar á la Adorada. ¡ Tan bella en la perfección divina de sus formas ! Tan provocativa en su desnudez !

¡ Cuán seductora en las lágrimas !

Y llevaba las manos á la boca, y se mordía los puños para ahogar su grito de dolor, y batía su cabeza contra el muro para matar aquel pensamiento tenaz.

Tuvo vergüenza de tanta bajeza.

Se apartó de allí como de un lecho de muerte, y fué á su aposento.

Miró á través de los cristales el paisaje ya nocturnal y vago. La silueta de Adela radiante, noctiluca,

se perdía allá, en el límite del valle, tras la arboleda sombría.

¡Se iba! Triste bajo la maldición. ¡Bella bajo el castigo!

¡Y se iba! Y no volvería á estrecharla contra su corazón, á cubrir de caricias aquel cuerpo que doraba el sol poniente, á mirarse en los lagos de sus ojos, á quemarse en las llamas de sus labios.

¡Y se iba!... Y otros hombres gozarían esa belleza que había sido el culto de su vida. ¡Y solo él, en su miseria, estaba proscripto de aquel reino! Solo él no podía acercarse sin deshonra á aquella diosa, tender su mano hacia aquel lirio, que se perdía como un fulgor, allá, en la ceja del monte, que limita la llanura. ¡Oh, supremo tormento de su vida!

Un grito de angustia en que lloraba toda su alma desgraciada, se escapó de su garganta.

Se anonadó en un inmenso dolor.

Sufría como si le hundiesen lentamente un cuchillo en la garganta. Y extrañaba no morir en este supremo estremecimiento de su alma asesinada.

Torturado, roto, vencido por el esfuerzo y el dolor, se dejó caer sobre un sofá, y quedó allí, hundido en uno como hebetamiento pavoroso, vecino del idiotismo y de la Muerte...

Volvió en sí, ya muy tarde de la noche.

Se despertó solicitado por su dolor, como un herido por el escozor de su llaga. Y halló de pie el problema espantoso de su vida. Como un náufrago que abre los ojos entre el torbellino de las olas, así se vió él, en la inevitable catástrofe sombría.

¡Adela! ¡Adela! gritó como esperando verla venir hacia él, diciéndole que todo había sido una pesadilla horrible.

¡Adela! ¡Adela!

La obscuridad aumentaba su angustia.

Encendió luz y miró en torno suyo.

Allí estaba el lecho con la forma aún del cuerpo amado : *grande meretrici avi spatium.*

Allí estaban sus vestidos todos, posesores de sus secretos de íntima belleza.

Y fué sobre ellos, y hundió su cabeza en la seda, en los encajes, en la batista inmaculada, de aquellas ropas interiores, impregnadas de ese extraño embriagador perfume que esparce el cuerpo de una mujer joven y sana. Y besó objeto por objeto, con un culto, fanático y rabioso, y lloró sobre ellos como sobre el lecho vacío de un muerto amado.

Se reclinó sobre la almohada que conservaba aún

la huella de la cabeza querida, y la besó con pasión, y la mordió con furia salvaje, y la desgarró como si fuese el seno de una querida cruel, cuyo corazón se busca.

Y sollozaba sobre aquellos restos de su Amor, como aulla en la noche un perro fiel, tendido sobre la sepultura de su Amo...

El Amor enloquece como el lotus.

Perdido, en las tinieblas de su dolor, ansioso de más luz, encendió todas las lámparas, todas las bujías, y el cuarto se iluminó como de una gran llamarada roja.

Entonces abrió los armarios, los cajones, de las cómodas, los *necesaires*, é hizo una dispersión de los objetos de la amada fugitiva. Sedas, blondas, encajes, joyas, plumas, cintas, se esparpillaban, lucían, brillaban, centellaban, en una feria de colores, en un prisma magnífico radiante.

Y parecía que el alma de aquella mujer liviana y bella vagara allí, entre sus objetos queridos, voloteando como un pájaro del cielo entre sus joyas dispersas, sus cintas multicolores, el cristal de sus pomos cincelados, sus plumas níveas, y los frascos abiertos de sus perfumes preferidos.

Y Teodoro evocaba recuerdos en cada objeto, tal traje, tal joya, tal cinta, eran estrofas de un poema, ya acabado, de un idilio ya muerto...

Y, entre aquellos restos de su ventura, presa de alucinaciones mórbidas, evocaba como un fantasma de Amor, la idolatrada inolvidable, buscaba las resemblanzas fugaces, se enloquecía, en las ardientes reminiscencias, de aquellos labios con olor de fresas

maduras, de los sueños sorprendidos en la mirada de aquellos ojos límpidos, de un azul metálico sin nubes.

¡ Oh, la fragilidad de la ventura !

Como una bandada de cigüeñas, bajo la triste luz de un día boreal, huían así sus recuerdos venturosos.

El perfume de un frasco de lilas blancas, acabó de perturbarlo : era el perfume preferido de Adela.

Tomó el frasco y regó el contenido por el cuarto, que se impregnó pronto de un aroma turbador, como del seno de mujer, ataviada para una fiesta.

Al abrir una caja de guantes, retrocedió, pálido, como si hubiese hallado en ella una víbora enroscada ; allí estaba el retrato de Adela, toda desnuda ; retrato que por complacerla había hecho él mismo, en una pequeña máquina suya.

¡ Allí estaba la flor de su pecado ! Allí se alzaba su tentación, su lujuria, su sueño envilecido. Allí venía á tentarlo de nuevo. Así, con su desnudez de estatua, con su espantoso impudor pagano.

Y aquel retrato exacerbó su frenesí casi hasta la locura.

¡ Adela, Adela mía ! gritaba, bañado en lágrimas.

Y veía con espanto que no podía vivir sin ella.

Aquella mujer le había inoculado su veneno, y aquel Amor era su vida.

No había lugar sino para ella en su corazón, para ella en su memoria, para ella en su alma.

Cerraba los ojos como para no verla, y en el fondo de su mente, en un paisaje azul como de sueño, con su belleza imperiosa y desnuda, sembradora de im-

púdicos deseos; con su impureza armoniosa y felina de pantera joven; con la sinfonia rítmica y la ondulación serpentina de sus formas de Salomé sugestiva y triunfal; con la sonrisa enigmática y dominatriz de su boca incitativa y perversa; con sus ojos de siria mágica, llenos de fulgores y encantamientos; con su cabeza de joven reina bárbara, bajo sus cabellos soberbios, estrellados de narcisos, surgía radiosa la visión pertinaz y terrible de aquel lirio de pecado, de aquella flor del vicio, que había envenenado su vida y hecho volcar el carro de sus sueños.

Y tendía los brazos á la visión maldita, y la llamaba en su dolor.

En su locura pavorosa, comprendió bien el horror de su suerte. No podía vivir sin aquella mujer.

Ni con ella, ni sin ella, tal era su dilema.

Abrió el balcón y miró la gran noche silenciosa.

La calma del cielo le exasperaba. La Naturaleza es cruel en su inmutable indiferencia para el dolor humano.

Largo tiempo estuvo silencioso, mirando el abismo del cielo y el de su alma.

Después, entró sereno, cuasi tranquilo, como si hubiese dominado por completo la tormenta de sus pasiones.

Escribió largo tiempo.

Luego apagó todas las luces, se desvistió, se acostó en su lecho, y sin precipitación, sin miedo, cuasi sonriente, puso su révólver sobre el corazón, y disparó.

Quedó muerto. Había pagado con su vida la locura de su Amor.

DE

« LAS ROSAS DE LA TARDE »

El ónix de los cielos se incendiaba, como una águila de oro, agonizante en la quietud serena del espacio.

Procelarias fugitivas hacia la costa oscura de un mar de ópalo, las nubes vagabundas parecían, con sus orlas teñidas de carmín. Inmóviles las otras, semejaban, en la densa, infinita perspectiva, Ibis melancólicos, soñando en la riva silente de un Océano.

El parque, como estanque silencioso, con las aguas dormidas, verdi-negras, hacía la fronda entera rumorosa, sobre la cual los árboles tendían la amarillenta sombra de sus copas, como un bouquet de flores de topacio...

Del jardín entenebrecido, subía la sombra á las terrazas, donde nubes de noctículos fosforescentes semejaban en las enredaderas oscuras, una extraña floración de lilas incendiadas.

En el salón, hundido en las tinieblas, la sombra de los cielos pacíficos hacía profundidades misteriosas.

Allá, tras un biombo, donde un Gobelino antiguo diseñaba un hemiciclo de canéforas, como hecho para un Decamerón, una lenta procesión de vírgenes linearias, como pintadas por Burnes-Yones; á la sombra de grandes cortinajes orientales, donde lucían moros esbeltos, como arrancados á un fresco de Carpaccio; en la penumbra, donde grandes macetas de lirios blancos daban su perfume, como pebeteros, de ámbar sobre vasos etruscos; en el sofá, donde pájaros acuáticos meditaban, entre juncos y nenúfares, sobre un fondo crema pálido, como un jirón de cielo rosa-té, Adalgisa y Hugo platicaban en la desolación suprema de la hora...

La sombra se extendía reverente, en torno al Idolo, rodeado de Misterio.

Los últimos rayos de la luz habían quedado como prisioneros; sobre aquella cabeza nimbada, fingiendo como flores astrales, en esa cabellera de crepúsculo, en el oro vivo de esos cabellos, donde el Amado hundía sus labios, como en una fuente luminosa, llena de irradiaciones metálicas de incendio, sobre la cual, los besos voloteaban, como enjambre de abejas ignescentes, tropel de mariposas incendiadas.

Y, prosternado ante el Idolo, se extasiaba en el miraje de la carne adorada, huerto cerrado, desde cuya verja, toda una floridez de sueños carnales, promesas de divinas realizaciones, se extendía, como un florestal de corolas cerradas, prontas á abrirse al contacto del beso iniciador.

Como ante un reposorio de Madona, sus deseos estaban en plegaria, delante de aquella flor de Tabernáculo.

Y llovían los besos y los pétalos, como en fiesta de abejas y corolas, y velaba el silencio pudoroso, el ópalo moriente de los cielos...

. . . . . .

Y sonaba en la sombra del crepúsculo el diálogo vibrante de su Amor.

— Oh, dime tu Poema, Amado mío; el último que has hecho para mí.

— Oye pues el Poema ¡ oh Bien-Amada! el Poema que he hecho para ti.

Y, en el silencio de la estancia, su voz modulada y grave, haciendo de su prosa un himno, recitó la sinfonía otoñal de su Poema que él llamaba : BALADA DEL DESEO.

En el Mar de lo Infinito, boga y lleva el Mensajero, el bajel que trae la Noche...

tenebroso como un muerto ;

lentamente va avanzando con sus velas de Misterio ;

el bajel que trae la Noche. ¡ Tenebroso como un muerto !

¡ oh las tardes de Otoño, precursoras del Invierno, cómo brillan, cómo cantan, en un ritmo de colores, en los mares y en los cielos ¡ oh las tardes del Otoño, las auroras del Invierno !

ya el Crepúsculo se muere en la Sombra y el Silencio.

¡ Oh la muerte del Crepúsculo, el Poeta del ensueño ;

ya se besan en la sombra, en divino Epitalamio, las estrellas soñadoras y los pálidos geranios, cuyos pétalos muy tristes, van cayendo lentamente, lentamente, como sueños que se mueren en su nítida blancura.

¡ Oh los sueños de las flores !

¡ Oh, la muerte de los sueños !

á la luz del Plenilunio, albas rosas de la Tarde van abriéndose como almas que escucharan en su angustia, el coloquio formidable de la Sombra y el Misterio.

¡ Oh, las rosas de la Tarde !

¡ Oh las rosas del Silencio !

¡ Oh, la Amada de mi vida !

¡ Oh, la Amada de mis sueños !

Ilumina este crepúsculo con la lumbre de tus besos, de tus besos, que son astros ;

y el perfume de tus labios caiga en mi alma como un bálsamo de ventura y de sosiego ;

¡ oh, los rojos tulipanes de las fróndas de tus besos !

¡ Oh la Amada ! ¡ oh Bien Amada ! ven, reclina tu cabeza, tu cabeza triste y blonda como el halo de una estrella ; ven reclínala en mi pecho ;

¡ tu cabeza perfumada por los místicos ensueños !

¡ oh, tu pálida cabeza ! oh, mi reina, coronada con las rosas entreabiertas en praderas ignoradas y en silencio de las selvas, de las selvas que te guardan su perpetua primavera, de las selvas donde viven mis ensueños de Poeta.

Tu cabeza con un nimbo de jazmines y violetas ;

que me toque la caricia de tus grandes ojos tiernos, algas verdes, que se mecen en los mares muy remotos de la Gloria y del Ensueño;

que me toquen con sus alas tus libélulas de fuego;

¡oh los ojos de mi Amada, misteriosos y serenos; playas tristes donde mueren las oleadas del Deseo!

que los lirios de tus manos, cual capullos entreabiertos, como brisas perfumadas, como rayos de un lucero, se deslicen en la selva autumnal de mis cabellos y serenen mis pasiones, tempestuosas y soberbias, y dominen la implacable rebeldía de mi cerebro;

mi cerebro que es tu Ara; mi cerebro, que es tu Templo; mi cerebro, donde imperas tú, mi Diosa, entre la mirra que te queman mis pasiones, y los cirios del Deseo, y mis himnos amorosos, y el perfume que te brindan las corolas de mis versos;

y una flor que se abre augusta, con sus pétalos soberbios, una flor en holocausto ante Tí: mi Pensamiento;

¡oh los lirios de tus manos, domadoras del Deseo! ¡oh los cirios de mi templo y las rosas de mis versos!

Por las flores del Crepúsculo; por las rosas del Silencio; por las algas de tus ojos; por las frondas de tus besos; ven reclina tu cabeza en las sombra de mi pecho.

¡Bien Amada! ¡Bien Amada! ven, te esperan ya mis besos, que revientan como flores, en las frondas del Silencio.

¡ Bien Amada ! ¡ Bien Amada ! ven, responde á mi deseo ; ven, unamos nuestros labios en un beso que sea eterno...

ven, y unamos nuestros cuerpos cual dos llamas de un incendio...

. . . . . .

¡ ven, mi Amada que es la hora !

¡ ven, mi Amada, que aún es tiempo !

¿ tú no sientes cómo pasa la caricia del momento ?

¡ Ven y amemos ! Aun es hora, ya declina en el silencio con la tarde nuestra vida ;

ven y amemos, que aún es tiempo ; aún hay flores en el bosque ; aún hay luces en el cielo ; aún hay sangre en nuestras venas y palpitan nuestros besos... son las tardes del Otoño, precursoras del Invierno... ven tus ojos agonizan en las ansias del Deseo ;

aprisione yo tus manos, y tus labios, y tus senos ; y te brinden sus perfumes las corolas de mis versos ;

es la hora del Crepúsculo. Todo se hunde en el silencio ;

es la tarde en nuestras almas ; y la noche avanza presto ;

nuestras vidas ya se pierden en los valles del Misterio ;

aún dibuja la ventura un miraje en nuestro cielo.

es la hora de la muerte ó la hora de los besos.

. . . . . .

Ven y unamos nuestras bocas, en un beso que sea eterno.

Ven y unamos nuestros cuerpos, cual dos llamas de un incendio.

. . . . . .

Ada alzó la cabeza, prisionera en cadenas de brazos del Amado.

— Oh, piedad, murmuró, cuasi vencida, apartando la mano violadora.

Y él de rodillas la imploraba quedo.

Piedad para mi amor ¡oh, mi Adorado! Ten piedad de los dos, ¡oh mi Poeta!

Temblaba, en su blancura de azucena, pálida bajo las alas del Encanto.

Y sonaban en su oído alucinado los fragmentos alados del Poema.

Y le decían:

ven y reposa tu cabeza blonda sobre mi ardiente pecho de Poeta.

Ven y reposa tu cabeza blonda, como una mariposa en una flor.

y que me bese de tus ojos verdes la caricia profunda y tentadora.

¡oh, la caricia de tus ojos verdes, la caricia furtiva de la ola!

deja que estreche los capullos blancos de tus pálidas manos de azahar.

y deja que en el lirio de tu rostro la sombra de mis labios se proyecte.

y que caigan mis besos en tus labios, como el nido de un pájaro en el mar.

que me bañe la gloria de Crepúsculo que irradia tu opulenta cabellera.

y deja que á tu paso, Amada mía, deshoje como pétalos mis versos.

deja que te aprisione entre mis brazos, y deja que te cubra con mis besos.....

Antes de que se pierdan nuestras almas en las densas penumbras del Olvido.....

. . . . . .

Despertada por la presión formidable del cuerpo de su amigo, Ada se puso en pie.

— Oh, no, no, murmuró angustiada y rechazándolo con fuerza.

Su palidez de lirio brillaba en la penumbra.

— Ada, murmuró él, con una voz de naufragio, salida de lo más hondo del deseo.

— Las rosas se respiran, no se comen ¡oh mi Amado!

Las rosas que más se aman, más pronto se desfloran.

— Pero hay rosas sagradas, hay rosas del altar.

— Las rosas del Otoño se mueren muy aprisa. Y estamos en Otoño, Invierno viene ya, dijo, y fué hacia la Adorada.

Ella movió el manubrio de la luz eléctrica, y al

iluminarse la estancia, apareció de pie en su palidez lilial, como una azucena mística en el fondo de altar iluminado.

¡ Augusta Vencedora de la Carne!

¡ Domadora triunfal de los deseos !

Él, á sus pies, aún murmuraba quedo.

¡ Oh, las pálidas rosas del Otoño! oh, la pálida lumbre vesperal !

Y, ante aquella llamada del Olvido y de la Muerte, ella sintió la angustia renacer en su corazón, temió por el Amor de aquel hombre, burlado en su deseo, y vino hacia él, y lo besó en la frente.

— ¡ Oh, mi Amor! ¡ oh, mi Poeta! una tregua, una tregua, nada más, dijo, besándolo en los labios.

Él la rechazó de sí, no le devolvió aquel beso, no estrechó sus manos, no respondió á su adiós, no la miró siquiera.

¡ Quedó allí vencido, rencoroso y triste !

l'amour ne fait-il donc que des malheureux ?

Y ella partió abatida, humillada, bajo aquel desprecio del Amado, mientras los cantos del Poema extraño rumoreaban en su alma vencedora, algo como el Excelsior de la Vida.

¡ Victoria estéril, á la cual respondían en su corazón, como voces de agonizantes, las palabras de la Admonición tremenda.

es la hora del Crepúsculo. Todo se hunde en el Silencio.

es la tarde en nuestras almas, y la noche avanza presto; nuestras vidas ya se pierden en los valles del Misterio.

es la hora de la muerte, ó la hora de los besos.

. . . . . .

Y se abrían ante ella como rosas, y fulgían en su alma como estrellas, los cantos exultantes del Amado, las frases ardorosas del Poema.

Las almas solitarias clavadas en su cruz.

En el gran letargo de la noche, los astros imperaban, bajo la inmaculada blancura de ese cielo de invierno, en la gran calma desolada y silente.

Roma dormía en su manto augusto de ruinas y de siglos.

De los jardines adormitados, de los cercanos basques somnolientos, se esparcían bajo la caricia astral, perfumes extraños y ruidos undívagos.

La luna como un escudo heráldico de acero bruñido, puesto á las puertas de un palacio impenetrable, se destacaba sobre el disco negro de los montes lejanos, en toda la esplendidez de un plenilunio triste.

El palacio Larti parecía dormir también en el encanto frío de la noche invernal.

En la alcoba de la condesa una lámpara bajo un velado verde, tamizaba la luz en extraños rayos crepusculares y medrosos.

Ada estaba en el lecho.

Su busto clásico emergía de entre las sábanas y colchas, envuelto en una camisa de seda blanca y encajes vaporosos.

Y, sus formas opulentas, ocultas bajo el *heridron*, le hacían aparecer en la penumbra del cortinaje, como reclinada en una onda de azul, circundada de espumas.

La adorable cabeza blonda reclinada en los almohadones, los ojos cerrados, la boca entreabierta, Ada respiraba penosamente, agitada por una crisis tremenda de su enfermedad.

Su estado, muy grave, que daba serios temores á las médicos, ella sabía ocultarlo para evitar á su hija ese dolor, y para escapar así á la vigilancia nocturna que impediría el único placer que le quedaba en la vida : la vista del Amado.

El amor, que todo lo envilece, había llevado á aquella noble mujer á esas astucias innobles, á los más vergonzosos expedientes, para poder recibir á su amante en su propia casa, en su alcoba, cercana á aquella en que dormía su hija, vírgen, sacrificada al furor de la pasión insensata de otros.

Y, era por la tienda de un barbero cómplice, establecido en los bajos del palacio, que Hugo entraba, en la noche, después que todo era silencio en la casa ya tan triste.

Aquella noche, la salud de Ada lo tenía muy preocupado, y despojado apenas en parte de sus vestidos, sentado á la orilla del lecho, le hablaba muy paso, teniendo la mano de la enferma entre las suyas.

De súbito se oyeron pasos cautelosos en el corre-

dor, y tres fuertes golpes en la puerta del cuarto.

— ¡ Abrid en nombre de la Ley ! gritó una voz.

— La Policía.

— Mi marido, murmuró Ada.

Estaban sorprendidos. No había tiempo que perder. ¿Por dónde escapar? La ventana que daba sobre la calle era la única salida, pero estaban en el tercer piso, y saltar sano era imposible.

Entonces, Hugo Vial pensó en la única solución honrosa : matar á Ada y matarse él. No dejarla sobrevivir á la deshonra estallando en su triunfal impudencia, á la vergüenza y los duelos de su amor inconsolable, y terminar así la larga serie de amargores que había sido su pasión.

La proximidad brutal del hecho no lo desconcertaba.

Amartilló su revólver sin pensar en vestirse.

Ada había enmudecido. El rostro vuelto hacia el muro, no se le oia respirar siquiera.

Y, los minutos eran como siglos. La puerta vacilaba bajo el esfuerzo de los polizontes.

Hugo se inclinó sobre el lecho, buscando el corazón que iba á atravesar.

La estancia se iluminó de súbito con una luz más clara.

Vial volvió á mirar.

Irma, apenas cubierta con una larga túnica de noche, el negro cabello suelto como manto de sombras, apareció con una luz en la mano, en la puerta que comunicaba su aposento con el de su madre.

Hugo quedó estupefacto.

La virgen avanzó, blanca, trágica, silenciosa,

severo el rostro bajo la cabellera tenebrosa, y empujando ante sí la silla en que estaban los vestidos de Hugo, tomó á éste por un brazo y lo condujo hasta la puerta de su propio cuarto y lo impulsó con ellos dentro.

Después, entró ella y cerró la puerta.

— Acostaos, le dijo, mostrándole su lecho virginal, todo blanco, alzado bajo el cortinaje albo, como una concha marina bajo jirones de niebla.

Vial obedeció.

Y, la vírgen quedó en pie, en la mitad del aposento, pálida, la cabeza inclinada bajo la tiniebla de sus cabellos, las cejas contraídas, el índice en los labios, como el ángel del silencio, el oído atento á los ruidos de la estancia cercana... Se sintió la puerta ceder, la cerradura saltar ante el impulso de afuera, y voces de hombres, y pasos en todas direcciones. La voz del conde Larte sonaba interrogativa y severa, pero la voz de la condesa no se oía responder; ¿por qué ese silencio?

Y la virgen temblaba, de pie en medio de su estancia.

Cuando sintió que los pasos de los hombres que trajinaban en el cuarto de su madre se dirigían al suyo, extinguió un poco la luz de la lámpara, se dirigió al lecho, se deslizó bajo las sábanas, al lado de Hugo, y colocando un brazo bajo su nuca, fingió dormir así, en un gesto de náyade.

La selva de sus cabellos acariciaban el rostro de Vial, sus carnes le rozaban cuasi, y uno de sus pies lo habían tocado al deslizarse bajo las coberturas.

Éste cerró los ojos, temblando como un febrici-

tante. El olor de aquella cabellera, el calor de aquellas carnes vírgenes, le turbaban hasta el delirio.

En ese momento, el conde Larte abrió la puerta y avanzó con la lámpara en la mano.

A la vista de aquel cuadro de amor y de vicio, dió un grito inarticulado, vaciló sobre sus pies, extendió las manos, como para impedir que alguien entrara después de él, apagó la luz con un soplo furioso, y terrificado, estúpido, volvió á la puerta diciendo :

Nada, señores, nada. Es el cuarto de mi hija. La pobre niña duerme. No la despertemos. Y con el dedo en los labios, se alejó caminando en la punta de los pies.

Y llevaba la muerte en el alma aquel bandido, en cuyo corazón no quedaba más amor que el amor de aquella hija.

¡Deshonrada! ¡Prostituida también su hija adorada!

Y, no queriendo revelar su deshonra, se alejó silencioso, ahogando el llanto que subía en onda tumultuosa hasta sus ojos...

¡La hija había salvado á la Madre de la deshonra, del Tribunal, de la prisión!... Ella no era pura, á los ojos de su padre, pero su madre no era adúltera á los ojos de la Ley... ¡Oh, el sacrificio!...

Cuando Irma sintió que la puerta del cuarto de su madre, que daba sobre el corredor, se cerraba, saltó del lecho, corrió hacia el balcón y lo abrió, sin temor al frío de la noche. Inclinada hacia afuera esperó unos minutos.

Hugo aprovechó esos instantes para vertirse.

Cuando la joven vió que su padre y la autoridad

se alejaban por la calle desierta, volvió al centro del aposento y señalando á Hugo la puerta le dijo colérica y angustiada :

— Ahora, salid de aquí.

Vial salió.

Al atravesar el cuarto de Ada, se detuvo para contemplarla.

Inmóvil estaba en la posición en que la había dejado.

Se acercó a ella, no volvió á mirarlo ; la llamó, no respondió á su acento; la tocó fuertemente, no se movió.

— Mamá, mamá, gritó Irma, que lo había seguido. Y se botó desesperada sobre el lecho.

— Mamá, mamá, mamá. ¡Vano grito! ¡La pobre muerta no la oía! Sus oídos sordos estaban para siempre, con la sordera eterna de la muerte.

Hugo comprendió la verdad aterradora, y quiso por última vez besar aquella cabeza adorada, sellar con un último beso el misterio de aquellos labios, cerrados ya para la vida...

Pero la vírgen hecha implacable, feroz en su dolor, defendió el lecho con furores de loba.

— ¡Idos, idos de aquí, le gritaba y extendía su brazo blanco y vengador, mostrándole la puerta.

Y, él obedeció á aquel conjuro, á aquel gesto, que como el del ángel bíblico, cerraba para él el paraíso de su último sueño de Amor.

Y escapó á tiempo, antes que la servidumbre, despertada por los gritos, pudiese verlo.

Y en el aire calmado, en las tinieblas dulces, se escuchaba el grito desesperado de Irma.

. . . . . .

— ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Su grande alma trágica no conocía el miedo, pero un terror sagrado se apoderó de su corazón, y huyó en la noche silenciosa, oyendo estallar sobre su cabeza, como una maldición, el grito de la virgen desolada.

EL ARTE

« *El Arte es la expresión sensible de lo bello* » ;

lo bello, es la materialización del sueño, el Ideal, tomando forma, ya en la perfección de línea, ya en la euritmia lucidora y vibrante del estilo ;

y, es también, del Ideal lo subjetivo, y rítmico ; lo que se adivina y se revela en el limbo de la Visión ; la evocación del Silencio y del Ensueño ; el soplo del Misterio : el *Símbolo ;*

es la encarnación de Venus la divina, en la desnudez casta y tumularia de la piedra, irguiéndose como un lis de Belleza — mágica flor del Placer — entre el humo del incienso y el vuelo de idálicas palomas, en el misterio de su altar en Milos ;

es Campespes desnudada por Alejandro, ante el pincel de Apeles, inmortalizada por el Genio, consagrada á la posteridad, así, desnuda como una perla, en la nobleza de sus líneas, en la sinfonía de sus proporciones ; en el himno triunfal de su belleza de holocausto ;

son las beatitudes sagradas, el Éxtasis fecundo y triste de los predestinados de la Vida ;

son los poemas inmortales del Lienzo, del Mármol y del Verbo ;

son las corzas fugitivas, que en los vasos de Pér-

gamo, rompen el liquen sagrado en los campos de Asfodelos ;

son la hamadríada que respira rosas en el templo de Arthemis Leucophirne y las vírgenes que inmortalizó el Dolor, en el mármol polícromo de sarcófagos fenicios ;

y, las intallas negras, como hechas por titanes cíclopes, de donde emergen, como de un sueño ancestral, cabezas extrañas de Emperatrices diademadas ;

los tetradracmas arcaicos de Abderé de Tracia ;

los dijes monetiformes de orfebrería bizantina ;

las ánforas áticas de Caeré, que parecen evocadas por la lira divina de Teócrito ;

los vasos de Tharso ;

las estatuas de Myrena ;

los hipocéfalos mágicos de Agnón ;

son, la intensa voluptuosidad de un cuadro de Albani y la infinita melancolía, las misteriosas lontananzas, la grandèza desolada de una marina de Backluissen ;

son los tonos glaucos y tristes de una llanura en Otóño ; y la floración de sueños de un cuadro de Poussin ;

son los cuerpos desmaterializados, los ojos de éxtasis, las desnudeces gráciles de las vírgenes videntes de Boticelli ;

y, la belleza etérea, cuasi astral, de blancuras de astro y de azucena, de lineamentos mágicos, que esboza como un sueño de mármol, Donatello ;

son las praderas bíblicas, las doncellas núbiles, las viñas sagradas, de Millet ;

son;
un verso de Virgilio;
una sinfonía de Beethoven;
un poema de Mistral;
es, todo eso que pasa por el mundo en ondas de secretas vibraciones, como hálitos de bosques muy remotos, palabras de un idioma ya olvidado;
son las aves de Idalia ¡tan lejana!...
las aves del país de la Belleza...

El Arte, en la antigüedad pagana, era una religión: el culto de lo bello;
era un culto hosco y fanático;
la Belleza, era inmutable é impecable, en las líneas severas de sus formas; su rostro olímpico, sus músculos divinos, no se contraían al contacto de la Vida;
ella, como el deseo, de Baudelaire, odiaba al movimiento que desperfecciona las líneas; y no lloraba nunca; no reía jamás...
era hija de dioses, y como su madre, la Divinidad era impasible;
Timanto, en el *Sacrificio de Iphigenia*, comprendiendo que la emoción del Dolor desperfecciona los lineamientos del rostro, puso un velo sobre la cabeza de Agamemnón;
el *Hércules Sufriente*, obra de un pintor desconocido, y, el *Philoctetes*, de Pithagoras de Leontium, representan el Dolor, en su expresión más violenta, y, sin embargo, sus autores, supieron velar, con un tacto exquisito, de artistas, con una delicadeza infi-

nita, para que lo violento, lo odioso del Dolor, no apareciese en el fondo de sus cuadros.

Timoniano, en su *Ayax*, y en su *Medea*, al avanzar en la tragedia, se detuvo en la linde del horror, y, pintó la Maga Asesina, en la irresolución precursora del crimen, no en la pavorosa ejecución del crimen mismo;

y, Ayax, vencido y triste, aparece, no en el furor de la locura, sino en el cansancio de ella, en una como divina lucidez, soñadora de la muerte;

la Belleza, era divina, y, atacarla, sacrilegio;

la Justicia, deslumbrada por ella, no se atrevía á condenarla;

la desnudez radiante de Phriné, cegó sus jueces, y, la balanza de Astrea, se inclinó del lado de la Belleza, insuperable;

¡ oh, ésos, eran bien los hijos de aquella edad feliz, en que los dioses vagaban aún sobre la tierra, y, su sombra augusta, protegía la estatua sobre el zócalo sagrado !...

no se había aún escrito el verso blasfemador, Evangelio de estos tiempos de Tristeza y de Espanto:

Oh, Beauté, dur fléau des âmes, tu le veux...

y, la Belleza, pasaba como en un paisaje elíseo, con luz de inmortalidad, en una visión de canéforas impúberes, de cortesanas de Efeso y de Eleusis, en péplumes rojos con bordados de oro, bajo el bosque de acantos de Corinto, la radiación de las volutas jónicas, y la plástica policroma, de la Ciudad de Palas-Atenea, en la vibración difusa y opulenta de

aquella luz única, que aun hoy, baña con un azul diáfano su poema de ruinas, y acaricia las osamentas de su grandeza, las faldas del Erectheion, el Parthenon sagrado, la explanada del Agora, las Propileas desiertas, la colina de las Ninfas, y la tumba de Cimmon;

¡ oh Imperio de la Belleza !...

cuando Pablo, el judío profanador, subió al Acrópolis, la barbarie te hirió en el corazón;

y, cuando el Galileo, subió á su cruz, el culto de la Tristeza se extendió sobre la tierra...

el Semita Bárbaro fundó el Imperio del Dolor;

y, Tú, hija de dioses, humanizada, por piedad, huiste, dejando la tierra entregada al culto de la fealdad, á la adoración del patíbulo, de la angustia impudente, de la agonía tétrica, de las carnes martirizadas, de los miembros contorsionados, del Dolor, hecho Musa, del Betlemita, hecho Dios; . . . .

. . . . . .

. . . . . á veces, voces extrañas pasan por el mundo, recordando en estrofas semipaganas, en líneas de una perfección ática, la edad remota de ese culto extinto, y, remedando en la soledad de estos tiempos taciturnos, el armonioso rumor del enjambre de Academus;

los hombres, dormidos en la Idolatría Mística, no quieren oirlos;

y, la grande Alma Pagana, la Psiquis del Misterio y del Ensueño, arroja sus cantos á la Fatalidad, y, las flores de su corona, al campo de los bárbaros, y azota con las cuerdas de su lira, los cerdos de la Escritura, dormidos al pie del Arca Santa...

Lo sublime, es lo bello, extraordinario;

es, la tensión dolorosa del ánimo; el vuelo vertiginoso hacia la cima; la ascensión hacia el Misterio; la aproximación á lo Inconocido; el estremecimiento pavoroso y sagrado al contacto del ala divina que se agita en la sombra;

la sublimidad, rompe la impasibilidad del mármol, yergue el cuello, hincha el tórax, abre los labios de piedra y lanza el grito espantable por la boca de Laocoon;

la poesía del Dolor, arrojó el soplo de la Vida sobre la piedra inerte, y la venció;

lo sublime creó lo bello del horror;

y, los titanes del Verbo hicieron la encarnación formidable;

y, el Dolor, apereció, desnudo y tétrico, como un gran monte, bañado de crepúsculos...

y, el grito de su angustia llenó el mundo;

el sollozo de Priamo, el clamor de Hecuba, llenan todo Homero;

Elena, la blanca Tyndarida, ilumina el incendio, y, pasa en la tragedia con la luz tenue de un rayo de luna sobre la ceniza humeánte de un monte en roza;

Prometeo, grita, blasfema, se retuerce en su dolor, y, las blancas oceánidas vienen á él, y lo circundan como una lluvia de narcisos perfumados, como una bandada de mariposas albas, que nimban en torno suyo el lúgubre peñón;

las Furias, aparecen temibles, en todo Esquilo;

en *Orestes*, silban como sierpes;

en las *Plañideras*, dan miedo;

en toda la *Trilogía*, son horribles;

en Sofocles, Edipo se arranca los ojos y Hércules grita con acentos que hacen temblar el monte Eubeo y las selvas de las Lócridas;

Philoctetes, conmueve las ondas del mar con sus lamentos;

en Shakespeare, las selvas andan, los espectros hablan, las sortílegas recuerdan las medusas de Altheum;

en Hugo, de una pluma de Satán, nace el Perdón;

Homero, ¿no fué un artista?

¿no lo fué Esquilo?

¿Shakespeare?

¿tampoco Hugo?

¡Eran Genios!

la simplicidad homérica, el horror esquiliano, ¿están fuera de la Estética?

Shakespeare, fué acusado de deforme;

Hugo, de excesivo;

¿estaban fuera del Arte?

¡Eran sublimes!...

. . . . . .

...Hay los cíclopes y los orfebres; la generación de Polifemo y la de Benvenuto; el martillo de Encelado y el cincel de Diodoscoro; el Etna y el Taller;

á veces, un Cíclope, trabaja un dije;

y, se dan libros de pensadores, laborados por mentes de artistas, especies de relicarios labrados por un Titán, para regalo de una Abadesa noble, de un convento florentino, en tiempos de Lorenzo el Magnífico;

hay, el grito de Ayax, en la sombra silenciosa : lo formidable ;

hay, la serenata de Schubert, en la noche misteriosa : lo admirable ;

el Dolor y el Amor ;

toda la Vida...

Hoy, que, como dice Wyzewa, no son ya poemas de Amor, sino ensayos sobre Ibsen, lo que canta el corazón de los adolescentes, hay que escribir, libros de conciencia y de agresión, de energía y de lucha, como un regalo salvador para estas generaciones débiles y voluptuosas, indiferentes á la Libertad, pasivas y pueriles, obsesionadas por la Fe, vencidas por el Amor, humilladas por la Vida ;

esas obras, no tienen sino un público, exquisito y escaso, en América ;

público de psicólogos, de artistas, de escritores, de los muy pocos con valor, de los aún más pocos sin envidia ;

la gran masa, queda indiferente ;

y, permanecen hostiles á ellas, aquellos que no pueden comprenderlas ;

esa excepción, constituye excelsitud ;

hay que poner, entre esos libros y el Éxito, el medio siglo que Stendhal puso entre los suyos y la gloria : toda una etapa de la civilización...

hay, que dedicar como Esquilo su obra : al Tiempo ;

es el gran Reparador.

Tengamos fe;

mañana, cuando esta onda de necedad piadosa, que sube al horizonte, con el sordo rumor de una marea, haya bajado...

cuando la mediocridad triunfante, que en avalancha tumultuosa inunda el campo de las letras, haya vuelto á su centro natural de tristeza y de olvido, esos libros se alzarán, como unos de los pocos, — los únicos acaso, — que representaron un *estado de alma*, en esta época turbada, llena de las altas angustias del Destino; que lanzaron un grito viril, en este silencio ignominioso, hecho de la conflagración venal del Miedo y de la Envidia; como espécimenes de Arte, puro y fuerte, en esta época de eclipse de lo bello, en que una coroplastia bárbara suple al sagrado esplendor de la estatuaria antigua;

y, entonces, de esos libros, hoy proscriptos y lapidados, se escapará el alma de una época, como el perfume inextinguible, de una ánfora ática, hallada bajo el pórtico de un templo;

y, el espíritu de una generación y de una escuela, se alzará de ellos, como la esencia del Sicomoro de un sarcófago egipcio; con el gesto severo y mutilado de una estatua sacada de las ruinas;

y, las almas, que en esos libros, han gritado más alto que la bajeza ignominiosa de su tiempo, que han clamado en el desastre pavoroso, en la irremediable decadencia de su época, surgirán del fondo de esos libros, como lises albos del fondo de un vaso de basalto, perfumadas y luminosas, eternamente jóvenes en su tristeza indómita, admiradas y

engrandecidas, cuando ya no quede ni el recuerdo de esta brutal cabalgata de acéfalos, de esta gran parada de la mediocridad triunfal, á que asistimos ;

en tanto, si el Odio, amenaza los grandes libros, como el águila á Ganimedes, en el cuadro de Rembrandt, dejémoslo aletear en el vacío ;

su sombra no da la muerte ;

el Odio, es una consagración ;

unge...

. . . . . .

...la bruma, se posa sobre las altas cimas ;

las individualidades poderosas, permanecen así, ocultas ó desfiguradas, á su tiempo, por la perpetua tempestad que las rodea : misteriosas y tronantes, como una montaña incendiada ;... perdidas en la niebla como un continente lejano...

todo genio es un Sinaí...

¡ es necesario haber vencido, para saber todo el lodo que el Triunfo trae en su manto de escarlata !

¡ oh, de las manos crispadas que se tienden al espacio para aprisionar el vuelo de las águilas potentes !

¡ alzarse victorioso, he ahí el Crimen Irredimible, ante aquellos que se arrastran sin alas, en el fondo de la selva !...

la serenidad augusta que se desprende de los horizontes inaccesibles y de la silueta altiva de las aves vencedoras, cae como un manto de angustia, sobre los ojos coléricos y las frentes bestiales, que se han alzado para insultar la divina ascensión hacia las cimas inmortales...

vencer es una Inmolación.

EL TEATRO

El Teatro entra en la Vida, como un río entra en la selva;

entra, la invade, la llena, la refleja;...

la refleja: sí;

reflejar la Vida; esa es la misión del Teatro;

el teatro que no refleja la Vida, sino que calumnia la Vida, que no pinta la expresión sino la mueca del inasible rostro del Alma Humana; que no reproduce el gesto alto y heroico, el gesto espiritual, sino el gesto bajo y abyecto, del doloroso animal pensante que es el hombre; que no reproduce los actos de la idealidad, sino los de la bestialidad; que no externa las manifestaciones del sentimiento, sino las del instinto; que no sorprende al hombre y lo reproduce en el instante de las sublimes acciones, sino desnudo sobre el lecho, en el momento de sus más bajas fornicaciones; ese teatro de leprosería y de lenocinio, que hoy llena é invade toda la escena, ni es teatro, en el sentido alto del vocablo, ni para él se hizo la mayúscula al hablar de Arte;

la sublimidad en el orden ideal;
la belleza en el orden material;
tales han de ser las condiciones del Arte;
fuera de la Belleza no hay arte posible;
la pornografía escénica, puede estar y está dentro de la Verdad, pero no está dentro de la Belleza, y por consiguiente, no está dentro del Arte;
un cáncer es verdadero, pero, no es bello;
su exhibición y tratamiento, entra en la Terapéutica, pero no entra en la Estética;
pertenece á la Ciencia, no al Arte;
una clínica no está dentro de las fronteras de lo bello; un Museo sí;
y, lo que no está dentro de lo bello, no está dentro del Arte;
un vientre canceroso, abierto aun por el escalpelo de Péan, no os producirá en el alma la misma impresión que un rostro pintado por el Perugino;
ambos están dentro de lo humano, pero no ambos están dentro de lo bello;
sólo uno de ellos os despierta la emoción sublime; la emoción estética;
lo que está fuera de lo sublime, está fuera de la Estética;
y, lo que está fuera de la Estética, está fuera del Arte.

Yo, tengo, para mí, el Teatro, todo, como un arte inferior;
su proximidad á la muchedumbre, lo condena á la puerilidad y aun á la vulgaridad, porque el vulgo es

por su naturaleza, pueril y *vulgar*, y, es el vulgo, el Juez y aun muchas veces el verdugo de una obra teatral ;

la enorme cecidad de ese monstruo, lo hace inhábil para la contemplación serena de lo bello ;

el vulgo, es el enemigo natural, de lo sublime ;

de ahí que lo sublime esté proscripto del teatro actual ;

en su fatal apostasía de lo heroico, nuestra época se refugia en lo bufo, como único consuelo á su mediocridad ;

Víctor Hugo, fué el último Caballero de lo Sublime, sobre el teatro francés ;

y, está muerto, bien muerto, bajo el yelmo y las corazas de sus héroes, sobre las cuales se desnudan las cocotas de M. Abel Hermant y se ponen sus inyecciones « los Averiados » de M. Brieux ;

el teatro actual, eminentemente mercantil, ó mejor dicho : *únicamente mercantil*, no hace Arte, hace comercio ;

por eso, no echa como alimento, á ese gran hipopótamo libidinoso, que es el público, sino todas las gramíneas afrodisiacas, que halla al paso, para ponerlo en *rut*, y soltarlo furioso, como un paquidermo en celo, sobre la yeguada ambulante de las peripatéticas del Amor...

repasad el Teatro actual, del uno al otro extremo de la Europa, y en su cenagosa esterilidad, no lo veréis producir sino una flora enferma de neurosis y adulterios (1)...

(1) El Teatro escandinavo, con su acre pureza de niebla, no

en toda esa pululación de vesanias, solo un Poeta está en pie, soberbio y solitario, con sus creaciones raras y exquisitas, como un joyel de Ensueño : Gabriel d'Annunzio ;

las creaciones de d'Annunzio, están más allá de la visual del Público, fuera de sus fronteras : son planetarias (1);

él, habla un idioma, incomprensible á la caquexia aguda de los eretómanos del Teatro;

he ahí por qué su teatro ha fracasado en París ;

hostis ;

este diputado de la Belleza, es un *bárbaro* de Heliada ;

coronadlo de flores, y ponedlo fuera de Lutecia;

su reino no está en Montmartre ;

pertenece á la aristocracia intelectual, tiene cuarteles nobiliarios en el escudo heráldico de su Arte, tiene la pasión ardiente de lo bello y el odio acre de las cosas viles...

él, será odiosamente rechazado por la casta omnipotente de los mediocres;...

es verdad, que el Genio se venga, ejerciendo su supremacía incontestada, sobre los espíritus de *Elite ;*

es, Maestro entre los maestros;

me hablaréis de Mæterlink, ¿ verdad ?

escapa á esta acusación. El grande Ibsen mismo, hizo creaciones de esa histeria. *Edda Gabler*, es la neurosis polar.

(1) Hay que exceptuar de esta apreciación su drama pastoral « La Figlia de Jorio », bastante mediocre para haber triunfado estrepitosamente. Ese triunfo escénico amengua la gloria de d'Annunzio. Ser coronado por la mediocridad, es aproximarse mucho á ella.

su teatro azul, es un teatro de hadas;

tiene en ocasiones, la simplicidad candorosa del teatro alemán;

sus personajes tienen alas;

se dirían las novelas maravillosas de Weill, arregladas á la escena, por Luis de Baviera;

la belleza profunda, dulce y misteriosa del Símbolo, brilla sobre ellas, como una estrella en la Noche y las engrandece sin turbarlas, en un inmenso horizonte de armonías;

tales magnificencias son el Arte;

Mæterlink, no sólo está dentro del Arte, sino que tiene: *su Arte;*

el secreto extraño de su aparente simplicidad llena de maravillas, pertenece á él, exclusivamente á él, como el misterio profundo de su don de lágrimas, y su inagotable fuente de bellezas;

hombres como Mæterlink, redimen el Arte, de todas las miserias de su tiempo;

son los rehenes que la Gloria tiene en sus manos, para asegurar toda la grandeza de una época;

ellos, no se conforman con representarla, sino que la salvan;

su época, no sólo vive de ellos, sino en ellos, y por ellos;

todos los siglos han visto de esos hombres, llenos del tenebroso amor y de la misteriosa armonía de lo Infinito;

ellos se llaman eternamente: el Genio; . . . .

. . . . . .

y, el Genio, está ausente del Teatro actual;

emigró el mismo día que lo sublime;

ausente, ó vencido, porque nadie me dirá que el teatro de d'Annunzio ó Mæterlink, es teatro universal;

del Norte, es verdad, nos vienen magníficas creaciones ibsenianas, pero no se aclimata en Occidente, esa blanca flor boreal, tan llena de bruma y de Misterio;

ni Ibsen, ni Bjoernstjerne-Bjoernson, son autores, populares, como decir Alfred Capus, ó Georges Courteline;

son conocidos, pero, no gozan del Amor del público, de aquel gran público, que tiene la pasión de lo mediocre;

á ese público que lee á Georges Ohnet, le bastan, la *Fille Elisa* de Jean Ajalbert, ó *Ces Messieurs* de Georges Ancey;

la vil parodia del talento, que bajo el nombre de *esprit*, llena los teatros parisienses con su producción, tiene las más cordiales relaciones con el público, pero no guarda relaciones ningunas con el Arte;

no:

la profundidad del Arte, la sublimidad del Arte, la grandeza del Arte, no cabe en esa media de seda, manchada con sangre de cocotas, que es el vaudeville;

Esquilo no se encierra en una zapatilla de Liane de Pougy;

esa mueca de pornografía, que es la comedia francesa, triste, bajo la máscara de su erótica alegría, no logrará nunca, dar á las contorsiones de su histeria, los puros lineamientos de una creación de Arte;

las más serias creaciones de Donnay, de Mirbeau, de Descaves, de Hermant, denuncian de tal manera el desierto, el vacío, de lo bello, la muerte de lo sublime, que las almas altas y nobles se apartan de ellas, como de una ciudad inhabitable;

yo, no niego, que haya talento, en estas obras; lo que niego es que haya Arte;

ellos hacen obra de lucro, no obra de Belleza;

son comerciantes, no son artistas;

trabajan para la riqueza, no para la Gloria;

son los cartagineses de la decadencia; . . . .

. . . . . .

yo, no condeno la *inmoralidad* en el Arte;

no condeno sino la *vulgaridad*, en el Arte;

yo adoro los asesinatos en Esquilo, y admiro los incestos en Sófocles;

las amistades contra natura, aparecen resplandecientes en Homero;

ya he dicho que yo no creo en la Moral;

pero, sí creo en la Belleza;

y, es en nombre de Ella, que me indigno contra la puerilidad y la vulgaridad, del teatro actual;

el vicio es bello;

el crimen es bello;

pero, á condición de ser expresado en Belleza: supremamente;

yo, no soy bastante corrompido para ser un moralista;

pero, sí tengo la mente, bastante cultivada, para indignarme como Artista;

lo que llamaremos, *el bobarismo*, en el Teatro, se ha hecho de tal manera sistemático y parasitario,

que en su monocorde facilidad, ha bastado para hacer del Arte escénico, el más bello jardín de imbecilidades, que pueda florecer bajo un cielo de decadencia;

en vano se engañan los sueños, en vano se engañan los mirajes, en vano se cubren sus horrores y sus tumultos, arrojando á los ojos de la candidez, el polvo secretorio de la psicología;

no: esa pornografía es la parodia de la psicología;

Psiquis: ¡Alma!

no:

el descoyuntamiento de aquellas muñecas semipensantes, en el lecho del placer á veinte francos, no es el alma humana;

los secretos del alma humana son otros;

otros son los caminos del alma humana;

el rostro del alma humana es otro;

el alma humana es la Esfinge;

y, ¿qué de más profundo y más claro para los espíritus que saben leer?

el alma humana, está en las alturas, vecina del Misterio, sus secretos colindan con lo Infinito;

para el estudío del alma humana, ¿no necesitáis de estar en comunión con lo sublime?

¡descifrar el alma humana!

¿sabéis el terror sagrado que se apodera del que *cumple Eso?*

es que el alma humana, con todos sus secretos, con todas sus tempestades, con todos sus espantos, ¿la habéis descubierto cuando desnudáis los senos y el sexo, de una cocota de París?

¡pobre alma humana!

vosotros no reveláis el alma humana: la corrompéis...

¿qué de más absurdo?

no que yo proclame como único, el drama individualista, el superhomismo, de Stirner ó de Nietzche, pero sí lo creo en mucho preferible, á esa tenacidad de batracios, con que los comediógrafos franceses, se empeñan en dar de testa, contra los problemas triviales del adulterio;

y, no que á mí me disguste el adulterio;

¡oh! no:

al contrario;

yo, lo amo y lo proclamo; me divierte y me edifica;

lo creo, el más justo castigo, de ese pecado de imbecilidad social, llamado: el matrimonio;

yo, aplaudo el adulterio;

es la revancha de la esclavitud;

pero, me pregunto: ¿qué gana el Arte, con la exposición perenne, inacabable, no ya de esa clínica de almas enfermas, que pertenecen de derecho propio al Profesor Lombroso, sino con la exhibición de esos cuerpos de hombres enfermos que nos exhibe Brieux, en sus *Avariés?*

esa literatura de columna mingitoria, hecha como para reclamo de las enfermedades venéreas, no me disgusta en nombre de la Higiene, pero sí la hallo fuera de lugar en los dominios del Arte;

las enfermedades secretas, han dejado de serlo, merced al teatro francés, y, no acierto á explicarme lo que la grandeza del Arte, haya ganado en ello;

las bellezas, del *trottoir* y, sobre todo las bellezas parisienses, que ignoraban ó no habían sufrido aún el contagio del flagelo — y, me atrevo á creer que las habrá — han ganado, de seguro, con la denunciación del peligro...

pero... la Belleza; ¿qué? ¿qué la suprema Belleza?...

es cuando se ha descendido tanto, que el Arte toca las tierras vírgenes del desprecio :

Quum in profundum venerit, contemnit...

la aparición de la Sífilis en escena, me atrevo á asegurarlo : no es una conquista del Arte ; no es una flor de Arte ;

la llaga de Philóctetes, aun siendo de origen divino, hizo que el candor de Homero, la confinara en las Lócridas ;

contaminar así el Arte, de la podredumbre de los cuerpos, aislarlo así, lejos del trabajo y las gestaciones altas del espíritu, es proscribirlo de la creación intelectual, es privarlo del sentido íntimo de la Vida ;

el mundo invisible á través del mundo visible ;

eso es el Arte ; . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

no que yo predique el Arte de teatro ideológico y sentimental dado á bordar con el floripondio del romanticismo en una superficie sin profundidad ;

ese teatro teórico, de pura emoción literaria, está sin embargo en el dominio de la Belleza, mucho más

que el teatro de pura emotividad bestial, que huelga fuera de él;

y, sin embargo, no es Arte verdadero, ni es el Arte, ese que escapa á la ley de humanidad, aun con un fin alto de pasión;

Belleza y Verdad son sinónimos;

Belleza y Verdad, son gemelas;

unidas y consubstanciales, como los gemelos de Siam;

separarlas es matarlas;

el Arte es Unidad: Unidad de Belleza y de Verdad;

proscribir en el teatro, lo sublime en nombre de lo verdadero, es ignorar ó corromper el Arte;

la bajeza natural de la representación escénica, la inferioridad estética del Teatro, como arte, no adquiere cierto grado de elevación y de purificación, no se redime de su mancha original de asociación al vulgo, sino mediante la aparición de lo sublime en la escenografía teatral;

no quiero decir, si Esquilo, está fuera de la realidad y de la Vida, si ese gran río de taciturna y fiera Belleza, corre más allá de los cauces estrechos de lo humano...

Sólo sé decir, que su divino aparecimiento, marca el más alto grado de Sublimidad á que haya llegado el espíritu humano y al cual haya servido esa fuerza amorfa y multiforme que es, la palabra;

de las noventa tragedias de aquel que fué el último eco de la sonoridad de los dioses sobre la Tierra, el último grito del Olimpo, sobre las cumbres grandiosas de la Heliada, sólo se han salvado siete...

y, sin embargo : ¿que elemento de lo bello, de lo justo, de lo sublime, no se halla en aquellos siete bajeles del Genio, salvados de la espantosa noche del naufragio?

el Teatro enorme de Esquilo, se nos aparece precedido como de dos heraldos dorios, por : el Ditirambo y el Lirismo, á *outrance;* por los falóforos y los itifalos de Bacchus :

toda la esencia del Alma humana ;

una gran pasión se fija sobre ellos, como una nube ;

es la pasión de lo sublime...

Arquiloquio, y Epicarmio, lo precedieron, como sacerdotes del gran recitativo homérico, que subía en lentas cadencias como las olas de una lírica mar...

todas las grandezas y las tristezas, flotantes en el alma griega, tan torturada de dolores divinos, sonaron entonces, con abrupta senoridad, en el alma de ese Titán del ritmo, que no conoció iguales, ni ha tenido sucesores ;

él, surgió del grito del Escoliasta en las Leneas, como un divino pájaro del cielo, una águila armónica de luz ;

ni intento, ni es mi objeto, hacer aquí un estudio de aquel guerrero meda, ni la exultación ó la defensa de su genio arcaico, de su estilo monumental, de sus imágenes grandiosas y germinantes como las entrañas de un mundo ;

ni diré de sus tragedias sombrías y rudimentarias como un caos pregenésico, roncas y asordadoras, como el clamor de un mar en la armonía plácida de la naturaleza...

ni cómo la armonía, la justicia y la medida, pueden encerrarse todas, en ése algo enorme y cegador;

sus divinidades arcaicas, la vegetación desenfrenada de sus paisajes extrahumanos, dominados por las cumbres rosa del Himeto y del Pentélico, se extienden, se dilatan de tal modo en lo sublime, en la zona excesiva de su genio, que rompen el horizonte y la medida de la tierra exquisita y limitada;

una carrera de hippariones perseguidos por el foete de Apolo, en la selva teológica y sacerdotal de aquel maratonómaco sublime, hácenseme las estrofas desmelenadas y purpúreas, llenas de magnificencia y de furor, de esas tragedias, de las cuales se exhala un divino perfume de violencia embriagadora;

del divino Sófocles no he de hablaros:

Arte más que genio, él fué la Belleza, la proporción y la gracia;

ni llegó á Esquilo, ni lo eclipsó;

con Sófocles, la Tragedia, deja el genio, y entra en el talento;

deja de ser divina; se hace humana;

pone el pie en tierra; y, pliega las alas;

ya, no vuela: anda;

viéndolo morir abrumado de palmas, se pregunta uno, si no fué mediocre, el hombre que así pudo vencer...

le faltó una cosa, que distingue y aun hace al Genio: el Dolor...

y, le sobró otra que falta siempre al Genio: el Triunfo;

y, de Eurípides, ¿qué he de deciros?

con él se está ya muy lejos de Esquilo, lejos aun de Sófocles...

con Esquilo se deja lo sublime;

con Sófocles lo bello;

con Eurípides se entra en lo precioso;

el arte decrece hasta lo *mignard;*

se diría un Racine de antigüedad;

y, como no es una historia del Teatro lo que hago, os haré gracia, de la máscara de Aristófanes...

con Esquilo, dejamos la cima abrupta de las tempestades...

Sófocles, fué la colina florecida;

con Eurípides entramos en el llano amatista, aún lleno de sol...

con Aristófanes, dejamos ya el arte y entramos en la farsa;

permitid que no entre allí;

yo tengo horror de los hombres que ríen, y mucho desprecio por los hombres que hacen reir. . .

. . . . . .

. . . . . No volvemos á hallar cima alguna hasta tropezar con Shakespeare;

y ésta ya es una cima de cartón;

permitidme que admire sin entusiasmo este comediógrafo genial;

su fantasía desencabritada, sus dramas alucinantes, me hacen la impresión de una pesadilla...

su genio aullante, sus máscaras trágicas, todo el abismo, que hay en él, rayan á veces hasta en el horror sofócleo, nunca en el horror esquiliano;

su poesía es aérea como un sonar de flautas, bajo una dulzura celeste;

algunas de sus mujeres, se dirían flores...

¿no es Ofelia un cáliz de dolor?

¿Cordelia un cáliz de piedad?

¿Julieta un cáliz de Amor?

todo eso es lo bello, pero no es lo sublime;

su panteísmo homérida, es una marina sin grandeza: está muy lejos de los paisajes épicos y los horizontes atormentados del teatro antiguo;

es verdad que Lear, recuerda á Edipo, Cordelia á Antigona, Hamlet á Shakespeare, que las sortílegas de *Macbeth*, hacen pensar en las furias de la *Orestia* y que en la *Tempestad*, parece soplar á veces, el huracán de la hipérbole helénica;

pero, no llega al sublime del horror, al lirismo cuasi hebraico que sopla en Esquilo como una borrasca de infinito, como una huracán de elipsis enigmáticos, de rimas desordenadas y extrahumanas;

lo enorme, lo desmesurado, está en Esquilo;

en Shakespeare, está lo grande, un grande limitado, igual y aun superior á Sófocles; siempre inferior á Esquilo;

Esquilo es lo Absoluto;

Esquilo es una Soledad;

grandes cráteres humeantes le hacen compañía;

cuatro son aquellas cimas en donde duerme el rayo: frentes de siglos;

Homero, Esquilo, Shakespeare, Hugo...

Homero, es simple como la Vida virgen: ignora el horror, pero, dentro del límite humano su grito es

traducible ; sus creaciones soportan la escenografía; cabe en el teatro ;

Esquilo, no ; su grito es extrahumano; no soporta otro escenario, que el cielo azul de Ática, y, el inmenso mar mugiente ;

Hugo, colinda con lo Infinito, está como la estatua de un dios, en el extrarradio de lo humano, marcando un límite : el límite del Misterio ;...

después de ellos, el genio entra en lo relativo, y, va, siempre tocando fondo, de Sófocles á Lucrecio, á Dante, á Goethe ;...

después... la llanura ilimitada del talento ;

todo el mundo tiene talento ;

yo, no he tratado á nadie, que no lo tenga ;

el talento es como la voz : un don universal;

no se exceptúan de ellos, sino los mudos y los idiotas ;

y, los mudos encuentran su medio de expresión : la mímica : la mímica, es la voz de los mudos ;

y, los idiotas, también encuentran su forma de expresión : la crítica ;

la crítica es el talento de los idiotas...

no hay que olvidar que en el límite superior del talento, principia el Genio ;

y, la genialidad es una escala...

¿cómo descendimos tanto hasta dar con los críticos ?

remontemos otra vez el vuelo hasta las regiones intelectuales ;

¿que Shakespeare, es un genio? por descontado ;

pero, ya os lo he dicho : dejadme no admirarlo incondicionalmente ;

yo, no siento por él, el entusiasmo huguiano;

el alma de aquel palafrenero genial, no me aprisiona por completo; la hallo en ocasiones falsa y hasta bastarda;

lo heroico noble, no reside en él;

aun en el crimen, sus creaciones, son inferiores á la creación antigua;

Lady Macbeth, que es su más completa creación criminal, es sin embargo inferior á Medea y á Clitemnestra; tiene el horror pero no la heroicidad desenfrenada del drama antiguo;

su manía de ergotizar, hace á Shakespeare nebuloso, y limita su vuelo lírico, manteniéndolo muy lejos de la profundidad esquiliana y aun de la sofóclea;

permanece en la Escandinavia, muy lejos de la *Iliada;* y, la luna que ilumina los cielos diáfanos de Ática, no llega hasta las brumas septentrionales del parque de Elsenor;

su hamletismo, va por sus dramas, extendiéndose como una nube, y da á todas sus creaciones una nebulosidad confusa de fantasma;

un gracejo burdo, un *persiflage* tabernario, acaba de quitar á la obra shakespeariana, el sello de alta sublimidad que caracteriza la obra esquiliana;

hay una diferencia de almas;

Esquilo había sido un guerrero: la visión de Maratón lo deslumbraba;

Shakespeare, era cómico y casi un cómico de la legua: la chismografía de entre bastidores lo obsesionaba;

Esquilo había matado hombres, sobre el campo de batalla;

Shakespeare, había matado cerdos, en la carnicería de su padre;

Esquilo conocía el corcel de guerra, por haberlo dominado;

Shakespeare, no conocía sino los caballos de los nobles, por haberlos tenido del freno á las puertas de los teatros;

el uno conocía la vida heroica, por haberla vivido;

el otro no conocía sino la vida vulgar, porque ésa era la suya...

de ahí la diferencia de sus creaciones;

el uno, era un héroe;

el otro, era un lacayo;

el uno, había vivido el heroísmo;

el otro, el servilismo;

de ahí sus matices de alma, reflejados en su teatro...

el uno es la Tragedia, el drama heroico;

el otro es la Comedia, el Arte-Vulgo (1).

Shakespeare, tiene esa facultad, que no tiene Esquilo, puede bajar á la Comedia: huelga en la farsa;

lo grosero, en él, es admirable;

la mueca del rostro aristofanesco, le sienta á maravilla;

sus bufonerías, todas de lacayo licenciado, pletórico de soberbia, adquieren casi lineamientos de grandeza, á fuerza de ser de una sinceridad colérica, admirable;

(1) *Se me objetará con la tragedia de Julio César* y los dramas como *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth*. Es verdad. Pero, aun en aquel trágico rudo, lo cómico prima. El bufón eclipsa al Héroe. Polonius y Falstaff lo llenan todo.

tiene el gusto afrentoso de las cosas bajas; se hunde con voluptuosidad en lo ridículo, y, es de aquel fondo de gozosa demencia que extrae sus más sorprendentes creaciones;

es de allí que tenemos á Falstaff;

su genio se hace enorme al tocar con los personajes de la farsa;

tocando la vulgaridad, Shakespeare, se agiganta, como Anteo tocando la tierra;

ambos tocan el seno de la madre en que nacieron;

pero no por eso Shakespeare, es menos un Genio;

él, forma con Esquilo y Hugo, el Trinomio del Teatro, la trinidad prodigiosa, que va por los cielos desiertos, empujada por un huracán de Infinito, cual si fuesen llevados por hipogrifos enloquecidos, en el carro tronitante del Apocalipsis;

con él, el Genio enmudeció hasta la aparición de Hugo;

¿Corneille?

era un clásico;

con eso, os digo que no era un genio;

evocó la tragedia antigua, pero no logró darle vida, bajo la deslumbrante drapería de sus arcaísmos convencionales;

¿Racine?

con Racine, entramos ya en la *mignardise*, en lo precioso;

era una alma femenil, sin subtilidades, sin profundidades;

se ha hablado de su *genio dulce*...

un genio dulce!...

¿lo imagináis?

tanto valdría hablar de la mansedumbre de una águila;

los genios y las águilas no se domestican;

os hablo de la tragedia y de lo heroico, por eso no os hablo de Molière;

Molière, era un Shakespeare enano;

¿ Crébillon ?

Crébillon, logró deshonrar lo enorme;

yo, no he visto mayor parodia del horror sublime, que la de las tragedias de este viejo bárbaro, que hace recular de espanto;

es un caníbal rapsoda;

su teatro es un teatro de antropófagos;

á ese grado de inferioridad la tragedia ya no es un arte, es un gesto:

el gesto de un cafre loco;

¿ El teatro de Voltaire ?

Voltaire fué el más gran talento de su tiempo y de todos los tiempos; pero, no fué un genio;

hablar del talento de Voltaire, es justicia:

hablar del *genio* de Voltaire, es paradoja;

su teatro clásico, amanerado, enfadoso, es una inagotable fuente de enojo...

él, mismo confiesa en alguna parte la inferioridad de sus tragedias;

lo sublime no reside en Voltaire: es su antítesis; como no reside en él, tampoco, lo profundo;

le falta todo lo que constituye: el Misterio;

Voltaire, es diáfano;

Voltaire, es la *mièvrerie,* la gracia, la travesura, el donaire, es eso algo tan lejano del Genio, y que no me atrevo á calificar: el *Esprit*;

¿me agradeceréis que os haga gracia del Teatro español, místico y pendenciero de Lope y Calderón, y Tirso de Molina?

hablábamos de lo heroico; y, el valor de callejuela, no entró nunca en la heroicidad;

y ¿Rostand, hoy?

con *Cyrano*, se ha logrado la reaparición del teatro lírico, pero no la aparición del teatro heroico;

el verso ha vuelto á la escena, pero, lo sublime, no;

Cyrano, no es un héroe; es un bravucón de barrio, soñador y neurótico, cuya máscara de fealdad sólo sirve para encubrir una alma de *lansquenet;*

¿queréis añadir el ridículo á esa mediocridad?

pues pensad, que ese *lansquenet*, no sólo es feo hasta dar celos á Esopo, sino que añade á esa fealdad, algo más ridículo aún: es sentimental...

he ahí el lado por donde Cyrano, entra en la farsa;

antójaseme el Don Juan, gascón, de una psicología, más diáfana, pero no menos pueril, que la del Tenorio, hispano;

matasietes de capa y espada, dando y recibiendo pinchazos por los ojos de una dama, colindan con ese bandolerismo urbano, más ó menos sentimental, que se llama el *apachismo*, en París, pero de lo verdaderamente heroico y lo sublime, están á una distancia selenita; . . . . . .

. . . . . .

. . . . . de regreso de este largo peripleo del Teatro, hemos de preguntarnos:

y, ¿el Arte?

el arte, ¿entra en vejez?

el Arte, ¿entra en la Muerte?

no :
el Arte, entra en destierro ;
sufre la suerte reservada á la verdad ;
exsul est...

LA NOVELA

En nuestra edad, tan felizmente atea, el Arte suple á la Fe;

el Arte, es hoy la única Fe de las almas grandes;

cuando el madero del Gólgota, desaparece en el horizonte, como una bandera, arriada en un crepúsculo de derrota, el Arte, como una rosa hecha de pétalos solares, asoma en el Oriente; ¡estrella redentriz! hecha toda de luz é idealidades;

la adoración ha cambiado de rumbo...

mientras las muchedumbres hebetadas, se postran aún de rodillas ante la Cruz; las almas redimidas se vuelven hacia el Arte, en un largo clamor de adoración;

el reinado de Dios, va á concluir sobre la tierra;

el reinado del Arte, va á comenzar el suyo;

y, cuando os digo Arte, os digo Rebelión...

porque es sobre los escombros del pasado, sobre el pudridero de las divinidades que por tantos siglos hicieron sombra á la Belleza, que el Arte alzará su pabellón de Gloria;

y, de ese estercolero saldrá el Sol...

el Arte efectúa una reacción hacia la Estética, es decir hacia la Verdad; hacia la Belleza;

el Arte se liberta;

y, los grandes astistas son grandes libertarios,

y, digo de eso, porque he de nombrar á uno de ellos;

á aquel que fué un gran Rebelde y á la par un grande Esteta: EMILIO ZOLA.

Zola es á la Novela actual, lo que Esquilo fué á la Tragedia griega: el gran Monte Sagrado, de cuyas entrañas prodigiosas se extrae todo el pentélico de la Obra actual y del Arte futuro;

el uno, ha llevado á su amplitud natural la Novela contemporánea, como el otro, llevó á su apogeo, la Tragedia griega; desmesuradamente engrandecida...

su genio doma todas las cosas y parece dar como un ritmo nuevo á la plástica del Arte;

ellos, fueron, como la condensación y la expresión del genio de su tiempo;

Zola, representó toda la intelectualidad rebelde y fuerte de la última mitad del siglo último;

y, la llenó toda, como la inundación de un gran río de Belleza y de Fuerza;

la llenó toda; duplicándola, y reflejándola, como el cielo en una gran mar calmada.

lo inmenso residía en él, como en un abismo hormigueante de seres y de cosas, en cuya cavidad dormía inacabable el rayo plutoniano de la Vida;

Zola, confina, por un lado con Homero, y por el otro con Esquilo;

¿no lo veis de un lado, enorme, como un monte de la Thesalia, lleno de un rudo candor, y del otro, negro, como un pico del Cáucaso, lleno de un salvaje horror?

el buitre de Prometeo y las palomas de Idalia, se aposentan al igual sobre sus cimas;

en cierto momentos, ¿no os parece como un elefante blanco, que atravesara una selva siámica, coronándose al paso de laureles y rosas virginales?

yo, no encuentro, con quién comparar á Zola sino con Homero;

la misma claridad de la lengua, que no conoce el mal; desnuda, como el cuerpo de una diosa;...

la misma vastitud del paisaje, el mismo horizonte de visión, ilimitado...

el epíteto homérico, canta en él, con una ruda simplicidad que es casi una inocencia;...

el torbellino de la metáfora esquiliana, no le es extraño, ni su salvaje idealidad;

todo lo grande crece en la zona excesiva de sus creaciones con la terrible fecundidad de una fuerza ciega de la Naturaleza;

los genios, son eso : una región de enormidad ;

y, Zola, fué eso; un Genio;

¿gritaréis, á la parajoda, si os digo que Victor Hugo y él, fueron los dos más grandes poetas del siglo XIX?

con su enormidad lo llenaron todo;

¿habéis visto una pirámide de Memphis, sobre la cual fulgura el sol con una belleza agresiva?

así Zola;

y también la Esfinge vela, cerca al monumento desmesurado;

porque hay del Misterio, silenciario y taciturno, en esa mole de orden ciclópeo, en perpetuo alumbramiento de cosas vastas y sublimes;

su complexidad, le corona, á veces, de una flora exótica, flora rudimentaria, como de una selva en el alba del mundo, ó violenta de fiebre, como la flora acuática de una madrépora virgen;

yo, amo mucho á Zola, por su obra heroica, y por su vida, heroica;

por ese largo salmo de heroicidad que fué su tarea de demoledor de escombros, de sembrador de verdades, en una hora indecisa y crepuscular...

su actitud violenta, inmutablemente vuelta hacia la Justicia, me seduce tanto como su obra excelsa tenazmente orientada hacia la Verdad;

y, es que yo tengo en el corazón, además del culto de lo bello, el culto de lo sublime, la religión de lo heroico;

pero no, de lo heroico, material y carnicero, á la manera de Carlyle;

eso, no;

para mí, no hay gesto sublime, ni siquiera gesto bello, esbozado fuera de la Libertad;

y, menos: contra la Libertad;

á mí, la Fuerza, ni me doma, ni me seduce;

¿qué queréis?

yo, no sé admirar á Alejandro, que me parece un bruto bélico, cuasi en nada distinto de Bucéfalo, el corcel que llevaba á la victoria su terrible animalidad de asesino coronado;

á pesar de mi cariño por la noble intelectualidad de Julio César, no puedo admirarlo, desde que jinete, en aquel caballo, que al decir de Suetonio, no tenía cascos, sino garras, pasó el río sagrado para asesinar la República;

de aquel condotiere epiléptico, tan miserablemente fatal, que fué Bonaparte, yo, no sé admirar nada ; ni siquiera lo inmerecido de su fortuna ;

yo, no amo sino el heroico moral : el Sublime noble :

por eso amo á Zola ;

y, amo su obra titánica y genésica ;

genésica digo y digo bien — con reflexión pongo el vocablo — porque con él expresar quiero, la aparición y fundación, que ha de ser perennidad, de un método de novela ;

antes de Zola, la novela existia, pero la *novela realista*, así como flor de método y de escuela experimental, no existía ;

no me habléis de Stendhal, á ese respecto ;

lo admiro ilimitadamente.

pero, su zona de acción, era otra ; otra su escuela ; otras sus tendencias ; su método otro ; otro su Ideal ;

él, vagaba por los laberintos del sentimiento y las estratificaciones de la conciencia ; por las cristalizaciones de lo mórbido ; por el jardín hasta entonces cerrado de la emotividad pasional ; por los prados vírgenes de la histeria ;

fué un psicólogo ; rudimentario, es verdad, pero instintivamente profundo ;

fué el Iniciador, de esa novela psicológica, que Paul Bourget, había de fatigar y deshonrar después, eu sus cuadros de cristalización y síntesis, de los fenómenos mórbidos del alma, que él llamó, en alguna parte : « *des planches d'Anatomie morale* » ;

pero, no fué un sociólogo, no fué un artista, no fué un poeta ;

su obra carece de trascendencia y de Belleza : es decir de Arte...

añadid á eso, que es huérfana de la música de la frase, que le falta el encanto melodioso de la cláusula rítmica, y diréis conmigo, que su obra está más cerca de la ciencia que de la Estética;

el estilo es la música de la palabra, el alma de la obra de Arte ;

sin él, el pensamiento nace informe, inerte, herido de ataraxia;

su desnudez es deforme, como la desnudez de un feto ;

el estilo es la voz del hombre, que da vibración á lo infinito...

puede haber un pensador que no tenga estilo ;

pero, no se es un gran escritor, sin un gran estilo...

el estilo, es la garra que denuncia al león...

cave leonem...

y Stendhal, no tenía estilo; ese estilo de escribano, no es estilo de escritor ;

he ahí por qué es incompleta su obra...

falla será ante el tribunal del Arte;

y, si el estilo es la marca y la gloria del Genio;

ya veis cuán lejos está Stendhal del Genio y de la Gloria; . . . . . .

. . . . . .

. . . . . y, ¿los Goncourt?

¡admirables benédictinos del Arte!; ellos, fuerzan la estimación, ya que no la admiración ;

su ciencia hermética y claustral, aplicada á la fabricación del preciosismo en la frase, al cultivo del

epíteto raro, en su jardín de ideologías linearias y exiguas ; su arte de cerámicas pálidas, de mayólicas wateaunianas y luisquincentistas, de Sèvres á lo Corot y porcelanas á lo *Parc des Cerfs ;* su orientalismo de tapicería, especie de Delacroix, en gobelinos ; sus japonerías exóticas, arte de biombos y abanicos ; sus pastorales *rococó*, de un bucolismo arcaico, todo su Arte de *bonbonnière* y su bibelotismo apasionado, es de un raro mérito, clamoroso hacia la gratitud, porque es un alto y noble esfuerzo de pasión solitaria, de ascetismo orgulloso y contemplativo, ante lo único digno de admiración, después de la Libertad : la Belleza ;

pero, esos nobles cenobitas, que cultivaron su jardín de Arte en el desierto, no nos dejaron de su soledad jerolimítica, sino bellas frases, esbozos de psicología, incompletos, colección de preciosidades, un *bric à brac*, que oscila entre el Museo y la prendería, y una flora extraña y delicada, digna de piadosa conservación ;

pero, fundadores de un sistema...

eso no fueron ellos,

la psicología los poseyó ; pero, las almas por ellos creadas, todas enfermas, todas pequeñas, no tienen ninguna la alta talla humana, de la creación zolaica ;

Germinie Lacerteux, *Madame Gervaisais*, *Manette Salomon*, *Sœur Philomène*, *la Fille Elisa*... pequeñas miniaturas de crimen, muñecas de histeria ó de sensualidad, todas de un vicio diminuto, que hacen pensar en una Lilipucia corrompida, en libélulas venenosas, apenas visibles, ante la sombra de ese

gran carnívoro social, de ese antropoide domesticado que ruge y enarca el cuello, y tiende las zarpas, en le *Bestia Humana ;...*

esa novelación de acuarela y cera-laca, marca la aptitud de dos artistas excelsos, pero no marca la aparición de un Arte;

¡cómo palidecen y se borran, estos dos orfebres delicados, y sensitivos, tendidas las manos de hadas, hacia el esmalte inconcluso, ante el incendio de la fragua en que diseña su gesto plutónico, aquel Tubalcaín de la Novela, que fué Zola;

antes de él, la Novela pertenecía al buril de Benvenuto; él, se encargó de tallarla en mármol;

fué el Miguel Ángel, de su siglo;

desde la antigüedad, la Novela, no había pisado tierra firme;

entre los griegos, era un ejercicio oratorio;

lo maravilloso era su Musa;

la descripción oratoria de una serie de aventuras maravillosas, la llama Ficker;

Antonius Diogene, escribió : *las cosas maravillosas, que se ven más allá de la Isla de Thulé;*

Achile Tatius, escribió la *Historia de Clitophon y de Leucippo*, también sobre cosas inverosímiles y maravillosas, con la retórica inflada de un sofista;

Xenophon de Ephese, Chariton, Eumathe, Teodoro Pródromo, se ensayaron, también en el cultivo de esta que no era, sino una rama de la retórica, el cuento heroico, la diminución de los grandes poemas épicos;

los rapsodas fueron puestos al pillaje;

y, de Homero á Hesiodo, nadie narró, hecho

heroico ó maravilloso, que no fuese luego deshonrado por la imitación de aquellos noveladores de lo absurdo;

y, ¿*Daphnis y Cloe?* me diréis;

y, ¿ Longus?

también retórica sentimental, y bucolismo de sofista, y sofista y retórico él también;

el Poema heroico, en la forma del *Ariosto* y la *Jerusalén libertada*, llena toda esa época de barbarismo cristiano, que se llamó, la Edad Media;

el *Decamerón*, es como la larva maravillosa del cuento futuro;

y, Bocacio, es como un Anatole France, que no hubiese llegado aún á la madurez del genio;

picaresco, sutil... un amor de narración;

los libros de caballería, sucedieron al poema en verso;

Don Quijote asomó su silueta dementizada, en el confín de los llanos polvorientos de la Mancha;

lo sublime ridículo bastardeó el Genio;

y, la sombra de Amadis, cubrió toda lá tierra;

el siglo XVIII, en su preciosismo ridículo y su bucolismo sentimental, nos dió aquella primera floración, de feminismo escribidor, que con Madame de Genlis y mademoiselle de Scudéry, asáltó la novela con más suerte é igual talento que el feminismo de ahora;

hay quien da todavía, á esas narraciones, el nombre de novelas;... el Diccionario sirve para todo, y no protesta jamás;

Voltaire, en *Cándido*, y Diderot, en *Le Neveu de Rameau*, llegaron á hacer Obras Maestras sin llegar sin embargo á hacer novela;

el Arte de la novelización apareció en el Siglo XIX bajo los auspicios de una mujer : aquella terrible virago, que fué Madame de Stael : *Corina*, lo inició ;

el lirismo selvático de Chateaubriand, nos dió por entonces, á *Atala*, y, su hamletismo católico nos dió á *René*, aquel antecesor brumoso de todos los cerebrales, cuya emotividad aguda y fría sensualidad ha fatigado la novela contemporánea, hiperbolizando la fiebre de pensar.

el oresticismo de Gœthe, nos regaló á *Werther*, biblia del sentimentalismo y de la intelectualidad mediocre, donde el erotismo tierno es casi una castidad, y el sensualismo blanco adquiere la apoteosis de una virtud ;

en esa tempestad de sollozos y de lágrimas convencionales, una obra apareció, enigmática y rara, llena de una voluptuosidad de pensamiento nueva hasta entonces, de un instinto de vida psicológica, unilateral, exóticamente enunciado, en un lirismo frío ; obra germinal de todas las angustias psíquicas y pasionales, que hoy agitan con rudeza, el alma contemporánea : *Obermann*, por Senancourt ;

con *Adolphe* de Benjamin Constant, la novela, prisionera aún del wertherismo, comienza á hacerse intelectual, la emoción del pensamiento se cristaliza, *se ve ya la vida*, la vida cerebral, aparecer, lejos de la emotividad del corazón, y, al salir de las selvas del romanticismo *á outrance*, se entra ya, en el dominio de la superioridad mental, en las orientaciones hacia la victoria definitiva del *Yo* consciente : la novela de la Energía Individual nace allí ;

y, yo diría que Benjamin Constant, con *Adolphe*,

era el iniciador del Superhombre, en la novela, de ese género de la epopeya íntima, del heroico espiritual, del Triunfador, que Wagner primero y d'Annunzio después, han llevado al más alto grado de luminosa y exaltada Belleza; y, lo diría, si no existiese aquel maravilloso : *Dominique*, de Fromentin; ese prodigioso Breviario de Vida Íntima y de emoción personal, que para mí, no tiene semejante, sino en el Diario de Amiel : el principio interior de la Vida, canta allí;

con Balzac, el Enorme, la novela, cumple su peripleo de poetización : sale de los mares del Ensueño, y pisa en tierra firme;

las selvas profundas de la Verdad, y de la Vida, se ofrecen á su vista, como los lineamientos de un Continente Virgen;

y, entra en ellas;

entra en la Verdad y en la Vida;

con Flaubert, cuya producción exigua y perfecta, lo reduce cuasi á las proporciones de un Heredia de la prosa, la novela entra en el Arte, el bobarismo hace su aparición, y lo llena todo...

no es una escuela, es una epidemia;

con el bovarismo, la novela entra en la psicopatía, pero, no entra aún en la humanidad.

. . . . . .

. . . . . .

la hora ha llegado.

el Apóstol va á venir;

uno como estremecimiento de selvas, anuncia su aparición en la vaga inquetud de las almas;

y, Zola llega :

toda una fauna humana, hace con él su aparición en la novela;

una flora vertiginosa, se abre bajo el cuidado de sus manos homéridas, llenas de un heroico candor;

el ciclo zolaico aparece:

como un inmenso Infierno Social, abre sus bocas de llamas;

cerca de él ¿aun encontráis grande á Dante?

L'Assommoir, *Germinal*, *Le Ventre de Paris*, *La Curée*, *la Débâcle*, *Nana*, *la Terre;*

¡toda la Epopeya Humana, bajo las modernidades luminosas del estilo de más vigor y más relieve, que se haya escrito jamás;

¡cómo la *bestia humana*, es proteiforme! ¿la veis? se llama: Rougon, Saccard, Coupeau, René, Gervaise, Nana, Teresa, Lazare, Etienne, Claude, Pascal, Jacques... los grandes galeotos de la animalidad; los presidiarios del atavismo; los celulares de la histeria ancestral, los abrumados bajo las fatalidades sociales; las legiones de los encadenados al rudo Enigma: la Vida;

adorables figuras de Idilio, atraviesan esa nube negra: fulgen en ella;

¿son luciolas?

no: son mujeres;

le Rêve... ¿no es como el resplandor de una estrella, vista en el fondo de un mar?

los que por tener el vicio en sí, lo ven en todo;

los que se empeñan en hallar impudor en una obra de Arte, gritan á la *pornografía* de Zola;

las grullas de la moral, asordan con su graznido;

sumad á Rabelais en Shakespeare, y tendréis, el lado *pornográfico*, de Zola...

yo, no lo defiendo de la trivial acusación, como no me ocupo de defender la *pornografía*, de Homero, ni aquella claridad de palabras, que hace cuasi intraducibles ciertos pasajes del Dante;

¡Oh, moralistas, no leáis á Zola!...

como la Moral, es la Virtud de aquellos que no tienen ninguna, cuidad de vuestra Moral;

y, sobre todo, conservad vuestro pudor;

el Pudor es un perfume del cielo, ¿no os gusta la marca de fábrica? es un Santo quien lo dice y los Santos, deben entender de aromas celestiales;

¡perfumaos con Esencia de Pudor! oliendo á cielo, seréis encantadores;

entretanto:

no leáis la Biblia: podríais enrojecer;

no leáis los casuístas; Sánchez y Escobar, os mostrarían algún nuevo pecado, que tal vez, no habréis aún cometido;

os digo, que San Agustín es inmoral; no leáis á San Agustín; la descripción de aquellas noches africanas, os induciría en tentación;

quemad á Petronio;

no os acerquéis á Horacio, que según uno de los vuestros: escapa por su *obscenidad* á la vergüenza de toda cita;

esos clásicos tienen siempre terribles escapadas hacia la *obscenidad*, lo cual quiere decir, hacia la Naturaleza;

la Naturaleza es impúdica:

¿por qué?

porque cuando la Naturaleza nació, la Moral no había nacido;

¡ay! ¡felizmente para la Naturaleza!

no leáis los clásicos, pero si habéis leído á Zola, confesad conmigo, que éste no descendió nunca hasta Aretino, ni hasta Crébillon, hijo, ni hasta Rétif de la Bretonne, contra los cuales yo no os oigo clamar;

el famoso impudor de Zola, fué transparente, como el de Retz;

se mantuvo siempre en el círculo de Belleza y de Verdad, fuera del cual el Arte se hace innoble;

moralistas: ¡no leáis á Zola!

podría sufrir vuestro pudor;

y, sin el pudor, ¿cómo enrojecería el Vicio?...

. . . . . .

. . . . . .

Otros, que no quieren, ó no alcanzan á comprender á Zola, le niegan el lirismo;

¡Zola ilírico!...

eso equivale á proclamar el silencio de una selva amazónica, donde los pájaros cantan y los grandes ríos murmuran en un pentagrama de siglos;

un soplo de lirismo heroico, atraviesa la obra zolaica, como un vuelo de cóndores...

la Poesía está en Zola, como aquellas arpas inmensas que Miguel Ángel pone en las manos de los Profetas desmesurados, que en la cúpula de San Pedro, parecen mirar el paso de lo Eterno, en una ataraxia de Visión;

¿recordáis algo comparable en poesía, á aquella sinfonía en blanco, toda música y toda perfume, que

en la *Faute de l'Abbé Mouret*, sube del jardín campestre, con una serenidad de cántico, como una sonata apasionada, bajo los dedos inspirados de Hayden ó de Bach?

un fresco de Giorgiono, puesto en música por Hauslick, ¿no os da esa misma idea de infinito psicológico, y de armonía pictural de aquella página, llena de una sensualidad lánguida de vírgenes, de ternuras mórbidas de novicias, que tuviesen por corazón un lis de melancolía?...

y, ¿qué poesía igual á aquel himno de panteísmo vivificante como el gesto que crea, que abrasa como un incendio el jardín del *Docteur Pascal*, en aquella hora roja de fecundación, en que el Sabio, pone sus labios expertos, en el esplendor triunfal de los labios de la Amada?

el Sexo, canta allí una Epopeya;

¡la divina Epopeya de la carne!

¿no veis allí las flores, agitarse como un sexo y abrirse como labios vivos, clamorosos de caricias, alzados hacia las alas febricitantes del beso?

las rosas tiemblan, como pechos de mujer, por primera vez tocados; los pistilos se erectan; hay un soplo de cópula y de caricia humana sobre la tierra que un deseo inmenso embriaga...

la infinita paz florece;

inmóvil y pensativo sueña el azul del cielo;

el espacio parece desleirse en una ola vaga, en un éxtasis de Olvido;

en la embriaguez del silencio, la tierra toda se ofrece...

como una boca;

como un sexo; . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

releed esa página y decidme después, si aquel que la escribió no es un poeta y un pintor, un divino hacedor de acuarelas y de frescos ; rafaelesco y miguelangelesco á la vez; músico y evocador . Wagner y Bruckner ;

¿ conocéis algo, después de la *Trilogía*, de Esquilo, comparable á aquella liberación de una alma, narrada en esos tres volúmenes : *Lourdes*, *Roma*, *Paris?...*

¿quién leyéndolos, no ha exclamado desde el fondo revelado de su corazón, la palabra del Cristo ? *Tu es Petrus...*

la Fe (1), ese buitre ciego, ¿no ha desgarrado vuestro corazón ?

la Duda — génesis de la Luz — ¿no ha batido sus tempestades, sobre vuestra alma llena de la tenebrosa inquietud de que habla Heráclito?

la Verdad, como una irrupción de Sol, ¿no ha entrado al fin en vuestro espíritu, llenándolo de un claror eterno, que es una liberación ?

tal el peripleo ascensional, de alma de aquel levita descríto por Zola, en viaje angustioso desde las selvas extáticas de la Fe, hasta la cumbre incendiada de la Libertad, donde sintió por primera vez, el espíritu de la Vida, llegar á su corazón y cantó el canto de Samuel;...

liberatum est...

(1) Hablo de la Fe religiosa : ese terrible amor del alma á la ignorancia.

libertado ha sido aquel hombre, libertado de la cadena divina; de las gemonías obscuras de la Fe;

y, canta en su corazón;

la Vida libre es eso: un cántico de gracias;

la paz inconmensurable, la paz purificada, ¿no desciende sobre vuestro corazón cuando cerráis el último de esos libros, despidiendo con un grito de ¡victoria! aquella alma libertada que marcha hacia la Vida?

el Miedo es el alma de la Fe;

la serenidad, es el alma de la Libertad;

su respiración es como un contento;

la Libertad, mata el Temor;

el Miedo, es pasión de esclavos;

¿no veis con qué alegría, ese hombre, escapado á la antigüedad, libre ya de las garras de la Quimera Divina, corre hacia el río de la Vida, para refrescar en él, sus labios sitibundos, ardidos por un viento de oración?

su gesto es un gesto de adoración...

de adoración á la Vida;

ese hombre es un Símbolo;

el Símbolo del alma de todos nosotros;

la Vida es una Imploración;

una imploración hacia la luz;

bendigamos las manos que encienden faros salvadores ante las pupilas heridas de la cecidad enorme de la Fe;

¡manos inmortales!

acabando de leer la trilogía de Zola, ¿no sentís el vuelo azorado de todas las quimeras que mueren en vosotros?

¡ bendigamos la limosna inmensa de luz, que los grandes espíritus hacen á nuestro corazón, en esta hora de mendicidad y de magnificencia que es la Vida!

su obra, es más fuerte que el tiempo; más fuerte que el corazón miserable de los hombres, que no se arrodillan ante la desnudez sagrada de la Verdad;

y, ellos dan su corazón, repleto de Infinito, á los infinitamente débiles, para ser devorado por ellos;

misericordia de leones;

la inconmensurable grandeza de tanta miseria, es un gesto de Eternidad . . . . . todo es Eternidad; . . . . . ¿Qué lugar ocupa Dios, en la obra de Zola?

el lugar del Absurdo absoluto;

Zola, es un panteísta;

permanece en el umbral de la Creación, deslumbrado por la Vida;

Dios, no cabe en su obra;

el hombre lo llena todo;

el hombre y su Dolor;

Zola, tiene la pasión de lo humano, como los histéricos del misticismo, tienen la pasión de lo divino;

el Dolor, que llena el corazón del hombre, llena toda la obra zolaica;

y, grita en ella;

pero no con el grito de Werther, sino con el clamor de Prometeo...

el hombre, ha entrado en lucha con los dioses, y va á libertarse ;

Dios, la Fatalidad, el Acaso... todas esas fuerzas ciegas y opresoras, que obscurecen y castigan la conciencia rudimentaria del hombre, pasan por la obra de Zola, como un coro de Furias, con una terrible implacabilidad de Euménides en desastre ;... vencidas son ;

el ciclo zolaico, es el ciclo de las grandes denunciaciones ;

J'accuse;

he ahí la divisa de Zola ;

fué el Grande Acusador ;

él, acusó la crueldad de los dioses, como acusó después la Injusticia de los hombres, en el proceso célebre ;

lo que torturó á Zola, fué la pasión de la Justicia;

pasión que no tuvo igual sino en el mito esquíleo : en el Titán, encadenado por amarla ;

y, esa sed de justicia no se calmó en su Vida;

sólo el río tenebroso de la Muerte, pudo apagarla ;

. . . . . .

. . y no os diré más de la Obra Zolaica;

al lado de ella, en torno de ella, crecieron y pulularon las escuelas;

el talento hizo floraciones de prodigio; pero el genio, no residió sino en esa obra;

todas las tendencias de la novela, tuvieron representaciones excelsas, desde la novela anarquistacatólica, de Veuillot, hasta la novela hagiográfica de Huysmans, sin lograr igualar ni superar la obra de Zola ;

¿os suena mal aquella alianza de vocablos: *anárquico-católico?*

pues yo os digo que quien la realizó, fué aquel jabalí enfurecido, del diarismo ultramontano, que se llamó Louis Veuillot;

leed *l'Honnête Femme;*

¡qué odio de la burguesía! ¡qué furor anarquista, qué espíritu de demolición!

¡con deciros que iguala y supera en socialismo anárquico, al *Jacques Vingtras*, de Jules Vallès!...

Vallès y Veuillot, ¡qué extraña aproximación!

¿cómo se puede efectuar?

por la similitud de los temperamentos: eran dos atletas;

los hermanos gemelos de la diatriba;

Vallès, por la Libertad, Veuillot, contra la Libertad.

pero;

hablábamos de novela...

Veuillot, más que el antecesor de Flaubert fué el antecesor de Huysmans; como Vallès, fué un lejano antecesor de Zola; un precursor de Rosny;

¿vais á hablarme de Dimier, el Autor de la *Souricière?*

os digo que ese aborto de Barrès, es hijo legítimo de Huysmans;

pero ¿cómo hemos entrado así al zarzal de la novela católica?

no descendamos más, porque podemos tropezar con Sienkiewicz...

y, ¿quién tolera á este ruso, violador de Cimodocea, empeñado en ponerle música á la Fabiola del Cardenal Wiseman?

no entremos en la novela rusa, en la novela polar, porque todo allí espanta, hasta la flora de almas caucásicas de Tolstoï;

la novela tolstoiana, entra en la sociología, pero no entra en el Arte;

Tolstoï, permanece bárbaro;

yo, admiro su gesto evangélico;

pero con su odio á la Estética, me hace la impresión de un cosaco desarmado, entregado á obras de Misericordia;

Tolstoï, queda tártaro, hasta la medula de los huesos;

el Arte, no ha sido nunca sármata;

Ovidio, lo supo bien...

entremos en el Arte;

la novela psicológica, ha sido, sin duda, la que ha dado frutos de más intensidad;

Paul Bourget, ha sido el Onán, de aquella escuela;

él, ha iniciado á las mujeres, en los placeres solitarios del espíritu;

su lectura, es para ellas una voluptuosidad íntima;

á ese respecto, Bourget, no es un escritor público;

es un vicio secreto;

¿quién tuvo el sentido profundo de la Vida, en más alto grado que Barrès?

¿dónde una síntesis de Belleza, mayor que sus monografías?

sus libros de entonces quedarán como un Evangelio, revelado de la Vida Interior, como el breviario del *Yo*, como la teoría del más poderoso individualismo, que solo Stirner, ha podido igualar en *l'Unique*.

todo el germen de Nietzsche, reposa allí;

si de monografías de sensibilidad personal se trata, ¿cómo olvidar: *la Course à la Mort*, de Édouard Rod?

¿me perdonaréis que no os haga un memento de la novela y su evolución?

¿de Shuré y su novela visionaria?

¿de la Novela-Poema, con d'Annunzio, Sarrazino, Guérin?...

¿de la novela social con Paul Adam, Jean Aicard, Margueritte, Clemenceau, Descaves, de Rosny, Léon Daudet, le Goffic?...

de la nueva novela con...

sería interminable;

os quise hablar sólo de la obra zolaica, y florecieron bajo mi pluma apreciaciones y recuerdos;

¿qué queréis? la *memoria visual* es dominante, como diría Gourmont;

y, yo he visto eso;

ese jardín de visión se ha abierto bajo mis ojos;

y, os he dicho de él;

sólo quise hablaros de los pródromos de una Evolución y de la Obra de un Hombre;...

y, atónito y enajenado por la Admiración, llevé mis dos manos á la Historia; y de flores de su collar os hice don;

porque así se generan y se encadenan, las cosas del Entendimiento y de la Vida;

el Discurso, es manantial, va, desasosegado, corre cantando reflejos, y es de difícil dominio, como arriaje de velas, después que han tomado viento;

es la naturaleza del principio;

EL VERSO

El Verso, es el esplendor magnífico del Verbo ;

la armonía de la palabra, es la iluminación radiosa de las almas ;

la tiniebla ascensional de los espíritus, principia allí, donde se extingue la vibración mágica del Verso ;

el Silencio y la Muerte son gemelos ;

el Verbo mata el Silencio ;

el Verso, pone en el corazón de la Muerte, la flecha palpitante de la Vida ;

el Verso es Inmortal ;

la Vida, es Armonía ;

y, toda la armonía está en el Verso ;

y toda la luz ;

El Arte de la Palabra, no se ha salvado del naufragio de los tiempos, sino en el bajel armónico del Verso ;

es por boca del Verso, que los siglos han dicho la palabra reveladora ;

nada se ha salvado de los grandes cataclismos del Olvido, que no haya sido en las alas frágiles del Verso ;

todo el pasado grandioso vive en el corazón del Verso ;

dios, está en el corazón del Verso, como el tulipán en el corazón de la magnolia ;

es por el Verso, que los dioses viven ;

¿por quién los del Olimpo ?

por Homero ;

¿por quién Jehová ?

por aquellos del Deuteronomio ;

¿ de dónde surgió el mito cristiano ?

de las estrofas rudas de la Biblia ;

¿ Los vedas ?

un bajel de dioses asiáticos ;

suprimid los poetas y habréis suprimido los dioses ;

porque el Poeta es aquel que canta lo Irrevelado ;

y, lo lleva en su corazón ;

es aquel que canta lo Infinito ;

Verbo de Eternidad . . . . . .

. . . . . .

hoy que los dioses han muerto sobre los cielos y la tierra, aún viven en el corazón de los poetas ;

¿cual es el dios de los poetas, hoy ?

la Belleza ;

ella vive en el corazón de los poetas, como una águila en su nido ;

de allí sale tendiendo al mundo sus dos alas, en forma de lira, y el espacio, se llena de músicas sonoras...

el reino de los poetas, principia más allá del reino de las águilas ;

¡ vamos hacia los poetas !. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El fin estético de una forma es llegar á su apo-

teosis : es decir á la absoluta realización de su Idea de Belleza ;

de ahí la evolución ;

fuera de la evolución, no quedan sino el estancamiento y la muerte :

rebelarse á cambiar, es rebelarse á vivir ;

el castigo de esa rebelión es la desaparición ;

todo va hacia adelante ; todo cambia, todo pasa en el abismo tenebroso de la Vida...

la Belleza no cambia, pero sus formas de expresión sí ;

va en un eterno viaje hacia el Ideal, es decir hacia la perfección ;

y el Arte, va con ella ;

porque el Ideal del Arte, es el Apogeo de la Belleza ;

el Arte, entra en la evolución, y hace como la Naturaleza, de sus series agotadas, formas creatrices ;

y, para no kantisar mucho en Arte, sólo diré del Arte del Verso y de su evolución en América.

Toda época tiene su Arte, como toda estación tiene su flora ;

el Arte exterioriza el alma de su tiempo y la modela ;

toda la mentalidad de una época está en su Arte ;

¿cuál era el Arte en América, es decir : el alma de América, hace veinte años ?

era una alma tradicional, una alma claustral, una alma bárbara ;

teníamos el alma opaca, monacal, fanática y feudal, de nuestros conquistadores ;

vivíamos en pleno siglo XVII, ignaros y rencorosos, rimando nuestra desesperación, entre el mar y la montaña ;

el catolicismo, nos encerraba en el templo ; el clasicismo nos encerraba en la Academia, y nuestro espíritu, prisionero de esas dos extrañas fuerzas del pasado, no sabía cómo escapar á estas dos formas violentas de barbarie ;

permaneciendo intelectualmente, colonos españoles, nos alimentábamos de España. es decir nos agotábamos con España y moríamos con España ;

pensábamos con España ; es decir : no pensábamos :

y, como no hablábamos sino español : es decir no hablábamos, todas las formas del Arte, y del movimiento intelectual del mundo nos eran extrañas...

inmóviles, cristalizados, fanatizados en la tradición, no vivíamos, sino que vegetábamos, con gestos lentos de larvas...

nuestros grandes poetas, como bueyes ante el crepúsculo, se entretenían en rumiar la paja seca del clasicismo español, con una mansedumbre atónita ;

el porvenir no existía para ellos ; era el pasado el que vivía en sus almas ;

cuando se fatigaban con la retórica roja y negra de los clásicos españoles, se refugiaban en el Agro romano, despojaban la vacada apacible de las Geórgicas, y calumniaban los poetas latinos; traduciéndolos ; ...

era su mayor esfuerzo de imaginación ; ...

después... volvían á dormirse con Santa Teresa

de Jesús; ó cualquier otro clásico de igual fuste;
permanecían cándidos: reían de buena fe con los chistes de Quevedo; y tenían tempestades de hilaridad, leyendo á Don Quijote;

¡acaso eran más felices que nosotros!: podían aún reir;

la risa es el privilegio de los niños;

de vez en cuando, se escuchaba una voz tronante, rompiendo el estupor de las selvas;

era Olegario Andrade, que había leído á Víctor Hugo;... y cantaba...

parecía que en el río de la Plata, hubiese caído un Sol...

y, más allá otra vez los rumiantes, parafraseando estrofas de Quintana...

¿cómo se hizo el milagro de nuestra redención intelectual?

los *Déracinés;* ésos fueron los *libertadores;* yo lo he hecho constar en otra parte;

á la pluma de estos hombres, debe la América tanto, como á la espada de los héroes primitivos que la libertaron;

para el Verso, Darío fué, como un Bolívar adolescente, que rompió las cadenas en pedazos;

la métrica, era la prisión del Verso, y Darío, la abrió á los cuatro vientos del horizonte;

y, voló el *verso libre;*

Darío, fué el Walt Whitman, del Sur;

¿su rima es hebraica?

¿viene de Mallarmé?

yo, no lo sé...

ni él tampoco;

su nombre es semita, su apelativo es persa ;

todo en él, viene de Oriente ; aunque haya nacido en el trópico ;

¿no lo veis con qué pasión ama las *Mil y una Noches?*

¿su antecesor fué Kalidasa?

¿fué en *Sahountala*, que aprendió á hacer un idilio en el cáliz de una flór?

¿aprendió su teoría maravillosa entre los pájaros y las gacelas, cerca á las flores-perlas, y los cálices húmedos del lotus, que rodean el corazón panteísta de *Ourvasi?*

yo, no lo sé, pero, como en la feria sinfónica de la pastoral elegiaca, yo, veo á Darío, libertando la Poesía, como Vikrama libertó á Apsara, en el Poema de Kalidasa ;

el sortilegio del pasado es roto también ; y la Virgen se liberta ; como en el índico Poema ;

demoler, es vencer ;

y Darío, fué un demoledor ; ¡cómo!

¿el dulce Poeta incapaz de la violencia? . . .

sí ;

en el Artista, obra el divino Inconsciente;

de ahí, que su obra, es siempre superior á él ; lo sobrepasa ;

hay del somnambulismo, en el divino esplendor de los poetas ;

van ciegos bordeando los precipicios ;

los dominan... y cantan sobre ellos ;

¡no los despertéis!

¡rodarían al fondo del Abismo!

esa innovación en la métrica; esa evolución del

Verso hacia la Libertad, fué una prueba estallante de la Omnipotencia del Arte sobre las almas;

de los hipogeos del silencio, partieron grandes gritos;

pero, Darío triunfó;

por grande que sea el espesor de la bestialidad, no resiste á los rayos de la genialidad;

Darío, dió, lo que llamaríamos el *poncif* de la nueva poesía, y, casi todas las jóvenes intelectualidades se lanzaron sobre él, como abejas en demencia;

la imitación servil deshonró á algunos;

otros, triunfaron, porque supieron conservar intacto su *Yo*, en el generoso entusiasmo de la fascinación;

Darío, deja discípulos; pero no deja herederos;

para él, parece hecha la frase de Gourmont:

es el precursor de un gran poeta que no nacerá jamás;

su soledad, prueba su inaccesibilidad;

como las cimas. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Una vez, rotas las cadenas del verso, vino el poliglotismo á completar la evolución;

la América, aprendió á hablar lenguas extrañas; y se dió á pensar con pueblos extraños;

un gran viento de renovación, pasó sobre ella;

la agitó; la estremeció; la vivificó;

y, la selva intelectual vibró;

y, se expandió en un largo gesto de fecundación: como una mujer que ha concebido;

el Arte, es una voluptuosidad;
las inteligencias se hicieron hospitalarias;
el vuelo de los espíritus lejanos vino á ellas;
y, hubo una gran fraternidad de almas sobre las tierras gozosas...

¡qué emigración de genio, en aquel Pentecostés de la Intelectualidad!

llegó Mallarmé: hierático, armónico, hermético; traía un iconostasio de bellezas ocultas; sobre su tiara de Mago fulgía el Sol;

y Leconte de Lisle, el Arquero Resplandeciente; fiero y solitario cantor de la Belleza, llegó diciendo:

La Beauté flamboie et tout renaît en elle,
Et les mondes encor roulent sous ses pieds blancs;

y, el *Impasible* saludado fué por un coro de aplausos, que partían de pechos de discípulos;

y, Barbey, el Gran Condestable de las letras, vino también; su armadura de Cruzado lucía al Sol; y, el cóndor de los Andes, á saludarlo vino; y, él le tendió el brazo, como á un hermano; y, el cóndor se posó en él; tal un halcón feroz, en el puño de hierro de un viejo palatino;

y, el Poeta de la Justicia, que sabe:

Être à la fois Poète et citoyen,

vino diciendo, con su gracia encantadora, sin profundidad:

Le meilleur demeure en moi-même,
Mes vrais vers ne seront pas lus...

y, un coro juvenil le contestó: « Nosotros te leeremos y te amaremos, ¡oh, Sully! »

y, lo leyeron y lo amaron :

y, el tercer Príncipe de la dinastía de los Poetas : León Dierx, llegó con sus rimas aritméticas :

Balayant les parfums au vent
Ou qu'au-dessus des jupes blanches
Un pas savant
Balance et gonfle autour des hanches ;

y, la panoplia prodigiosa de Heredia, brilló con centelleos de joya, como un escudo de esmaltes, en manos de un Jefe lidio ;

y, Richepin, llegó con su Ideal, de Escándalo, y arrojó sus *Blasphèmes*, como una pirotécnica de Titán ;

y Jean Aicard, llevó su virtuosidad lírica, llena de entusiasmo, su poesía que :

Un murmure, un rayon, voilà ce qui le charme,
Une ombre le met en pleurs...

y, Edmond Haraucourt, emigró también con su *Ame Nue*, hacia las selvas vestidas, diciendo á la Naturaleza Implacable :

J'ai crié vers la Terre : Aïeule, ô bonne aïeule !
Déesse de nos dieux, toi la Rhée et l'Isis,
Toi qui fais refleurir les bluets dans l'éteule
Et susurrer la source au fond des oasis ;

y, la inasible melancolía del Bravante, llegó con Rodenbach, en un horizonte de canales dormidos, llenos de nostalgias, y dijo voces de la Muerte :...

Las ! la rose de mai, je la sens défleurir !
Je la sens qui se fane et je sens qu'on la cueille !
Mon sang ne coule pas ; on dirait qu'il s'effeuille,
Et je défaille et j'ai sommeil d'un peu mourir...

y, Henri de Régnier, llevó las flores de su rosal cantante :

Un petit roseau m'a suffi
A faire chanter la forêt ;

y, llegó Moréas, el caballero del Gesto, con sus rimas helenas, y habló á los vivos diciendo :

Les morts m'écoutent seuls, j'habite les tombeaux ;

y, Verhaeren apareció, con su flora de acuarium, sus paisajes de colorido acre, como ardidos de sol, sus ciudades tentaculares, levantadas como tiendas bajo la hostilidad de un cielo palestino,

Comme des fleurs trop énormes, trop massives,
Trop géantes pour la vie...

y, el elíseo y taciturno Albert Samain, con su juventud enferma, color de sepulcro, emigró también y, á su llegada :

Voici que les jardins de la nuit vont fleurir ;

y, florecieron

Fleurs suspectes, miroirs ténébreux...

y, Emanuel Signoret, y de Bouhélier, y Ferdinand Gregh, y Viélé-Griffin, y Mæterlink y des Essarts y Le Goffic y Vicaire, y le Cardonell y Cantacuzène, llegaron últimos, como venidos de un Bagdad Ideal, cargados de pedrerías finas y multicolores, de extrañas sederías, cambiantes, color de lejanías, y, dijeron :

Que le désir est grand dans nos âmes muettes
De leur dire en pleurant, aux amis des antans,
Que nous les aimons bien...

. . . . . .

... y, con ese Éxodo divino, aparecieron grandes claridades, sobre el sueño imposible de las almas, y un casto y doloroso deseo de cantar así, se apoderó de ellas;

y, hubo escuelas y cenáculos;

y, una gran aurora de intelectualidad, llenó el cielo todo;

y, la Nueva Poesía, nació.

Alucinante, como el Misterio;

embriagante como una Vid de Intelectualidad;

la Nueva Poesía viene á nosotros;

llega con las arborescencias ornamentales de su estilo, en cuyo cielo continuo de Visión, se tienden las perspectivas opulentas de una superposición de visualidades amorfas;

todo el deseo del Arte nuevo, todo el encantamiento de los artífices de la Belleza, se muestra en la Poesía actual, con su esfuerzo profundo de crear, y, su *voluntad de vivir*, como diría la fórmula espenceriana;

el romanticismo clásico, ya caduco y vencido, recula en el horizonte, hasta perderse de vista, y, expira sobre su fondo agotado de creaciones, de imágenes y de vida;

el coloniaje literario, está vencido hasta en el corazón, por esta ola espléndida y triunfal de poesía fresca é intensa, revelatriz de íntimas armonías, de creaciones trascendentales y simbolismos profundos;

en el sonoro silencio, las voces musicales de los artífices supremos, suenan sobre las ruinas de la mole secular, como un vuelo de águilas sobre una selva en letargo, y, brillan como una larga huella de esplendor, cual una cauda de sol, sobre parajes extintos;

el intenso desenvolvimiento, el afinamiento sutil de esta nueva versificación enamorada de los reflejos, de las sonoridades, de las disparidades cuasi paradojales del ritmo, que fija en imágenes centelleantes y duraderas su labor dolorosa y significativa, su noble gesto de infinita armonía, desconciertan á aquellos que no alcanzan á ver su misión trascendental, su alta virtud reveladora, evocatriz de los profundos misterios del espíritu, de los mundos ignorados de la Belleza, ofrecida á las almas inquietas, como una gran flor odorífera en el lento silencio de un horizonte de Fatalidad;

nuevos modos de expresión se han creado; nuevas tonalidades sinfoniales de la palabra; hemistiquios raros; epitetismos triunfales; todo un mosaicismo de coloraciones verbales, que son como una audición de parábolas armónicas, llena de una virtud fecundante y lúcida, de un gran poder ascensional hacia la Idealidad — Soberana Dignidad — del Espíritu;

la vieja barbarie escolástica, con sus sollozantes palinodias, y sus abyectas senilidades, desaparece;

sus raros supervivientes, hechos ya inertes por osificación, se repliegan lentamente, ante este resurgimiento de vitalidad, ante este grito de la especie, alto y sonoro, vibrando en el horizonte profético,

ante este gesto victorioso, que es como una gran potencia de Gloria, llena del sentido abstruso de la Vida;

las alas de la Victoria, están tendidas hacia las cimas futuras, y á ellas van;

un gran sueño de denominación, un designio prepotente de ser y de vivir, van encarnados en esa voluntad de innovar, que distingue á todos los rimadores actuales;

hay una transfiguración de Fuerza y de Belleza armonizantes, en ese grito de Triunfo, con que el grupo electo, tiende al mundo la copa de la Inspiración, llena del vino nuevo, con el cual han calmado la sed de sus labios sitibundos y voraces;

y, la insólita vibración de ese arte nuevo, repercute difusa y vencedora, como un gran himno sagrado bajo bosques de laurel;

y, esa agitación dominatriz, grande y agitada como un mar, ha conquistado un mundo;

porque ¿qué gran poeta digno de ese título, hay hoy en América, que sea cultivador de las rimas arcaicas y de los simulacros cándidos de la vieja métrica española?

ninguno...

. . . . . .

. . . . . .

LA PALABRA

Plantemos para la Eternidad ;
plantemos el árbol de la Vida ;
la Vida, es, la Palabra ;
de todo lo Humano, la Palabra, es, lo único : Eterno ;
su sonido pasa ;
su Sentido, queda;
profundo ha sido, profundo es, profundo será, el Sentido de la Palabra ;
el Misterio, se eleva melodiosamente del fondo de la Palabra ;
y, el Culto de la Palabra, es, el Culto á lo único proféticamente reveladó ; al Símbolo Divino ;
toda Idolatría, es, una forma de Inferioridad ;
y, sólo hay una forma elevada de Idolatría : la Adoración de la Palabra ;
el Océano Inapaciguable de lo Infinito, no tiene sino un solo eco : la Palabra ;
la Palabra Humana, es la expresión simultánea, del Hombre y de Dios ;
la Palabra, es la cima, desde donde vuela, hacia todos los cielos, fuera de todas las tierras, esa Miseria Sagrada, que es, el Hombre ;
la Inmensidad, es el único Templo adecuado á

ese Psalmo infinito y heroico, que es, la Palabra;

la melodía inspirada de la Palabra, es, toda la Fuerza Espiritual, de esa conflagración de tormentas que es la Vida;

la portada del Pensamiento, es, incalculablemente alta; y, por ella, debe pasar la Palabra Humana, sin genuflexiones;

la palabra, es, algo más que um Símbolo, para conmover el Alma Humana;

la Palabra, debe ser un Acto; Acto, capaz de fundir; Acto, capaz de fundar; Acto que levante y Acto, que quebrante;

la Energía Viril de la Palabra Humana va hacia lo Porvenir, regando savias en los corazones áridos, deseosos del Sol, fecundo;

no hay palabra inútil sobre la Tierra; de ahí la Santidad de la Palabra;

el engendramiento eterno de los Prodigios vive en los labios de los hombres;

es de ese gesto, que la Tierra, crea;

la Palabra, es uno como contacto sensual, á cuyo Acto, lo Increado, vive;

se diría que el Verbo, es, como un sexo, pertinazmente tendido sobre la Inteligencia Humana, para fecundarla;

y, en el Silencio del Alma, es el Acto Divino: la Creación;

el Verbo, crea el Acto;

el Acto, es, la Vida;

la Vida, es: Todo;

la Teogonía obscura de los hombres, hizo nacer el Mundo, del Poder de la Palabra;

la primera Palabra, fué un Acto ;

la Palabra creó ;

una expresión idiomática, fué el Principio : TODO ;

¿cómo envilecer el esplendor de la Palabra ?

de todos los gestos absurdos de un Escritor, aquel en que olvida, la Santidad de la Palabra, es el más vil ;

¡ hablar á las Almas !

¿comprendéis algo más alto, en la imperecedera dignidad de los hombres ?

¿qué más luminoso, en esa línea negra de la terrestre Historia ?

un gran grito profundo, grito de todas las bocas, habla por la de Aquel, que dice á los hombres, el Valor Moral, de la Palabra ;

en el Dinamismo de los mundos, en el Mecanismo del Pensamiento, nada más alto, que, Aquel, á quien el Destino puso la centella del Genio en la mente y el carbón de Isaías sobre los labios y lo ungió para la difusión del Verbo ;

Aquel, es, en la escala de los hombres, lo que, el *Ignoto*, en la escala de los dioses : el Altísimo ;

¿quién más alto que Él ?

¿quién, más fuerte que Él?

Nadie ;

pero, á condición de que no haya nadie más puro que Él;

los elementos superiores de la Energía Humana; todo lo que exalta y embellece la Vida, está en Él;

pero, á condición, de que, Él, respete el Poder Instintivo é Ilimitado, que lá Naturaleza puso en el laboratorio obscuro de su cerebro, para la armo-

nia de la Palabra y, la eterna fecundación del Pensamiento;

de todas las prostituciones, ninguna más lamentable, que la prostitución de la Palabra;

prostituir la Palabra, es, prostituir lo único divino, que existe en el mecanismo estrecho de los hombres;

si yo fuese, siquiera deísta, diría que, prostituir la Palabra, es prostituir á Dios;

cuando yo veo, la Palabra, la Humana Palabra, hecha, para inspirar la reverencia de los Siglos, arrodillarse ante el Crimen, tendiendo hacia él, sus manos luminosas, llenas de perífrasis admirativas... me estremezco, con una sorda y atormentada cólera;

yo, cortaría de un tajo, la cabeza del Ilota, que así envilece los ritmos grandiosos del Pensamiento Humano;

cuando veo la Palabra, la Humana Palabra, hecha para las coronaciones prodigiosas de la Gloria, coronar con sus fulgores, la frente de la Mediocridad, que la soborna... siento una angustia de náuseas;

yo, cortaría las manos profanadoras, de aquel Rufián Histérico, vendido á la Misericordia de un Vocablo, ó á la voraz Codicia del Oro;

cuando yo veo la Palabra, la Augusta Palabra, sirviendo al gracejo vil y al retruécano cobarde, torpe rostro de Gwinplain, provocando con sus muecas la humana Hilaridad... siento un rencor despreciativo y ciego, rencor de Amo contra el bufón...

yo, azotaría sin piedad, las espaldas de aquel Mimo impuro y deforme ;... yo, lo azotaría hasta la sangre;

la Risa, es, el Relincho de los hombres ;

¿cómo emplear la Palabra, ese eco de la Divinidad, que viene del Misterio y va hacia el Misterio, en provocar aquella torpe explosión de la Brutalidad ?

¿cómo escribir y no tener el Orgullo de la Palabra escrita ?...

he ahí lo que yo, no comprendo;

de todas las audaces victorias, yo, no amo sino las victorias del Pensamiento;

todo el Misterio de la Fuerza Psíquica y todo el de la Fuerza Esotérica, residen en Él;

es todo el Sistema Vital de la Inmensidad ;

¿cómo pues entrar con ligereza y sin Dignidad, en ese río profundo y desriberado que es el Pensamiento Escrito ?

escribir para los Hombres, poner la palabra articulada sobre las alas de la Publicidad, confiarla al huracán de los siglos... eso, llena de un Santo Terror...

así, cual si se entrase en contacto con lo Desconocido, cual si se estuviese en la presencia de un dios...

porque todas las voces de lo Infinito, hablan en Aquel que dice la Palabra ; porque una marejada de cosas abstrusas y confusas murmuran en su cerebro, con el rumor y la vocería de mares lejanas, obscuras y profundas, donde reside la Fuerza, encadenada bajo el ala resistente é inerte de la Fatalidad;

el Emblema visible de lo Infinito, es, la Palabra;

la Metáfora es como un Mundo;

la Paradoja, misma, es Sagrada;

yo, no he podido comprender el Arte de Escribir, sino como una Misión; Misión, llena de Dignidad, de Seriedad, de Sublimidad;

de ahí el Orgullo de mi Palabra;

si mi SOLEMNIDAD, espanta ciertos espíritus gelatinosos y amorfos;

si los tegumentos vivaces y veraces de mis metáforas — siempre de pie — asombran los anquiloseados, nacidos en el corazón de la Iniquidad, y, hechos para adorarla; culpa es, de este Culto apasionado mío, por las cosas dignas y fuertes; culpa de mi persistencia en la Energía Triunfal del Pensamiento; culpa del concepto desmesurado que tengo de la dignidad que reviste el Acto de escribir, de hablar á la Conciencia Humana, por el esplendor fuerte y vivificante de la Palabra;

nadie me hará inclinar las Columnas de Hércules del Estilo;

y, más, si he de hablar de los dos grandes cultos de mi Vida: la Libertad y la Belleza;

EL POETA

Toda Obra de Arte, es, un Misterio;

todas las fuerzas físicas y las fuerzas psíquicas de la Vida, residen en ella;

lo Inorgánico, toma allí forma, se libra del Imperio ondeante de lo Efímero y, se hace : lo Eterno;

lo muerto, vive; lo mudo, habla; el aire, se hace música; la lengua, ritmo, si aquel Taumaturgo del Pensamiento, que es un Artista, lo toca con sus manos:

toda la escala de los Milagros, está, en el Arte;

se apoya en en Sol!

la desnudez prolongada de las cosas humanas, se hace luz, al ascender por aquella escala;

el Mensaje de lo Inmortal, el Mensaje Divino, baja por ella, y, cumple su Acto, en el vientre de la Capacidad, — á la claridad decisiva de una Conciencia alta;

la *Obra de Arte*, he ahí, el único espejo en que el Hombre, puede ver el rostro irrevelado y fúlgido de su Dios;

ser, Sí Mismo, revelado á Sí Mismo, y, á los otros, en su propia Obra; ver el fantasma de su Capacidad, palpitando en el fondo de su Creación como un sol surgente;

he ahí, el prodigioso manantial del río del Orgullo, en el corazón del Hombre...

ya, es, como Dios;

Él, también crea;

¡el Milagro de Crear!...

¡fijar algo, en el torbellino tenebroso de las cosas posibles y obscuras de la Vida!...

la Vida, es, un huracán de formas; un tropel de Símbolos;

fijar y descifrar; he ahí, el Artista;

revelar la forma increada, por medio de la intangibilidad de la Expresión;

descifrar el Símbolo, fijándolo por la humanización potente del Vocablo; el aprisionamiento del Ritmo; la traslación viva del color; la fijación eterna del gesto: es ser Artista;

ciencia de lo Dinámico, y, ciencia de lo Mecánico;

Inspiración y Forma: Arte;

la Energía misteriosa del Pensamiento encarnada en la forma prodigiosa de la Belleza: Arte;

Revelador de Símbolos y Creador de formas: Artista;

Vital é Infinito: condiciones de la: Obra de Arte;

Infinito, por su correlación directa con la Infinitud misma;

los ánteros y los pósteros, todos son *Uno*, en la Victoria Inteligente del Arte;

ellos expresan las ósmosis del Pensamiento y fijan los polos de la Belleza, por el conocimiento del Misterio;

toda la Conciencia Poética del Universo, está en el Artista;

lo Absoluto Imperativo, del Pensamiento y de la Voluntad, — las dos Fuerzas Creadoras — reside en él, en la dogmatización, patética y lúcida de sus creaciones, en las categorías jerárquicas de su Espíritu, en las vibraciones delicadas de sus nervios, en su corazón, sublevado de obscuras y generosas tormentas;

para el Poeta la revelación de su Yo mental está en el Verbo;

la Lírica, es, el vestido visible de las cosas invisibles;

las Metáforas, son la materia fluida, que cubre las formas desnudas del Espíritu;

el Misterio Supremo, es, el Hombre;

todo lo que él expresa, está tocado de obscuridad; su más claro discurso, es, un balbuceo en la sombra:

frente á la Obra de Arte, la condición fatal del lenguaje, es, resultar ineficaz;

en Arte, el lenguaje es áfono; no logra traducir el Pensamiento; nos traiciona, más, que nos traduce; de él, sí puede decirse: *Traditore, no Traduttore;*

¿qué creador ha visto nunca, su pensamiento *completo*, expresado por el Verbo?

ninguno;

hay una desproporción enorme, entre nuestra Visión y la Expresión;

la Visión, del Poeta, es, infinita; la Expresión, del Poeta, es finita;

lo finito, no puede traducir, lo infinito: es, Ineficaz;

no puede sino enunciarlo;

por eso, toda Obra de Arte, es, apenas, una Enunciación :

lo infinito, al pasar por lo finito, lo ilimitado al traducirse por lo limitado, se reduce ;

la Idea, al fundirse en la Palabra, pierde su esencia : lo Absoluto ;

así, la Palabra, no es una Revelación, es, una Mutilación ;

y, toda Obra de Arte, no es sino un fragmento de una Visión, de la cual, la gran parte vivaz, la mayor en divinas intimidades, queda en los limbos de lo Inarticulado ;

la verdadera Visión de Arte, es, Intraducible ;

¡oh! si toda la Visión del Artista, fuese dicha, cegaría el Mundo ; el Infinito la guarda para Él ;

esa Impotencia Idiomática del Poeta, es lo que hace más dolorosa, y, por ende más prodigiosa, su Obra ;

y, esa Obra, así trunca, es luminosa, como un sol, tajado en dos ;

su corazón, sangrando en el aire mudo, hace una viva música ; y, es, el Canto ;

toda la Epopeya Humana, está en el Canto ;

todo lo que de luz han dado los soles de los Siglos está en el Canto ;

los pueblos tienen una como estratificación luminosa en sus Poetas ;

la línea divina de lo Insumergible, en este naufragio pavoroso que es el Tiempo, está marcada por la ondulación perenne y luminosa de la Poesía, en las cimas enigmáticas del Pensamiento Humano, á veces llenas de una amplitud siniestra...

el Respeto se impone, casi la Adoración, al llegar á esas cimas obscuras, donde dormita el trueno;... *cave leonem*...

¿por quien sabéis del Asia, obscura y tumultuosa, dormida en la Noche de los Siglos?

los Magos Polipteros del *Ramayana*, os dijeron de su Misterio Impenetrable;

¿navegado habéis en ese mar luminoso y tormentoso que son los Vedas?

las costas formidables de lo Desconocido os fueron reveladas allí;

el YO, vasto é inagotable, de los Pueblos, no es revelado á la Humanidad, sino por los Poetas;

esa miriología humana, hormigueante y resplandeciente, no sale de los limbos del Silencio, no os muestra sus enormidades y sus anfructuosidades, sino á la evocación radiosa de los Poetas;

suprimid los mistagogos rojos, que hicieron ese Todo, informe y formidable que se llama Homero, y, la Revelación de la Grecia deífica y épica os sería vedada...

ese esbozo antehistórico, lleno de bruma sagrada, os pone en comunión con dioses y con centauros, y, lleno de la armonía primitiva os dice cosas de alba, dichas por boca de hidras, y, os muestra el gesto torpe de una humanidad larvada, cuya cabeza se confunde con la divina de Júpiter, y, os hace á veces el fenómeno visual de la osatura de un asno; la lírica simplicidad de aquel Mitógrafo Enorme, os es reveladora de un Mundo; aquel Aeda, es, el Colón de los dioses: los descubre; la Mitología pelasga, no vive sino por el canto de aquel ciego, que todo lo

ignora y lo contiene todo, lo revela en la música de sus cantos, volatilizada y profunda, como el alma de una raza;

suprimid á Isaías, á Ezequiel, á Job, á David, tumbad esas cuatro columnas de la Cólera, la Piedad, el Sufrimiento y el Amor, y, el Templo Hebreo, el Templo de Salomón, se vendría al suelo;

esa raza vive por esos hombres: por sus Poetas;

después de haber dado un dios, á la Humanidad, ella no vive sino por haber dado aquellos hombres al Pensamiento;

suprimid el Nuevo Testamento, la Biblia quedará intacta...

roto el nido del dios, volarían sobre él, las águilas del Genio;

pero, suprimid los Profetas, es decir los Poetas, ¿qué quedaría de ese Libro enorme y visionario? Nada;

porque los Poetas, son eso: los grandes reveladores, del yo formidable de los Tiempos y de los Pueblos;

el Poeta, es, el Taumaturgo, nacido para la Soberanía de los Espíritus; la más alta Soberanía, que pueda ejercer el Mensajero de lo Divino, sobre la desnudez inclemente del Fantasma de la Tierra;

*
* *

el Poeta Verdadero, es, un IMPULSOR;

es, Aquel, que infunde á su generación, *una alma nueva*, llena de un Deseo Implacable;

su influencia, se difunde por su época, como la

melodía, por las cuerdas encorvadas de un estradivarium divino ;

y, llena el Silencio y la lontananza, y, hace entrar su época con Él, en el Seno irreal de la Visión ;

y, su Palabra Musical, su Palabra de Genio, no llena su época sino dominándola ;

y, es, entre el aullido de las bestias salvajes, que aquel Gran Beluario, se hace enorme ;

su grito maravilloso, antes de despertar al mundo, se pierde en un festín de cosas larvadas y sin alas ;

todos los dioscodoros, de la Envidia y de la Mediocridad, dardean sobre Él, con el pulso trémulo por una admiración inconfesada, y los ojos ciegos, por un deslumbramiento inmortal ;

y, su Palabra encantatriz, conocerá el momento extraordinario de despertar las almas por la armonía multicolor de sus Sinfonías, que son como el Poema de la Revelación y de la Gracia ;

y, la esencia de su Palabra, será más fuerte y más noble, que la Tempestad y, que el Olvido ;

su Tristeza, sensitiva, como una caricia de manos muy amadas, domina el sueño soberbio de su época y opera la transfiguración violenta de ella, en un gran gesto, destacado de la miseria moral que lo rodea ;

el dominio de sus imágenes tentadoras, palpitantes de Angustia, sollozantes de Piedad, turbadoras de Amor, se extiende sobre las almas, con reflejos de Idealidad, con la potencia multiplicada de sus clamores, como una mar airada, que centuplica en la noche el esplendor de su Potencia ;

y, su sueño indecible domina y persistirá á través de los siglos, como el ritmo violento de una gran arteria, por la cual pasa la Vida, en un tropel fecundador;

y, el gesto y la voz del Genio, serán inextinguibles, en el gran horizonte de las almas, porque el prodigio del Espíritu, hace el Éxtasis y la Magnificencia de los siglos;

y, el Impulsor impetuoso, será, el Dominador;

una sublevación de Orgullo y de Voluntad, se levantará tras el dominio del Iniciador: esa será su Victoria;

el tibio efluvio de los siglos innatos, llegando á su corazón, — divinamente abierto á esa voz de Profecía — será su único Consuelo;

la caricia de la Gloria, es así, lejana y sonora, como el prolongamiento caudal, de un gran río misterioso en la montaña;

la fascinación inerte de los siglos por venir es lo único que atrae al Genio;

el Idolo enigmático y deforme: la Multitud, no vive, no puede vivir, para el alma alta del Poeta;

su palabra dominatriz la azota, como el huracán las espaldas de la Esfinge, y, la ilumina despreciándola, como el sol misericordioso del desierto, los mares del Silencio y de la Muerte;

la expectativa apasionada de su tiempo, no lo conmueve;

su espíritu, trabajado de extrañas fuerzas latentes, vuela hacia lo porvenir, hacia la inmovilidad fastuosa de las cimas remotas, sólo visibles al ojo apocalíptico de las águilas;

el espectáculo incomparable de la Visión de Belleza y de Gloria, que ha de irradiar su Obra, sobre los atónitos siglos, ocultos aún en el tramonto de los tiempos, es el que le comunica ese divino poder de Fuerza, con el cual, renueva y centuplica, el perpetuo prodigio de su Genio ;

la Palabra Inicial, dicha por su boca, se extiende como un contagio y gana el mundo, multiplicando infinitamente, el sueño heroico y triunfal de las Almas Superiores ;

y, todo el Misterio, fulge en Él, y, fluye de Él, como el Sol de la Sombra palpitante ;

Tal es el Poeta.

DE « LA SIMIENTE »

— ¡Él también! ¡Él también! murmuró tristemente Leonardo Bauci, dejando caer su cabeza entre las manos, con un gesto lento, de impenetrable angustia.

Y, quedó así anonadado, silencioso, inerte, hundido en el crepúsculo, que bajaba sobre él, como una gran caricia, de manos beatíficas y tiernas.

Y, el grande hombre vencido, semejaba el león de mármol de una columna volcada, extendiendo al infinito la fascinación de sus garras truncas, en la tristeza desoladora de la derrota definitiva.

La tiniebla terrificante de la hora, enorme y lenta, parecía gozarse en la crucifixión dolorosa de aquella alma de orgullo y de voluntad... muda, ante la desgracía que encadenaba su gesto tumultario de borrascas, y ahogaba el gran ritmo bélico, la sonoridad heroica de su verbo libertador...

Y, aquel silencio, estremecido, era como el plegamiento prodigioso de las alas de una águila, enorme y fantástica, rotas por la tempestad.

Ni una lágrima brotaba en aquellos ojos acerados, fulgentes é implacables, como un desierto de desolación.

Ni un sollozo, salía de aquel pecho, que se adivi-

naba lleno de emociones, como las olas de un mar subterráneo gimiendo bajo la tierra.

Como un altar de sacrificios, sin víctima y sin fuego, como una cima ríspida de donde ha huído toda vibración de vida, los labios del gran tribuno estaban mudos, desiertos de las águilas del verbo, plegados en un gesto de insondable augustia, amplio y triste, como una soledad.

Fué después de largo rato, que de sus labios salieron las dos palabras, que encerraban todo su dolor.

— ¡Mi hijo! ¡mi hijo!...

Y, volvió á callar, envolviéndose en el duelo de su corazón, herido en el otoño de la tarde...

Y, quedó inmóvil, la cabeza entre las manos, sobre la gran mesa llena con los despojos de su pensamiento fecundador...

. . . . . .

Leonardo Bauci, acababa de atravesar una de las grandes crisis de su vida tumultuosa y bravía, que era como un gran clamor de tempestad.

Sembrador de conmociones, terrible agitador de conciencias y de hombres, estaba aún estremecido, lleno del estupor de los últimos combates que su palabra profética había lidiado, de pie, sobre las demencias de los pueblos. Las llanuras desoladas, que dormían bajo la noche, habían gritado desgarradas por el arado de aquel pensamiento que ansiaba renovarlo todo. Las aguas estancadas de los viejos lagos meditativos, soñadores bajo la bruma, se habían alzado mugidoras, cuando el huracán de aquel verbo, pasó agitándolas, hasta en lo más pro-

fundo de sus limos tenebrosos. Todo lo que dormía y fué despertado. Todo lo que vegetaba y fué llamado á la vida. Todo lo letal y lo fatal, herido por su palabra, gruñía contra él, como una inmensa mar enfurecida. Todo lo que el relámpago había alumbrado, arrojaba sobre el rayo bocanadas de sombra. Nada de eso había lastimado ni inquietado su corazón. Su genio épico, cabalgaba sobre las tormentas como en un hipogrifo de fuego, y volaba sobre los mares en cólera, como un inmenso pájaro de luz. Sus pensamientos vibraban como cormoranes enormes, combatiendo en una nube, sobre un mar equinoccial, y descendían y deslumbraban el océano enfurecido de las almas, produciendo en ellas el dolor luminoso del deslumbramiento, el atractivo poderoso é irresistible de las grandes visiones, cercanas y gemelas del Misterio. Cerca de él, la gran multitud de los espíritus sentía la vecindad innombrada del prodigio, la atracción vertiginosa de un océano.

La inacorde ebullición de las pasiones, continuaba, allá, lejos de él, pero siempre en torno de su nombre, con un vuelo circular de buitres enfurecidos, desgarrando su pensamiento, picoteando sobre el blanco impoluto de su escudo, que desaparecía casi bajo la mortaja negra, que formaba, al plegarse sobre él, aquel lúgubre aluvión de alas negras, que se abrían y se cerraban enfurecidas, en una contracción membranosa de vampiros.

Su espíritu, estremecido, como un océano después de la tormenta, vibraba aún, en una como indomable marejada de fuerzas, impetuosas é irresistibles.

Su poderosa musculatura intelectual, se destendía apenas en la calma reciente, como un león, que estira al sol, sus miembros poderosos y limpia de sus garras las últimas huellas de la sangre.

No hay grande sino el Dolor.

Ante este sol de desolaciones que ahora lo abatía, miró su vida toda, pasando ante él, como un gran río tumultuoso.

Pero, no quiso remontarlo. ¿ Á qué el recuerdo? ¿Á qué el claro obscuro indefinible de su niñez, soñadora y fantástica, y el poema rojo de su adolescencia, en que bajo un viento de tempestad se había abierto la terrible flor de su vida heroica?

Él, amaba el recuerdo, gustaba de sus voluptuosidades dolorosas, como de un lejano, inviolable refugio, donde brotara un manantial de fuerzas. El recuerdo era para él, una zona agreste, donde se recogía su pensamiento para fortalecerse; era como la roca contra la cual las águilas rompen el pico ya gastado, cuando sienten nacer otro nuevo, más voraz y más fuerte, más hecho á los combates despiadados.

Pero, ahora, ¿ á qué el recuerdo? La enormidad de su dolor lo llenaba todo... Su hora presente ahogaba su pasado...

Tiritaba en su soledad, como un león herido, bajo la luna triste del desierto...

¡ Solo! ¡solo!

No tenía patria, no tenía familia, no tenía hogar... Había visto arder, desaparecer, morír todo detrás de él... Su vida era un desierto, alumbrado por un sol de sangre. Las tormentas que él mismo produ-

cía habían arrojado lejos, las tablas disyuntas de su barca. Su vida era un naufragio. Pedazos de su corazón flotaban sobre esa mar en furia...

Y, se encorvaba, un momento, al peso de su vida, cargada de escombros, en la inanidad dolorosa de su gesto heroico, hecho á remover el cromatismo complexo de las almas, la conciencia versicolor de las multitudes, que seguían los senderos parabólicos de su palabra hacia la luz... Todo, todo, había desaparecido del cielo tempestuoso de su vida, como esas bestias quiméricas de jaspe, que el crepúsculo finge, acurrucadas, en el lejano horizonte, bajo el cielo nocturnal, y el viento de la tarde esfuma en un gesto, lento y abrumador de muerte inexorable.

Todos los que él amaba habían muerto, para la vida ó para su corazón... La tumba ó el Olvido los habían tragado á todos...

Solo su hijo, Germán Bauci, un pecado de juventud, cuasi de adolescencia, vivía en su corazón y al lado de él, siendo el único ser en quien se complacía todo el amor de su alma, violenta y temeraria.

Aquel amor, era para él, todos los amores.

Su pasado, su presente, su porvenir, se sintetizaban en él, y vivían para él.

El desierto moral principiaba y rodeaba aquella pasión única y absorbente. Su gloria misma, estaba de rodillas ante ella. ¡ No se es nunca bastante fuerte contra el amor !... ¡ Se reencarna para vencer, como un mito de viejas teogonías !... ¡ La madre, la mujer, el hijo !... ¡ Siempre el amor ! ¿ Es que no se puede vivir sin él ? ¿ No puede vencerse

su maldita esterilidad? Nuestra intensa miseria interior está desarmada ante él.

Todo corazón es una llaga.

Y, Leonardo Bauci, pensaba en toda su vida de abnegación, de sacrificios, de ternura, consagrada á aquel ser, que había engrandecido bajo sus ojos, como una planta idolátrica ante la cual su vida atea, había sido como una oración perpetua, como una palabra enorme de adoración.

Y, recordaba el largo y estremecido proceso, que había debido sostener para arrancarlo al amor y á la codicia maternales, que soñaban atar con él una pasión fugitiva, ó asegurarse una ventura monetaria...

Y, le parecía aún verlo, cuando por ministerio de la ley le había sido entregado, viniendo á su casa en brazos extraños, dormido entre encajes, blondo como una estrella, entrando en su vida como una aurora de oro, para disipar la monotonía magnífica, de su existencia austera y solitaria, y embellecer esa brutal soledad, donde germinaba la poemización difusa de sus sueños. Su paternidad había sido impetuosa y ardiente como todas sus pasiones. Aquel niño llenó su vida. Se aisló en el culto íntimo de su amor, como en un dominio misterioso y deslumbrador, donde su alma de lucha venía á reposar, á la sombra de esa cuna. Y, fueron las grandes fiestas silenciosas de su corazón...

La infancia de Germán había sido robusta y feliz y su alma había sido guiada por él, en sus primeros tanteos hacia la vida y hacia la luz.

Ninguna influencia extraña había deformado

aquella alma, que se alzaba recta hacia la verdad, como la flecha de un templo, en la claridad de un cielo matinal.

Y, había sentido el orgullo de su obra, porque su hijo, había llegado á los veinte años, bello como un Apoló, uniendo á la grande armonía exterior de su belleza, el tesoro enorme de una alma fuerte, pertinazmente imantada hacia los altos sueños de la vida. Él, había tratado sobre todo, de vigorizar su alma, despertando en él, la fiebre heroica que hace de la vida un poema cantante, del cual cada estrofa es una acción...

Y, he ahí, que esa fiebre heroica, que había hecho la desgracia y la esterilidad de su vida, le arrebataba ahora su hijo...

¡Ahora, que él, se apoyaba sobre su corazón como en una fuerza! ¡Ahora, en el crepúsculo de su vida, cercano ya á la hora triste de las grandes tinieblas! ¡Era ahora, que ese único astro de su vida desaparecía del horizonte!!...

¿La noche, pues, sería completa?

Á esta sola idea, el padre pensó, con un rencor feroz, en la diosa insaciable que le había arrebatado su hijo. ¡La diosa implacable y brutal, á cuyo culto había él consagrado su vida toda!... ¡Esa diosa, que enloquecida por su palabra, había devorado los hijos de los otros, se vengaba hoy, devorándole su propio hijo! Era del contagio de su verbo, que su hijo había sido herido, ¿por qué quejarse? Si él, lo había preparado para la demencia del sacrificio, ¿por qué desesperarse ante el holocausto realizado? La ley inflexible se cumplía. Su hijo había sido un

héroe rebelde, ¿por qué gritar ante ese heroísmo, él, el cantor de esas heroicidades y el sembrador de esas rebeldías? Todo fructificaba bajo su palabra.

Todo: hasta ese inmenso dolor...

— Sufrir, sufrir, sufrir, gritó su corazón, que sentía el naufragio de toda su vida en ese florecimiento de su verbo.

Y, una sensibilidad desconocida hasta entonces, tocó vagamente su alma, como el ala fría de un pájaro marino, como un estremecimiento de la muerte.

Y, su grande alma temblaba, como bajo la impresión de su corazón puesto al desnudo... ¡Su corazón tenebroso, que temía al enternecimiento, como á la caricia luminosa de una debilidad!

El dolor hace más lúcido, más visible nuestro pasado, y se siente una sensación voluptuosa, de contemplarlo, como en un vértigo, desmesuradamente.

Y, él, veía toda su vida de amor paternal, vida de sacrificio, porque, ¿qué cosa es el amor sino un sacrificio? sacudida, por este gran viento de infortunio, como un harapo de miseria.

Y, temblaba ante ella, como ante una soledad.

Y, le parecía ver á su hijo, dormido en la cuna, bajo la red luminosa, de sus cabellos de oro. Y, el poema blanco de su infancia, y el florecimiento de sus sonrisas, que llenó su vida entera... Su adolescencia grave y suave como un primer día de primavera. Las noches de estudio inclinado sobre los libros y sobre la vida. Y, luego el despuntar de aquella juventud, alegre y sana, llena de una lealtad desmesurada.

Y, creía verlo, como meses atrás, vagar por aquel apartamento hoy desierto, llenándolo con el ruido de su juventud, entusiasta y gozosa.

Y, le parecía sentir aún la impresión de los brazos fuertes, y de los ojos tristes, cuando estrechándolo sobre su corazón, le había dicho ¡adiós! en la *Gare Saint-Lazare*, al separarse para ese funesto viaje, al Continente lejano.

¿Por qué lo había dejado partir?... Era él, quien lo había enviado, para ver de salvar los restos de un exiguo patrimonio...

Y, cuando lo esperaba de regreso, había recibido la primera carta, anunciándole que partía para la guerra, en defensa de la libertad, que él: *le había enseñado á amar profundamente...*

Y, días después, el laconismo trágico del telégrafo, diciéndole: *Germán ha muerto en la batalla de* LAS ROSAS, *como un héroe...*

¡Como un héroe!...

Su verbo hecho carne, se expandía en un florecimiento de muerte!

Y, su corazón sombrío, veía claramente la expiación, y no se rendía, desafiando aún al dolor, como á otra divinidad.

Y, su cólera contra el Destino, engrandecía confusamente, en el silencio profundo, en el ritmo neutro de las cosas que morían en el crepúsculo, bajo el camafeo taciturno de los cielos, como en una transubstanciación.

Y, se erguía, en una especie de inmensidad, en la palpitación netamente humana de la noche, como en un recogimiento...

Y, quedó como deslumbrado, á causa del esplendor mismo que había en su corazón...

¡Solo, ante el silencio de las estrellas! . . . .

. . . . . .

En la insondable acritud de su dolor, se puso de pie; anduvo como un sonámbulo, se acercó á la ventana, y reclinó su frente fatigada contra el cristal...

Sobre horizontes dramáticos, la tarde había sucumbido gloriosamente, en cielos bituminosos, como cielos de castigo.

Una calma rumorosa, oceánica, se desprendía de la gran ciudad, movible bajo la niebla. Las cúpulas ecuatoriales se alzaban bajo el reflejo estelar, y parecían dilatarse aún, en un inmenso sueño, alzado á lo infinito : eran como una fuga de quimeras, escapadas á la taciturnidad triunfal. Los campanarios se alzaban en el vasto silencio, como grandes juncos lagunarios, prontos á inmergirse en las tinieblas, y se esfumaban, en la tristeza ilúcida de los cielos, teñidos de un tinte de agonía.

Grandes calmas cristalinas, como de estanques lunares, adormecían las cosas, en la lenta transfiguración de la hora.

Y, el último rayo del sol, pálido como un crisópalo, brillaba con una luz argentada, sobre los árboles cercanos del Luxemburgo, acariciando las cornisas del Palacio, con una caricia blanca, y adornando, como una corona de argento, la vetustez austera del Odeón.

Las manchas de nubes sardónices, fingían películas de naranja, sobre el cielo, de un gris entibiecido,

que se extendía en una vaguedad ondulosa, fugitiva, sin horizontes...

El último rayo del sol, moría bajo la lluvia, una lluvia menuda y lenta, que envolvía las cosas en la opacidad confusa y traslúcida de una gasa opalina, llena ya de colores de la noche.

La plaza del Odeón, casi desierta, parecía temblar con su pavimento negro, bajo los focos de luz eléctrica, que fingían en el suelo húmedo, un tapiz de abejas de oro.

Y, el extraño fervor de su pena, la realidad netamente humana de su dolor, se alzaba ante él, distinto y claro, como un gran cuerpo sangriento, en el salvaje horror de las cosas indiferentes, como muertas, llenas de una incurable atonía.

Y, en la inclemencia hostil de la noche devoradora, sintió venir hacia su corazón, un gran viento de inquietudes, cual si el cielo estuviese lleno de amenazas superiores.

Y, no tembló.

En lo absoluto de su dolor, su alma permanecía erecta ante lo Infinito, solitaria como una cima; amarga como una imprecación.

En esa alma, altanera y hermética, la tristeza tenía el ademán imperativo y soberbio de un gran gesto de cólera.

El pavor del ánimo, el miedo á las perspectivas en desolación de la vida moral, no asaltaban su espíritu, hecho á las obscuridades de la pena y del misterio.

Su tristeza, no era la fluidez brumosa de ciertas almas. Era una como sensación roja desplegándose

en el manto imperial de los grandes corajes. Él, no sabía del sollozo. Á manera de leones, no sabía sino rugir. Ignoraba el gemido. No poseía sino el grito estridente de las grandes águilas. Su corazón como un pelícano inmortal manaba sangre, pero no se rendía ante el Dolor. ¡El Dolor! ¿Es que él ignoraba algo del Dolor? ¡Oh, si lo dijera su corazón!

En ese Calvario, elocuente y luminoso que había sido su vida, ¿qué peripecia de la angustia había faltado en su ascensión estoica y desdeñosa, por la cuesta agrietada y sombría? ¿Qué grito de plebe no había desgarrado sus oídos? ¿Qué insulto fariseo no había caído sobre su nombre? ¿Qué maldición de sacerdote, qué sentencia de escriba no lo habían perseguido? ¿Qué saliva de sayón, no había sido lanzada contra su rostro? ¿Qué mano de sicario, no se había tendido amenazante hacia él?... De Judas, había recibido cien veces, el beso tedioso y frío. Juan, cuya cabeza efébica, se había dormido sobre su hombro, lo había vendido también, y con su boca de Evangelista adolescente había insultado á su Maestro... Todos lo habían abandonado en su ascensión lúgubre hacia la Gloria.

Y, él, había vencido.

Había descendido por los senderos de ese Calvario, más agresivo que las turbas mismas, apagando los gritos de la plebe, con el tumulto de sus propios gritos, sellando con el puño los labios difamadores, cortando con la espada de Malcus, las manos agresivas, que osaban amenazarlos, é hiriendo en la cabeza, con los brazos de su cruz, á aquellos mismos que habían querido crucificarlo.

No. Él, era un temperamento de Apóstol, pero no un temperamento de Mártir. Era el Cristo de su siglo, un Cristo apasionado y viril, hecho para el campo de batalla, y no para el holocausto del martirio. Un Cristo-león, para el combate, no un Cristo-oveja para el sacrificio. Cristo de agresión, no Cristo de resignación. Era hecho para imperar, y para castigar, para ser aclamado y no para ser crucificado. Él moriría combatiendo. No moriría perdonando. Eso no. Él, era un Cristo de Venganza. No era un Cristo de Perdón. Su sangre, era sangre de victoria; no sería sangre de derrota estéril.

Así, era una cólera sorda y tenaz, la que invadía su espíritu en esta hora de dolor. Y mudo ante la inmensidad de su pena, expiaba el crimen de haber amado. El amor de su hijo lo torturaba.

Hostigado por el frío, que penetraba de fuera, á través de los cristales, se retiró de la ventana y prendió el gas. La luna de un grande espejo, reflejó su figura en el fondo del salón. Su silueta, aun grácil, de hombre elegante y cuidadoso, se proyectó en el cristal hecho luciente, lleno de tonos áureos, por el reflejo de la luz. Se miró, asombrado de su inmensa palidez. Una rara persistencia de juventud, lo acompañaba aún en su cuarentena, que nadie le daría. El rostro joven, la cabellera negra, la dentadura admirable, ayudados del esmero y el gusto exquisito en el vestir, disminuían lo menos de una decena sus años verdaderos.

Frente á su propia imagen, se irguió, como un león, que se mirara en las ondas de un río.

Su combatividad nativa rugió en él.

No, á él no lo vencería el dolor : no lo vencería nadie, ni nada. Sería el Irreducible.

Y, como su reciente dolor, gritaba en su corazón, con su odio ciego á la Vida, fué directo hacia su mesa, tomó el retrato de su hijo, lo besó en la frente, y sobre aquellas cenizas lejanas, juró el odio á su simiente.

Sí, aquel sería el primero y el último ; el *único* hijo de su ser. No florecería más su simiente. Con el gesto de Antipa, él, condenaría á la muerte, todos los gérmenes de su vida.

La simiente del hombre es simiente de Dolor.

Él, no la dejaría florecer en vientres extraños.

Con la mano tendida hacia la muerte, iría por la vida, en un gesto de perpetuo infanticidio.

Dar la muerte, antes que dar la vida.

GUERRA Á SU SIMIENTE.

Tal fué su Juramento.

Y, lo selló con un beso sobre la frente de su hijo, que pareció sonreirle, bajo un nimbo de cosas rojas y gloriosas.

Y, sereno ya, con una tenebrosa serenidad, que hacía pensar en una mano negra, que tronchase rosas cándidas, en un jardín de muerte, se dirigió á su alcoba.

Arregló su tocado, se cubrió con un grande abrigo, y salió á la calle.

Leonardo Bauci tenía más que el horror, el odio violento de la paternidad.

La obra de la fecundación, le parecía obra de crimen y de miseria : obra cobarde.

¡Imponer la vida á seres que no pueden defenderse de ella! Despertar creaturas de la Nada, para lanzarlas en el dolor, en la angustia, en la voraz tortura de la Vida, le parecía infame y cruel. Perpetuar la obra mala de la naturaleza ciega y productora, hacerse el cómplice de los dioses en la perpetuación de este horror inconmensurable y lamentable que se llama la Vida, lo hallaba de una odiosidad repugnante, obra de una torpe animalidad, ciega á la misericordia.

Á la muerte de su hijo, aquel odio de toda su vida se había acrecido hasta la neurosis. Cerca al retrato de aquél había jurado no dar vida á nuevos seres. Frente á la Muerte había jurado el odio de la Vida. No, él no fecundaría, ó al menos no dejaría abrirse á sus ojos, la flor odiosa que su pasión sembrara. El odio de su simiente era una obsesión. Soñaba en la noche con vientres odiosos hechos grávidos por su amor, con fetus deformes que él extraía de allí para arrojarlos al viento y al espacio... Y, extendía sus

manos en la sombra, en un gesto colérico de estrangulación...

Desde que el amor por Elbina había entrado en su cuerpo como una fiebre, la idea de la paternidad lo había perseguido también ; pero la excesiva debilidad de su querida y los más refinados preservativos de la higiene, lo aseguraban contra todo evento de fecundación.

Y, la calma entró en su vida antes tan tumultuosa, como el reposo en un paraje de sol.

La ley fatal reside en el fondo del Destino, ciega é inexorable...

Elbina, cuya salud florecía como un rosal en primavera, bajo las dulces ternuras que rodeaban su existencia, empezó á sentirse mal. Náuseas, languideces, inapetencias...

Él, absorto ante un libro al cual daba los últimos toques para su publicación, no daba mayor atención á esas novedades de mujer, que él atribuía á la naturaleza, tan cruel con ese sexo, con ese niño *doce veces impuro* de que habla Vigny.

Ante la ausencia de ciertas novedades, se creyó en algún desarreglo grave y se consultó á un médico.

La brutal respuesta dejó á Leonardo Bauci anonadado... ¡ Elbina estaba en cinta !...

Un rayo caído á sus pies, lo hubiera sacudido menos brutalmente...

¡ Era el fin de su idilio ! Era su ventura evaporada ! No era la Muerte, era la Vida, que entraba por las puertas, armada contra su felicidad...

Su amor, todo su amor, crecido en el abismo de

las lujurias, se sintió morir de súbito como en un anonadamiento fatal...

Y, un odio, un inmenso odio de tigre, surgió en su corazón, contra aquel vientre maldito, que había fecundado su simiente y en el cual se movía la vida como una maldición contra su Destino... Un ímpetu ciego de atravesarlo á puñaladas le venía á la mente.

Entonces no vaciló.

Inexorable como en todas las cosas que se referían á su ventura fué directamente al fin.

Cambió los medicamentos, enviados de la farmacia, por los más fuertes abortivos. Elbina sufría horriblemente, pero el fin deseado no se consiguió. Su castigo se empeñaba en vivir... ¡Ah, él lo mataría! En este duelo ya empeñado entre su hijo por nacer y él, él vencería, él mataría, él anonadaría, ese enemigo, refugiado en el claustro maternal como en un abrigo inviolable.

Sin fórmulas y sin piedades inexcusables, abordó francamente el asunto con Elbina. Era necesaria, indispensable, una operación. La joven retrocedió aterrada... ¡Eso jamás! ¿Matar su hijo? Eso nunca.

Ante esta rehusa formal, la cólera de Leonardo Bauci, no tuvo límites...

Esa mujer, ¿era pues su enemiga? ¿Entraba también en lucha contra su felicidad? ¿Para eso la había recogido, la había protegido, la había librado de la miseria y de la muerte?... ¡Para eso! Para que viviera contra él...

Un rencor ciego, un odio cruel se apoderó de su ánimo, contra aquella mujer, que se alzaba así en su camino, amenazando su ventura...

Frente á este duelo inexorable, á este enemigo imprevisto, su vida cambió por completo.

Huraño, sombrío, inexorable, no tuvo ya sino un solo pensamiento : matar. Matar su vida. Anonadar su simiente.

En las noches, mientras Elbina dormía, él, se inclinaba sobre su vientre y escuchaba, ponía las manos suavemente... Le parecía sentir la vida odiada germinar allí, moverse allí... Y, llamaba sobre ese vientre fecundado por él, todas las desgracias de la tierra.

Ante nuevas rehusas de Elbina á sufrir la operación libertadora, todo comercio de cuerpo y de espíritu cesó entre ellos. Él, la trató ya como enemiga.

Imperativo, brutal, no ahorró desprecio ni humillación que no le prodigara...

En escenas de una crueldad revoltante, él, le ordenó muchas veces abandonar su casa.

Ella, no era ya allí la mujer amada, era como un animal apenas tolerado.

El idilio se había trocado en un calvario para la mujer desventurada que se rebelaba á dejar matar el hijo refugiado en sus entrañas...

Elbina sufría resignada, sin palabras, sin reproches, llena de una noble dulzura, aquella brutalidad que la mataba...

Su salud tuvo una recaída súbita, y su tuberculosis, apenas dominada por la ciencia, reapareció en una nueva crisis.

Leonardo Bauci tuvo una gran esperanza. ¡Si la tisis la matara! Y, la muerte, que hace pocos días

se le aparecía como una amenaza, como la brutal extinción de su ventura, se le aparecía ahora como salvadora, como la única protección de su felicidad. ¡Eso es el hombre!

Pero la muerte no llegó.

Entonces Leonardo Bauci apeló á la astucia.

Teniendo cartas de Germán, acudió á un calígrafo, para que imitando la letra de aquél, escribiera cartas de una ternura inusitada, anunciando su próximo regreso, y las mandó á su país, para que de allí fueran remitidas con la estampilla respectiva... Y, las cartas llegaron... Elbina deslumbrada, desconcertada por aquella felicidad, miró cara á cara su situación... Germán debía ignorarlo todo... Y, su maternidad la denunciaría... Era pues preciso suprimir su maternidad.

Entonces, ella misma vino al sacrificio, y manifestó sumisa á Leonardo Bauci, su voluntad de ir á casa de la *faiseuse d'anges*, la comadrona que debía extirpar el germen denunciador.

Pero, como eso es muy peligroso en París, donde la policía vela paternalmente por la propagación de la especie, se buscó una, fuera, en una aldea vecina, donde la autoridad aldeana duerme como Homero.

Y, Elbina partió.

Él mismo, la acompañó hasta la estación, desarmado ante esta sumisión que lo libertaba, aunque no era ¡ay! sino un sacrificio al amor de otro. Eso le era ya del todo indiferente.

Elbina, ya muy enferma, partió sin embargo, sonriendo á la esperanza. Su amor, su solo amor la transfiguraba. Iba serena á dar la muerte y no tem-

blaba; así como habría ido á dar su vida por su amor... Un germen de odio á Leonardo Bauci, despuntaba en ella... No era su brutalidad, era su paternidad, lo que ella no le perdonaba... Confusamente, vagamente, pensaba así, pero su alma noble no se detuvo en estos pensamientos y volaba más alto, más alto, hacia la gloria pura de su amor. Amor que no es capaz del crimen, no es amor.

Leonardo Bauci respiró.

Su alto y salvador egoísmo parecía haber matado en él, ó al menos adormecido, aquella que él creía la última y más bella pasión de su vida. ¿Amaba verdaderamente Leonardo Bauci? ¿era capaz de amar? Él mismo, se lo preguntaba en ocasiones, ante el tumulto confuso de su alma.

La dulce y triste figura de Elbina, ya apaciguada y pacificada, llena de resignaciones, serenada por la ausencia, volvió á alzarse en su corazón, con una mansedumbre llena de blancuras, como una hostia en la penumbra.

Disipado á sus ojos el peligro, ahogada, exterminada la simiente fatal, su amor resucitaba y pugnaba por alzarse de nuevo, como un sol de fuego, magnífico y dominador. ¡Qué ser de incertidumbre, de debilidad y de mentira es el hombre! Nada hay durable, nada hay cierto en su corazón... La verdad no reside en él. Su alma es como la superficie del mar, cambiante, instable, movediza... ¿qué vida tienen las nubes que se retratan en las olas? ¡movible el cielo, movible el mar! Todo es instabilidad, como en el alma de los hombres. Vivimos de la apariencia de las cosas... No hay cierto sino la incerti-

dumbre. Formas, matices, apariencias... dilución de contornos en lo infinito de las cosas... Eso es la Vida... Y, aun creemos que vivimos... Como un lago bajo la tempestad, así es el corazón...

. . . . . .

. . . . . .

Las primeras noticias que llegaron del campo en donde estaba Elbina, fueron muy buenas. La operación había logrado su objeto. Las manos sabias de la extirpatriz, habían anonadado y extraído bien el germen maldito. Bajo sus dedos herodianos, la vida había muerto sin nacer...

¡ Oh, ventura ! Ante su simiente triturada, anonadada se sintió feliz...

¡ Ya podía amar libremente á Elbina !... La amenaza de la paternidad, al disiparse, mostraba otra vez, rojo y ardiente el deslumbrante sol de su pasión... Y, por uno de esos fenómenos de que sólo es capaz el miserable corazón del hombre, condenado al absurdo, rudimentario y obscuro como un cráter, se puso á amar perdidamente á la ausente y se hundió de nuevo en las ardientes tinieblas de su pasión carnal, fascinante y extenuante... Y, la fuente inagotable del deseo se abrió otra vez en su corazón voluptuoso, inexorable, inagotable. Y, deseó ardientemente las carnes blondas, llenas de supremos regocijos, los grandes ojos de mosaico, brillando como soles á través del azul aterciopelado de un cielo triste, las grandes bandas cobrizas de los cabellos de orfebrería, con manchas violentas de sombra, donde se quebraba la luz como en las ondas incoloras de una mar equinoccial y los divinos labios me-

lancólicos como uvas marchitas por el sol, y en los cuales había apurado él, todo el encanto de las supremas embriagueces... Y, aquella mujer lejana le pareció más bella que antes y comprendió que no podía separarse de ella... Todas sus ternuras antiguas, todos sus deseos antiguos, le subían al corazón en un flujo desbordante... ¡Oh, la divina visión, toda perfumada de aromas de voluptuosidad!... ¿Cómo había pensado en desprenderse de ella? ¿Cómo había querido arrojarla fuera de su vida? El odio de su simiente lo había cegado... Y, se estremecía nerviosamente al recuerdo de sus ingratitudes, de sus brutalidades, que hoy se le hacían odiosas y monstruosas... ¿Cómo había podido hacer llorar tanto aquellos ojos prismáticos que eran como el espejo de su alma?... Una sed infinita de hacerse perdonar le subió al corazón... La imagen de la amiga lejana lo llenaba de un dulce enternecimiento, bocanadas de recuerdos le traían la imagen querida, entre paisajes de adoración... Y, el pensamiento caía vencido en esta lucha enervante con la pasión... ¡El corazón es un escollo... solo,... solo, en el Misterio!

Nuevas cartas vinieron á sembrar la turbación en la sombra maravillada de su alma Elbina retrocedía en su curación. Una hemorragia imprevista se había presentado. Y, su debilidad orgánica no podía casi resistirla... La comadrona asesina que había hecho la operación, escribía alarmada, pidiendo que fueran por la enferma, pues si una catástrofe tenía lugar en su casa, la ley descubriría su inmundo tráfico...

Un justo cuidado de su propia dignidad impidió á Leonardo ir á buscar á Elbina, pero ordenó que

fuese remitida á París, con todos los cuidados necesarios.

Y, esperó con el corazón lleno de incógnitas tristezas y de graves presentimientos. Otra vez su vida volvía á obscurecerse... Estaba escrito que la serenidad no sería nunca en su alma. Como en ciertos parajes del cielo la tormenta no daba tregua. Era una sucesión de borrascas. Era el castigo de su miseria de luchar, de su miseria de amar! Era su naufragio entre dos abismos... Y, rodando así, de luz en luz, de sombra en sombra, alzaba su cabeza supliciada, orgullosa en un crepúsculo de soles... ¡Solo, como un mundo en el silencio!

En los falsos caminos por donde la pasión nos lleva, se llega á este estado de crítica impotencia, de debilidad lúcida, en que nos vemos obrar contra nuestro Destino y quedamos inmóviles, incapaces de detener el sacrificio... El amor es un anonadamiento.

¡Cómo fueron dolorosos y tiernos los dos días que precedieron á la llegada de Elbina! La imagen de la amiga, surgía, crecía, luminosa, radiosa. La mujer amada, la mujer deseada, aquélla que arroja el olvido sobre todo un pasado de amores quiméricos, la mujer rara, que os viste de entusiasmos y os da alas para volar por la vida, la enigmática, la fatídica, reaparecía entera en su corazón... ¡Oh, la única, la fiel amiga que le había dado un momento de paz! Todas las horas felices, todas las alegrías pasadas reflorecían en su corazón, ante la larga teoría de paisajes encantados y calmas silenciosas, El hombre se agita fatalmente, eternamente ante la

quimera. Nadie lo librará de su inquietud, de su debilidad, de su miseria : son su lote sobre la tierra. Mirar el dolor divinamente ; mirar el dolor serenamente ; ir hacia él desnudo y desarmado : eso es la Vida.

La noche anterior á la llegada de Elbina, Leonardo Bauci febricitante, inquieto, lleno de sensaciones tumultuosas y amargas, presa de un éxtasis doloroso y de tristezas encantadoras, exasperado en su amor terrible y maravilloso, no pudo dormir ; no entró en su casa, donde la soledad le hablaba de dulces recuerdos y dichas evaporadas. Se volvía ávidamente hacia el mañana y lo esperaba en una como obsesión enamorada que tenía las facciones del espanto...

Pasó la noche en un café del Boulevard, queriendo aturdirse, hipnotizarse de ruido, olvidarse de sí mismo, mientras llegaba la hora de abrazar la Bien-Amada... Y, se deleitaba con el beso apasionado que daría sobre los labios tristes y le parecía sentir ya sobre su pecho el peso de la cabeza adorada, esa cabeza de auréolas, que parecía una gloria...

Desde por la mañana estuvo en el andén de la estación, paseándose inapaciguado, inquieto, interrogando los empleados sobre el itinerario de los trenes, observando el horizonte, sin apercibirse de las bellezas del cielo donde agonizaban exquisitas malancolías...

Al fin el tren llegó. Como un loco, corrió hacia todos los wagones, inquiriendo con los ojos todas las portezuelas, para descubrir aquélla, por donde debía descender Ella.

Al fin alcanzó á verla; inmóvil en la puerta de un coche. Le tendió los brazos para recibirla, é hizo un esfuerzo bárbaro para no sollozar. Aquello no era una mujer, era un espectro. Era el fantasma de la belleza y de la juventud, que se evaporaba, como un perfume de rosas en la tarde.

La operación la había matado.

La hemorragia sobrevenida, se había unido á la implacable tisis y aquella flor de encanto, flor de dolores, sucumbía.

Leonardo Beauci quedó aterrado... Aquella era su obra. Su terrible egoísmo había sacrificado aquella mujer... Él, la habíá matado... Elbina volvía sin traer ya la vida, la odiosa vida, en su seno. Pero, volvía trayendo la muerte, la muerte implacable, que no perdona...

La bajó en brazos, del carruaje. Elbina sonrió, con una sonrisa de resignación cuasi divina.

Partieron en un coche.

Al llegar á la casa, la primera pregunta, fué :

— ¿No hay carta?

— Sí, dijo él, pensando en la última, que había hecho venir por conducto de un primo suyo, residente en su país y al cual había contado parte de la triste historia, para interesarlo en la piadosa mentira. Éste, había juntado á la carta, el último retrato de Germán, en traje de campaña y unos pétalos de flor, junto á las frases más amantes, anunciando su regreso, para muy pronto, al fin de la contienda, que ya acababa, por anemia bélica.

Elbina, se transfiguró de felicidad y como si hubiese apurado algún maravilloso licor, sus mejillas

se incendiaron, sonrió al sol y á la vida, besó con pasión, la carta idolatrada y cerró los ojos, como para entrar ampliamente, en la atmósfera lúcida del sueño...

Él, le cerró los ojos con un beso triste y la dejó entregada á la dulce ilusión que la hacía vivir.

El corazón henchido de beatitud, Elbina lloró dulcemente, un reparador llanto de felicidad.

Él, la miró llorar, hundida en esta embriaguez de ventura, lleno de una extraña sensibilidad, ante aquella felicidad que parecía un crepúsculo... Y, se calló largo tiempo.

— Perdóname, dijo ella volviéndose hacia su amigo.

Y, reclinó sobre el pecho varonil la cabeza triste, como para sentir cerca aquel corazón lleno de tumultos...

Y, un gran soplo de melancolía, pasó por aquellas almas, como bajo un cielo incoloro, sobre un río de silencios.

La mentira misericordiosa, hacía efectos anestésicos, pero no destruía el terrible mal.

Haciendo esfuerzos sobre su debilidad, Elbina se alzaba del lecho y ensayaba andar. Pero, las fuerzas le faltaban y debía renunciar á la empresa. Sentada en una *chaise longue*, cubierta de pieles, pasaba los días largos y tristes de la fiebre, con un libro de versos en la mano, silenciosa y soñadora. ¿En qué pensaba? en el ausente. La esperanza brillaba en su sombra profunda, como un sol...

Un día, no pudo ya levantarse del lecho. Entonces, fué preciso llamar un médico, un viejo médico de

barrio, que no vió en la enferma, sino una joven tuberculosa, á la cual el aire sano podría prolongar la vida, y ordenó llevarla al campo.

Leonardo, que ya había pensado en eso, arregló todo y partieron para *Saint-Maurice des Alpes*, la aldea saboyana, desde cuya dentellada agreste como á través de un prisma colosal, alcanza á verse Chamonix, solitario en la escalada obscura que lleva al valle, cerca al lago de una pureza divina, verdoso, transparente, como una difusión de ágatas.

¡Oh, cómo fué triste el viaje, cerca á la querida enferma, en la noche solitaria, de la cual el apaciguamiento parecía prorrumpir á lo lejos en grandes gritos de espanto.

¡Cómo agobia al hombre llevar sobre sí mismo el peso de su propio corazón!

¡Cuánto más felices aquellos que la muerte ha inmovilizado en las riberas de la Eternidad!...

¡Qué augusta gravedad encierra el verso divino de Virgilio:

Heu! miserande puer! Si qua fata aspera rompas...

¡Cuán miserablemente ascendemos hacia la Muerte!

Es por el camino del corazón que vamos al vencimiento. Es por él, que somos un sufrimiento vivo. Es por él que se permanece adherido á la tierra y al amor... Todo el dolor de la vida viene de él... Él, contiene toda la debilidad de la idolatría. Él es una adoración. La mirada de amor, la palabra de amor, el sueño de amor, ¿quién lo dicta? Esas cosas vagas y terribles que entenebrecen nuestra vida ¿quién las forja? el corazón... ¡el corazón! ¿De dónde esa fiebre de amor que nos hace agonizar, bajo un firmamento de sueño, en un jardín de esperanzas supliciadas? del corazón, de la dulce claridad del corazón, que es una pena. Todo el infinito de las lágrimas está en el corazón... La mendicidad del corazón es

un desencadenamiento de miserias. No se sacia jamás. Por eso nuestra vida es un gesto de anonadamiento, un vacío incolmable en la tranquila inmensidad.

Y, era de su corazón que agonizaban los dos peregrinos del dolor, que el destino había llevado á aquel *cottage*, solitario en la selva, aislado como una interrogación en lo infinito.

La juventud radiosa de Elbina, reaccionaba poderosamente, con grandes vuelos de resurrección... Se diría que la vida volvía á ella en interminables oleadas en aquella feria de aire y de luz de la naturaleza.

Y, Leonardo Bauci, revivía con ella.

La monotonía unísona de su dolor se callaba en su alma tumultuosa.

La vida cantaba en los paisajes estrofas solitarias. Y había ditirambos rojos en la luz estremecida.

¿Cómo habían podido creer en la muerte tan cercana? El dolor es una ofuscación.

Fueron semanas de ventura y de delicia para aquellos dos seres que parecían vueltos á la vida de un lejano verjel de cosas muertas...

Aspiraban la vida á plenos pulmones, con una ebriedad de anhelos, como dos labios sedientos hacia el agua, como dos palmas amantes tendidas hacia el polen.

Elbina era la flor resucitada, y su corola se tendía hacia el sol.

Desde el alba estaban en pie. Vestidos de alpinistas, con fuertes zapatos ferrados y bastones de montaña íbanse por los cortijos á tomar leche de

vacas, ó desayunábanse en las aldeas cercanas y ascendían lentamente hacia las cimas luminosas. Muchas veces Elbina se fatigaba y él la llevaba largos trechos en brazos como á un niño dormido, otras veces reposábanse á la sombra de los árboles milenarios, rugosos, grises y sin hojas, hermanos del huracán y de la nieve, cuya vejez arropa como un consuelo, porque guardan en su desnudez esquelética la misericordia eterna de los siglos. Costeaban los precipicios, como pájaros jóvenes picoteando en la grama y descendían por los senderos estrechos, apaciguados, olvidadosos, locuaces, casi felices. Aturdidos de luz y de colores olvidaban su vida. La armonía de sus corazones se derramaba sobre la naturaleza como una ánfora sinfónica, hacia la penumbra celosa donde se movían las flores vírgenes, en un gesto lento de holocausto.

Reposaban al medio día.

Y, en las tardes, bajaban hacia los valles hoscos y meditativos, pequeños bosques claustrales, que en los declives agrios guardan su soledad austera, su silencio hermético de Tebaidas virginales. Allí se paseaban bajo los pinos balsámicos, como en una sociedad muda de cenobitas piadosos, de sabios ermitaños, cada uno de los cuales aplicaba una esencia salvadora á los pulmones de Elbina, lentamente vigorizados. Y, el alma de los pinos vibraba. Cantaba el alma de los pinos. Cantaba salmodias de resurrección.

En la pureza del aire virgen, lejos de las ciudades mefíticas y contagiosas, inmensos establos del rebaño humano, en esa atmósfera purificada de sole-

dad, Elbina parecía recobrar todas sus energías primitivas; hora por hora se le veía renacer, la limpidez de sus ojos, no retrataba ya la imagen de los malos sueños, las visiones de la morfina, las pesadillas de la fiebre, todos se habían evaporado al gran sol como un vuelo de nubes.

Y, Leonardo, veía esa resurrección lleno de orgullo y ponía toda su alma en completarla, en realizarla, y una gran alegría de constatar el triunfo de su querer, de esa batalla de su voluntad, lidiada á la luz verde de los bosques, en medio á los graves paisajes evocadores.

En las noches, ella tocaba el piano. Las grandes sinfonías de Beethoven, sonaban bajo las estrellas. Los lieders de Schuman, pasaban sobre el decorado nácar de los campos dormidos bajo la nieve. El alma de Schubert sollozaba sobre aquella égloga silvestre que era el paisaje cataléptico en la sombra. Como un arrullo lejano de olas dormidas, las frases ondulantes, los preludios lentos de Bach, pasaban como acentos de inmensidad, sobre la somnolencia lúgubre de los valles hipnotizados. En el recogimiento religioso y conmovido de la noche, la música de César Franck lentamente rimada, en preludios de una tonalidad obscura pasaba como un soplo dormido y profundo despertando el alma inmensa y enamorada de la noche.

En esas horas meditativas, el rostro de Elbina era como una plegaria. El crepúsculo parecía darle sus contornos y la sombra acentuaba la impresión penetrante de su melancolía...

Blanca, vaporosa, en una palidez de aguas tran-

quilas, con claridades de cielo y transparencias de fragilidad, una exaltación apasionada vivificaba su pensamiento y exaltaba hasta el delirio la tristeza que dormía en su corazón.

Así blanca, así diáfana, así triste, en esa como transparencia cristalizada, en su traje claro que la sombra hacía nebuloso, nimbándola de diafanidades, solemnizada por el silencio, ella parecía decir á la noche, en su belleza tumbal :

Je suis belle, ô mortels, comme un rêve de pierre,
Et mon sein où chacun s'est meurtri tour à tour,
Est fait pour inspirer au poète un amour
Eternel et muet ainsi que la matière.

Lo divino parecía residir en aquel cuerpo armónico, que hacía sensibles las modulaciones mismas del silencio. Tal era la sublime euritmia, que se escapaba de sus formas en quietud. Su belleza hacía cantar la noche.

El alma de las cosas muertas parecía subir hasta ellos de los bosques cuyas líneas ornamentales desaparecían en la amplitud de la sombra, de los campos pacificados de serenidad, de los grandes montes que que se alzaban al cielo como inmensas frentes pensativas buscando la caricia apaciguadora del firmamento. Perfumes furtivos, subían de los valles melódicos, de los arbustos florecidos, de los meandros pensativos y los rosales lejanos que la sombra poetizaba en largas simbolizaciones de blancuras.

En el salón sin luces, donde la sombra apenas palidecida por la luz astral que venía del cielo lejano como una lluvia luminosa, reflejaba en los

grandes espejos la imagen vaga de las cosas que tenían inconsistencias y estremecimientos ondulosos de agua, y se dispersaba como un himno lento hacia los ángulos lejanos, donde hacía claridades difusas el mármol de las estatuas, que eran como pálidas sombras de divinidad, emergiendo en el gris perla de la penumbra como en un macizo de rosas crepusculares, sonaban dulcemente los acordes extraños é inmateriales del preludio de Mendelssohn en su *Sueño de una Noche de Estío*, desgranándose en notas de cristal, como :

Des flûtes sur la pelouse...

Las tonalidades misteriosas de las melodías de Fauré, se escuchaban confidenciales como un secreto en la soledad, y parecían murmurar los versos del poema :

Je veux que le matin l'ignore,
Le nom que j'ai dit à la nuit
Et qu'au vent de l'aube sans bruit
Comme une larme il s'évapore.

Fugas de Bach, oratorios de Haendel, dramaturgias líricas de Gluck, fragmentos orquestrales de Wagner.

¡Cómo amaban ambos escuchar *l'Air des Marronniers*, el admirable cántico de amor, cuyo recitado decían á media voz!

Giunse al fin il momento
Que godro senza affano
In bracchio al idolo mio.

Y, como si clamase á la noche, propicia á sus designios, el alma de Elbina, vibraba en sus dedos que parecían sonoros, haciendo gritar las octavas agudas del piano, haciéndolas casi decir las palabras del cántico que ella murmuraba :

Deh, vieni... no tardar, o gioja bella!

Su carne vibraba en un trasporte de pasión, en las notas profundas que correspondían á las palabras :

Ai piaceri d'amor qui tutto adesca,
Si vo la frente incoronar de rosa...

Y, la exaltación de su deseo se hacía como un largo éxtasis, como el grito estremecido de su corazón embriagado de ternuras, cuando repetía desfalleciente, ya sin música...

Deh, vieni... no tardar, o gioja bella ..

¿Á quién llamaba en el largo silencio, en la visión supliciante de su alma de dolor?

Leonardo Bauci lo sabía bien.

Ah, los muertos no mueren, los muertos no se sepultan... Esas son vanas apariencias. Los muertos viven en nosotros. Se reencarnan, se reproducen, florecen en nuestro corazón. El alma de los muertos llena nuestra vida como una atmósfera. Nuestra vida es de la muerte.

¡Era un muerto el que imperaba en sus corazones! Era un solo grito, un solo nombre el que asomaba á sus labios...

Y, ellos lo ahogaban.

El nombre del muerto los estrangulaba como un dogal.

¡Miserias del corazón! ¡Miserias infinitas!

. . . . . .

Casi desfallecida de emoción, por aquella música de sus fiebres y de sus dolores, ella caía como inanimada en los brazos de su amigo.

Y, éste, la llevaba hasta el lecho.

Y, luego, la miraba dormir.

Extrañas savias de amor le subían al corazón como un ahogamiento.

Á veces, ella despertaba en la noche, y diálogos reminiscentes, se entablaban entre ellos, en la hora tibiamente azul, llena de un patetismo mudo en el cual sonaba la vibración de sus voces como eco de campanas remotas... Una ternura enervante de las almas y de las cosas los envolvía, en una atmósfera de intimidad, en uno como gesto piadoso hecho para envolver sus corazones, para protegerlos del presente, llevándolos hacia el encanto de los días lejanos... Y, las confidencias caían en sus corazones, abiertos para recogerlas. Suavemente, como un perfume de azucenas. Y, las palabras ardientes gemían entre sus labios tristes, como grandes llamadas al imposible apaciguamiento. Y, el infinito de las cosas, cantaba en su irremediable miseria humana, con los acordes suaves de una sinfonía, hecha para adormir sus esperanzas.

—Cállate, cállate, le decía él, cuando sentía que el nombre amado iba á salir de los labios, bajo el imperio del dolor, como el vaticinio de un oráculo.

Y, ella callaba, obedientes los labios, cerrados

los ojos llenos aún de las visiones espantosas, como sumergiéndose lentamente en un pozo de tinieblas...

El implacable silencio reinaba...

Con la frente en la penumbra, ella se abandonaba al miserable consuelo de las lágrimas...

Y, él la sentía llorar y ponía besos apasionados de melancolía, sobre la frente ardida de fiebres, sobre los ojos inapaciguados de cosas visionarias, sobre los labios insatisfechos, donde parecía gritar el clamor eterno. Labios de lamentación.

Y, lentamente, tristemente, entraban en la agonía de su corazón...

Y, todo en torno de ellos, era como una gran mirada de amor... Un pobre amor sacrílego, en gesto de imploración á la piedad... Y, la soledad de sus corazones estaba llena de una presencia... ¡La presencia invisible, la presencia intangible, la presencia inasible, del ausente! ¡Oh, cómo los muertos reinan en nuestro corazón!...

¡La alta y misteriosa fatalidad de la Vida es invencible! La Vida es un Desamparo. La grandeza del hombre está en su pequeñez.

Una tarde, de una apacibilidad dudosa y gris, descendieron hacia la *Combette*, en una pequeña carreta, guiada por él. Iban alegres, decidores, en la atmósfera balsámica, en ese horizonte como de tapicería arcaica, en el cual la mancha del sol fugitivo, hacía una palidez dorada de ostensorio...

Atraídos por el silencio de los campos pasearon largamente.

Una brisa fría, desapacible, empezó á soplar con violencia.

Regresaron hacia la casa. Pero, era tarde. La lluvia, una lluvia acre y tormentosa los sorprendió en mitad del camino. Era una lluvia huracanada que hacía tremblar los bosques y en pocos minutos hizo impracticables los senderos. Sin amparo, sin abrigo cercano tuvieron que sufrirla. Ni una choza cerca, ni una cueva en que ampararse. Los árboles azotados no podían servirles de abrigo. En vano Leonardo apuraba el débil jamelgo, que de cara á la tempestad no quería marchar. El camino era un torrente, por donde descendían piedras enormes. La lluvia los humedeció pronto por completo, y sus vestidos se adhirieron al cuerpo como túnicas de baño. Leonardo, enloquecido de afán, quería cubrir con su

cuerpo el de Elbina, transida de frío. Ella sonreía, para darle ánimo y se fingió alegre en la aventura.

Era ya de noche cuando llegaron á la casa.

Él mismo la desnudó, la metió en el lecho, la friccionó fuertemente, le dió cosas cálidas á beber y la arropó con cuantos cobertores halló á mano. Ella se dejaba hacer, para consolarlo, tratando de quitarle toda aprensión.

Así se durmieron, un poco confiados ya sobre los resultados del accidente.

Pasada media noche, un golpe de tos, despertó á Elbina, uno de esos golpes de tos, que la rompían casi por su violencia. Leonardo la pulsó. Tenía fiebre alta. Le dió una de las pociones habituales y la tos se calmó. Quedó adormecida con la mano de su amigo entre las suyas... Dos horas después dió muestras de una inquietud extraña. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, dijo frases sin cohesión : deliraba. Leonardo le puso el termómetro, marcaba cuarenta grados... Enloquecido llamó á la sirvienta y la mandó al pueblo cercano, en busca del médico. Cuando éste vino, la enferma reposaba.

El médico la auscultó. Su diagnóstico fué alarmante. Los pulmones, la pleura todo estaba tomado por la enfermedad.

Una pulmonía fulminante se declaró.

Leonardo Bauci no se hizo iluzión ninguna... Era el fin... ¡El fin de aquella vida y el principio de su soledad!

Al día siguiente Elbina razonó. La disminución de la fiebre le volvió el sentido. Quiso dejar el lecho y pasar á su sillón. Á pesar de su debilidad, ella

misma levantó sus cabellos, como un casco de oro sobre su cabeza, y ayudada por Leonardo se extendió en la *chaise longue*, sobre almohadones violetas, envuelta en un chal blanco, sobre el cual cruzó sus manos exhaustas en la actitud de una novicia comulgante.

Permaneció horas así, ante el cielo luminoso, sin una nube, en la visión pastoral y vasta de paisaje ilimitado...

Su blancura sideral se acentuaba como si se diluyese. El amatista de sus ojos languidecía como en un crepúsculo.

Como para dar confianza á Leonardo, se hizo leer versos de su profeta preferido : Albert Samain.

Y, Leonardo Bauci leyó las estrofas de gloriosa melancolía :

Vieille argile faite aux douleurs,
Quel goût de souffrir sans remède
Harcèle ainsi le cœur qui cède ?
Il pleut des pétales des fleurs.
Les roses meurent chaque et toutes,
Je ne dis rien et tu m'écoutes.
Sous tes immobiles cheveux
L'amour est lourd. Mon âme est lasse,
Quel est donc, chère sur nous deux
Cette aile en silence qui passe ?

Leonardo calló.

Elbina había inclinado la cabeza de lado y parecía dormir.

La luz del sol ya tramontano, le daba de frente, cayendo sobre su rostro exangüe, como sobre la

pompa de los lises, y aureolando sus cabellos reverberantes en un resplandor de transfiguración.

— Elbina, dijo él, muy paso, para no despertarla.

Ella no respondió.

Él se acercó para verla. Los grandes ojos abiertos parecían aún mirar. Se diría que los labios sonreían.

— Elbina, gritó él, seguro ya de la terrible verdad.

— Elbina, Elbina, sollozó dolorosamente... Y, fué con los labios, con besos de amor loco, que cerró sus ojos para siempre...

— Oh, mis hijos! mis hijos! gritó en la sombra.

. . . . . .

El crepúsculo del día siguiente lo vió descender de las montañas hacia el valle...

¡Solo! otra vez solo hacia su Destino! ¡Solo!

Y, se perdió en la Vida.

DE

« EL CAMINO DEL TRIUNFO »

Lucio Pica, que así se llamaba el Maestro, tenía veintiún años, y acababa de obtener su diploma de Maestro de Escuela Superior, en la Escuela Normal de la Capital, regida entonces, por maestros de gran valor, casi todos extranjeros;

hijo de Profesor, y, Profesor él, se diría que había nacido para la Enseñanza;

su vida era la más alta Cátedra Espiritual, que pudieran levantar los hombres sobre la tierra;

su espíritu, lleno de bellezas interiores, de energías deslumbrantes y comunicativas, era apto á producir el mejoramiento moral de las generaciones que fuesen á abrevar en él, sedientas del divino licor de la Verdad;

la grandeza de su espíritu era como un contagio: se inoculaba;

cerca de él, se sentían crecer la fuerza y la luz;

procedía por magnetismo;

desde el primer momento, yo me sentí como fascinado y atraído hacia él, dispuesto á fundirme y desaparecer en el fondo luminoso de su espíritu;

jamás discípulo alguno, sintió tan fuertemente el fanatismo del Maestro;

desde el primer momento, me poseyó espiritualmente, con una posesión inevitable y completa;

mentalmente, fuí su esclavo, su cosa; ya no me pertenecía, le pertenecía á él;

tomó mi alma y mi corazón, porque yo adoraba mi Maestro;

todos mis amores, tardos en despertar, se concentraron en él;

ya no vi sino por sus ojos, y, no sentí sino con su corazón;

me hubiera ordenado matar, y, yo no hubiera vacilado en esgrimir el puñal, contra cualquiera;

en ese estado de ánimo, bien se podrá comprender, el influjo beneficioso, que un espíritu como aquél pudo ejercer sobre mi inteligencia;

transformó mi ser intelectual, engrandeciéndolo desmesuradamente;

sus manos prestigiosas y milagrosas, modelaron mi cerebro, y el estudio me absorbió de tal modo, que él mismo se encargó de limitarlo y metodizarlo;

pero, era en sus conversaciones, más que en sus lecciones, que se deleitaba mi corazón;

Lucio Pica me volvía con creces, el cariño que yo le tenía, pero, siempre, con una reserva y una discreción, que exasperaban mi sensibilidad, deseosa de mayores y más íntimas expansiones;

el estado de mis conocimientos, hacía que las horas de mis lecciones, no fueran sino para mí solo, en una soledad, que yo hubiera querido que fuese una intimidad; en esos *tête-à-tête*, el espíritu de Lucio Pica, fulgía de sinceridad y de profundidad;

yo, no he oído ningún otro hombre hablar así;

pequeño de cuerpo, recio de hombros, con una perfección de formas que parecían modeladas al torno; la cabeza voluminosa, dantoniana; la melena de un rubio claro, de estrella, las facciones fuertes, acentuadas, tal vez demasiado para la delicadeza del conjunto; los ojos, de un gris tierno, firmamental, tenían pupilas enormes, que aprisionaba en los párpados entrecerrados, en una contracción de miope; la boca, grande y sensual, boca oratoria; el prognatismo borbónico del labio inferior, le daba un gran aire de bondad, que iluminaba toda su fisonomía, de un resplandor interior, como de una atmósfera astral, que surgiese de su propio corazón; unas manos de mujer, y, llenas sin embargo de fuerzas, hechas como para guiar, el carro del sol; manos principescas, de las cuales, una, la derecha, desaparecía casi siempre, en la masa fluvial de los cabellos, ó sostenía la frente enorme, en un gesto de lasitud, meditativa; era limpio de barba, como un joven dios, y, apenas un ligero vello rubio, le iluminaba el rostro, como una caricia de luz;

tenía las esbelteces fuertes de un cachorro de león, con el cual su cabeza tenía semejanzas extrañas;

vestía, con una pulcritud de pastor metodista, pero siempre de tonos obscuros no concordes con su edad;

sus maneras, eran corteses, sin ser suaves; brusquedades inesperadas, interrumpían la gravedad de sus gestos;

de todas las imágenes del pasado, que se alzan,

en la ya turbada paz de mi corazón, ésta, es la más serena, la más pura, la más fuerte, aquella que está más cerca de mi alma, y la domina, con un efluvio tierno, que embellece aún mi soledad;

dolorosos ó amables, todos los grandes días de mi pasado, están impregnados y dominados por el recuerdo de Lucio Pica, y, por el extraño resplandor de su alma, que orientó mi vida;

¡cómo un espíritu luminoso y superior, es dueño de crear la Vida espiritual, es decir, el mundo de las ideas, en un cerebro joven, modelándolo para ellas con la presión y la impresión de su pensamiento poderoso y dominador!

mi vida mental, ya despierta y agitada por lecturas sin orden y sin rumbo, se sintió acrecida y orientada, al contacto y la dirección de Lucio Pica;

la cristalización de mis ideas, se hizo rápida y luminosa, bajo el suave imperio de aquella inteligencia cautivadora y fanatizante;

¡con cuánto tacto, con cuánta discreción, él, entró en mi espíritu, con tal cautela y respeto, cual si entrase á la cámara de una virgen dormida, y, entró hasta los últimos recodos de mi inteligencia, explorándolos, con ojos sabios y escrutadores, hechos á ver en las tinieblas psíquicas;

no se detuvo, sino á la puerta de mi corazón;

mis sentimientos, parecieron serle extraños; eran mis pensamientos, lo que él miraba;

verme vivir, es decir verme pensar, era lo que atraía su atención;

mi vida psíquica, la vida pura y abstracta de mi

cerebro, era lo que él contemplaba, con un interés apasionado de Artista;

la morbología obscura de mi corazón, el juego más ó menos brutal de mis sentimientos, le era indiferente;

era mi mentalidad y no mi sentimentalidad, mis ideas, y, no mis pasiones, lo que él observaba, y, cuyo ritmo acelerado, lo encantaba como una música;

¿tuvo el desprecio, ó el horror de mi corazón?

¿qué vió en él?

¿ante qué flora monstruosa, retrocedió, conmovido ó asombrado?

yo, sospecho, que él, no amaba del ser humano, sino la vida cerebral; todo lo demás le era indiferente;

y, así, se dió á desarrollar la mía, con un interés, con un cuidado, que fueron casi una pasión de su espíritu; la pasión de un sembrador, que halla un terreno fertil, cuyas entrañas próvidas, piden la semilla cuyo florecimiento ha de asombrar la tierra;

metodizó mis estudios y de mi plan educativo ahorró todo lo inútil;

eliminó el latín, que no poseía, y, del cual el cura, se encargó de darme una lección semanal, como si me hubiese ya nombrado, *in petto*, heredero de su sotana y su curato, y, se dedicó á enseñarme el francés y, el inglés, que con el castellano, la Geografía, la Química, la Física y la Historia, formaron el plan de mis primeros estudios;

mis lecciones no eran orales, ni aprendidas de memoria, sino objetivas y explicativas; casi podría

decirse que eran lecturas, que hacíamos en conjunto;

no me habló jamás de Religión; no me nombró nunca Dios;

¿creía él, en Dios?

como todos los espíritus científicos y superiores, ¿había abolido en su cerebro al viejo Mito Hebreo sustituyéndolo por la idea de una Fuerza Oculta, más pura, más cerca de la Razón y de la Naturaleza?

¿ó era simplemente ateo, como todos los espíritus verdaderamente libres de todas las quimeras, hasta de la quimera científica, y, no se cuidaba para nada de la existencia de ese Vocablo, inventado por los hombres, y, que fuera del privilegio de ser inútil, no tiene otro que el de aterrar la Humanidad y desviar el concepto exacto de la Vida y de la Historia?

no pude saberlo nunca;

no nombraba voluntariamente á Dios; y, si le sucedía encontrarse con él, en el curso de alguna lección, lo designaba bajo la forma invariable, de: esa Fuerza Inexplicable, de la Naturaleza, que los hombres, llaman: Dios;

y, pasaba á otra cosa;

no enseñaba la moral, la practicabá;

su vida, era un ejemplo;

había llegado al pueblo, con su madre y dos hermanas, pequeñas, bellas, como dos flores;

su madre, una mujer hecha toda de gracia y de delicadeza, de bondad infinita, de ternura ilimitada, amó mi triste orfandad, mi pobre infancia pá-

lida, solitaria, como un hongo, en el fondo de ese paisaje de abandono y de amargura;

esta mujer, que tenía el corazón puro, como una agua tranquila, iluminada por reflejos de astros — tal vez como un reproche á la dureza de mi madre — me abrió su corazón, y, me quiso con tal ternura, que la aridez nativa de mi alma, floreció un momento, en flores de amor por ella;

la casa de Lucio Pica, fué mi casa; su madre, fué mi madre;

yo, no era allí un extraño; era un hijo de más, llegado al seno de aquella casa de paz, como una rosa caída en una basca tranquila;

comía casi siempre con ellos, vivía con ellos, dormía muchas veces allí;

el cura, no se inquietó, ni mucho, ni poco, de aquella intimidad, que más bien parecía agradarle, pues lo libertaba del cuidado, de un chico pensativo y comprendedor, cuya mirada, le obsesionaba como un reproche;

mi pequeña cabeza voluntaria, encontró un seno de maternidad, donde inclinarse alguna vez, para soñar;... como si la sinceridad de aquellos ojos tranquilos, me protegiese contra la Vida, que había tenido ya para mí, tan hondas revelaciones de dolores;

lleno de afecto y de gratitud, por Lucio Pica, me empeñé en serle útil, y, bien pronto le fuí de un valor real, y, era, como su segundo, en la enseñanza de los más pequeños;

nuestras grandes fiestas espirituales, eran á la hora de la tarde, cuando terminadas las tareas,

íbamonos por los campos cercanos del poblado, solitarios, bajo el halo de oro, del sol, que se moría...

fueron aquellas horas, las horas verdaderas y fecundas de mi educación ;

yo, interrogaba á mi Maestro, sobre todo y á propósito de todo, y, él, satisfacía con la más noble prodigalidad, la extraña avidez, la verdadera voracidad de mi espíritu ;

la Historia, la Filosofía, que yo desfloraba, en libros dejados por él, al alcance de mi mano, me eran explicadas entonces, abriendo horizontes desconocidos ante mis ojos asombrados, llenando de grandes claridades mi espíritu ;

toda la Literatura, y la Filosofía del siglo XVIII, me fué revelada, en su puerilidad agresiva, y, su preciosismo destructor ;

el *persiflage* terrible de Voltaire, que hace en la Historia, el ruido de los cascabeles de una serpiente, mordiendo los talones de los ídolos, me enseñó mucho, pero, no me encantó jamás ;

Voltaire, tuvo siempre, una alma de lacayo ; sus desvergüenzas mismas, son desvergüenzas de pilluelo, si no fué ayuda de cámara, como Rousseau, mereció serlo ; no tuvo el alma de otras cosas ;

no he podido nunca explicarme, el culto que los amigos de la Libertad, profesan por el amigo del Filósofo brutal, que era Federico II, y de esa Mesalina tártara que era Catalina de Rusia ;

yo, no acierto á ver, los servicios, que haya podido hacer á la Democracia, ese rey de los cortesanos, y ese cortesano de los reyes ;

muy escasos de hombres transcendentales, deben hallarse esos partidos revolucionarios, que viven en adoración, ante aquel mono viejo, encolerizado contra Dios;

Rousseau, vale más, sin valer mucho;

Voltaire, es un lacayo desvergonzado; Rousseau, es un lacayo triste; el uno agresivo, el otro pasivo, ambos tienen almas de caballerizos; el uno, se vuelve, para morder las manos que lo azotaron; el otro, se conforma con llorar al recuerdo del azote; pero, ninguno de los dos, tiene el alma noble, el alma digna;

Voltaire, erá un hombre de *esprit*, es decir, la negación completa de un hombre de genio;

Rousseau, era un loco melancólico, que por intervalos, tuvo genio;

yo, no amo la Elocuencia declamatoria de Rousseau; ella confina siempre, con la Retórica; y, la Retórica, es la flor sonora de la Imbecilidad;

todos los retóricos, desde Cicerón, hasta otros que yo me sé, han sido hombres nulos, débiles y fatales;

de los enciclopedistas, yo, no llegué á admirar verdaderamente, sino á Diderot: es, el único gran Escritor de entre ellos;

sin embargo, fué al *Diccionario Filosófico* y á la *Biblia Explicada*, de Voltaire, á los que debí la ruina total de mis creencias religiosas;

yo, aconsejaría su lectura á todos los adolescentes, bastante viriles, para querer emanciparse del yugo religioso;

Lucio Pica, no tuvo en esta evolución, de mi men-

talidad, otra responsabilidad moral, que la de haberme dejado leer los libros salvadores;

mi espíritu, muy libre de por sí, hizo todo el trabajo de esta hora de emancipación;

Lucio Pica, debió ver con gran placer los esfuerzos de mi alma por libertarse de la tutela religiosa, y, debió saludar mi liberación, con un saludo interior lleno de orgullo;

no manifestó sorpresa alguna, cuando hablando de cosas religiosas y filosóficas, pudo ver todo el trayecto recorrido por mi conciencia hacia la Libertad;

de Moral, no me hablaba sino ocasionalmente, pero, pude comprender, que no veía en ella, sino una resultante de la organización social;

para él, no había cuestiones morales, sino cuestiones sociales;

toda virtud, no era á sus ojos, sino una fidelidad á las preocupaciones del medio ambiente;

la moral de hoy, es errónea y opresora, porque la organización social, es defectuosa y precaria;

á una mejor organización social, sucederá una moral más perfecta;

mejores leyes, harán mejores á los hombres;

tal parecía ser la base principal de su doctrina ética, sin que se preocupara nunca de explanarla ó defenderla ante mí;

acaso con su gran penetración mental, vió claro, que yo, no era un espíritu hecho para preocuparse de cosas de la moral, ni estaba llamado á cultivar ese prado de esterilidad que se llama: la Virtud;

el maravilloso esplendor de aquel espíritu, de

Equidad y de Libertad, se mostraba todo á mi alma deslumbrada, durante nuestras pláticas en el campo, en esas horas de esparcimiento espiritual, en que la soledad panteísta de la Naturaleza, nos rodeaba como un muro, y, nuestras voces, no tenían casi sonoridades ;

tanta era la intimidad de nuestros corazones, prontos á comprenderse casi más en el gesto de nuestras almas, en las músicas interiores de nuestros pensamientos, que en el vago rumor de las palabras, que servían apenas, como de vestidura sutil, á la arquitectura de las ideas, que Lucio Pica, alzaba ante mi espíritu atento, celoso de las grandes revelaciones;

. . . . . .

Cuando aquella tarde, Rosina y yo, como llenos de un mismo pensamiento, nos sentamos en el banco más remoto del jardín, que el crepúsculo empurpuraba ya, envolviéndolo todo en un manto de violeta rojizo, que hacía como episcopales los grandes cerros lejanos, quedamos largo tiempo silenciosos, viendo al través de los ramajes ya obscurecidos, las blancas líneas de la casa, en uno de cuyos balcones, la sombra, suave y como incorpórea de mi tía, se veía aún, inclinada sobre su labor de costura, bajo las enredaderas cariñosas, hechas tristes en la penumbra;

la gravedad del paisaje, parecía retratarse en nuestras almas, con todos sus tintes ajados, de indecible melancolía;

la obsesionante queja de las aguas, sonaba á nuestros pies, como un niño que sollozara, entre las lilas sufrientes;

los bálsamos errantes de la llanura, envolvían en un manto de perfumes penetrantes, nuestros pobres corazones, abiertos á la tristeza, á la embriagante tristeza de la hora;

Rosina, se adivinaba, más que se veía, cerca á

mí, en el prisma indigente, que extendían sobre nosotros, la seminoche de los cielos enlutados y, la pálida ondulación de los ramajes aflictivos...

yo, había aprisionado en mis manos, una de las suyas, y, conversábamos en voz baja, como si temiésemos oir el verdadero alarido, de nuestras almas torturadas...

en el abismo, oro y azul, nuestras voces, se perdían, como el canto de los pájaros, que piaban dulcemente, bajo el cristal aterciopelado del cielo languideciente;

yo, me inclinaba hacia el rostro de Rosina, en cuyos ojos, se reflejaba todo el tenebroso esplendor feérico de los jardines nocturnos, y, de cuyos labios de flor, parecía escaparse, en una divina emanación, su alma odorante;

¿qué nos decíamos?

yo, no podría recordarlo hoy;

miente, quien relata á distancia, las palabras que dijo, en una hora definitiva de amor;

yo, sólo sé, que al principio, le hablé de Lucio Pica, de su amor por ella;

y, viéndola indiferente á aquellas palabras, le hablé con un calor extraño, de la nobleza de aquella vida, de todos los tesoros de aquella alma...

con tal calor defendí la causa de mi Maestro, que por un momento, temí haberla ganado;

entonces tuve miedo, miedo, y cólera contra mí...

¿por qué?

sería más fácil al mar, responder del secreto de sus olas, que al corazón humano decir el *por qué*, de

aquellos movimientos que en el fondo de él, esbozan gestos decisivos y tenaces;

¿quién dirá nunca las fuerzas innombradas, que hay en nosotros, y, que son la razón oculta y definitiva de nuestras crisis morales, violentas y desproporcionadas, que no alcanzamos á vencer, precisamente porque no alcanzamos á comprender?

¡mentira es la simplicidad del corazón!

un corazón simple, moriría de su propia desnudez;

la duplicidad, es la única gran fuerza moral, que salvaguardia nuestro corazón;

nadie tiene el deber de revelarse á los otros, bajo la verdadera luz de su corazón;

las cosas de nuestro corazón, son hechas para ser ocultadas, no para ser reveladas, á los otros;

revelarse, es traicionarse;

la sinceridad, es una traición á sí mismo;

la peor de las traiciones;

el corazón que dice la Verdad, muere de ella;

el Misterio, está en el fondo de las almas;

y, la Verdad, duerme en el fondo del Misterio, como una divinidad supliciada;

y, debe quedar allí, oculta, como una estrella en las bellezas de la tarde...

no digáis la Verdad, de vuestro corazón...

no la digáis;

moriréis de ella;

Rosina callaba...

¿acaso había esperado esa hora decisiva, en que las almas se entregan, y el tesoro de los sueños es dicho, en la cristalización azul y diáfana de la pala-

bra, llena de cosas vírgenes, cargada de esencias espirituales; simple y fuerte como la Vida?

la noche había llegado, y se iluminaba débilmente, con una lentitud cómplice, que hacía su seno cariñoso y obscuro...

de las alturas lejanas, una bruma de esmeralda, polveada de argento, descendía, como un incienso íntimo, que lo invadiese todo, irresistiblemente;

sobre los promontorios lejanos, donde parecían vagar aún los fragantes escorzos del día, el claror fugitivo de la tarde, había desaparecido como en una pesadilla de oro, en un lujo de decoración, embalsamado y silencioso;

el rostro grave de la virgen, lleno de una extraña emoción, parecía iluminarse todo, de luces interiores, que se hacían visibles en sus ojos deslumbrados, como cegados por la intensidad de su propio ensueño;

su belleza poderosa, se hacía ardiente, como un cirio en la sombra;

su cabellera, que el viento de la tarde, había desmadejado sobre sus hombros, se diría una tela de araña, que un rayo de luna, tiñese de un fulgor de azogue;

Rosina, continuaba en callar, con un orgullo glorificador, cuyo gesto mental, veía yo, diseñarse claramente;

ella callaba, porque temía revelar el secreto que subía de su corazón á sus labios y callaba con una grandeza consciente y grave como la noche, cuya teatralidad confusa, se inclinaba, hacia nosotros, como un firmamento;

yo, no tenía tampoco palabras con que arrancarle su secreto, que sentía aletear, en su corazón, como un pájaro prisionero;

y me sentía amado por ella; sí;

aquellos ojos húmedos, radiantes de emoción, no mentían...

no mentía aquel corazón en sobresalto, cándido como una estrella;

no; no mentían;

sólo, que á ella y á mí, nos faltaba la palabra, con que revelarnos, con que ofrecernos, con que darnos el don de nuestra propia Vida;

el instinto, habló en nosotros, más alto que la palabra;

la pubertad de todos mis sentidos clamó ante aquella virgen enamorada, que rendida y sin fuerzas ni voluntad para resistir, clavaba en mí, sus ojos, hechos fosforescentes, y, en cuyas carnes estremecidas, yo, sentía el deseo imperioso subir por grados, como una mar que va hacia lo infinito;

la soberanía inexorable de la pasión, nos poseía;

habíamos dejado de hablar; y sin saber cómo, nuestros labios, se devoraban;

mis manos erráticas, que ya habían desflorado las azucenas de sus senos cándidos, se perdieron en el misterio de sus formas, y, descubrieron ante la noche, sus blancuras siderales, como las de un astro, que fuese humano; nuestros cuerpos, se unieron, como uno solo; yo fuí en ella victorioso y triunfal; ella fué toda mía; su gemido de desfloración llenó la noche; y, fuimos como dos llamas, hechas una sola por el furor del huracán; y, fuimos

uno, en ese minuto de la transfusión de la Vida, en que la servidumbre gloriosa de la carne, nos unió en la acre miseria de nuestros besos, bajo los cielos cargados de oro, como un sueño de estío;

de súbito, el ramaje de las lianas, que cubrían el quiosco, se abrió suavemente, y, Victoria Pica, blanca y radiosa, asomó en este pórtico de verdura su faz de primavera;

bajo el cielo, libre de muros, en el oro verde de la decoración, se diría hecha de zafiros y de ámbar, de una luz nacarada, cual la de un lucero, visto en una agua azul;

su palidez, se hizo luminosa como la de un cristal de Bohemia; un ópalo incendiado. .

y, quedó de pie, ante nosotros, como un gran cáliz de flor, sobre el cual, lloviese un simún de cenizas;

¿vió? ¿comprendió?

su melancólica serenidad, no reveló nada; ni confusa, ni inquieta, quedó inmóvil, en el fondo evanescente de la penumbra verdosa;

los ojos de su alma, como si fuesen cerrados para el mal, no vieron nada; llenos quedaron de su calma uraniana, que era como una gran caricia de tristeza;

venía, á buscarnos, porque era la hora de la cena;

y, los tres, nos dirigimos á la casa, por el jardín desierto, bajo los follajes insondables, por entre las flores que parecían fantásticas en la calma aterciopelada, conmovida de vibraciones, en el azul lacteado de la noche, que era cuasi como un blanco difuso de perla;

todo en torno nuestro, era como una caricia de tristezas, impregnada de ternuras llorosas, lívidas y turbadas;

Venus, lucía en el cielo, como un cristal solar;

y, yo, iba entre la virgen y aquella que había dejado de serlo, como una interrogación, entre dos misterios...

y, mi sombra se engrandecía, como un muro, alzado entre esas dos almas;

eso, es nuestra Vida: la enormidad de un *Yo*, en lo negro de la Nada...

Y, ya dije todo el secreto de mi vida, al poner mi corazón desnudo sobre estas páginas; única parte en que ha de estar mi corazón así, como una rosa sobrenatural, que derramase por igual, sus perfumes y su sangre...

la sangre de las rosas, no tiene el perfume embriagante, de la sangre de un corazón, que se abre para dejar manar de él, el río silencioso del recuerdo; río de holocausto, sobre el cual brilla el alma, como una estrella;

y, solo yo he de ver mi corazón desnudo; los hombres, no lo verán jamás;

Victoria Pica, y, yo, nos amábamos, y, nuestras almas adolescentes, se habían jurado desde la infancia, uno de esos amores enternecidos que no mueren nunca, y que, cuando todo ha sucumbido, en las estridencias crueles de la Vida, suenan aún, en los naufragios nómades de nuestro corazón, como un ruido de alas melodiosas, bastante á embellecer una vida, con su dulzura luminosa;

sí;

nuestras almas, se habían cambiado esos juramentos de Amor, á las orillas de los arroyos túrgidos, diáfanos de sol, sobre los grandes senderos, mara-

villosos de verdura, ante los horizontes libres, donde vagaban nuestros sueños implorantes, entre la embriaguez invasora de las rosas, y, las melancolías triunfales de las tardes sonoras, propicias al amor, bajo su corona de nebulosas, florecidas de astros;

hoy mismo, rememorando en mi corazón, mi alma siente la emoción casta, de aquellos amores lejanos y la tristeza divina de aquellas horas, en que juntos, asidos de las manos, como dos zagales geórgicos recorríamos los grandes llanos ondulados, ó, los senderos umbrosos, al fulgor de los soles exultantes, murmurando en palabras, prematuramente graves, las torpezas divinamente monótonas de nuestro corazón;

y, aun hoy, como si un espíritu nuevo, cantase algo inextinguible y triunfal, en el fondo de mi corazón, recuerdo, cón una emoción extraña, aquella hora sentimental, la única hora sentimental de mi vida, en que el amor, se abrió, en los grandes misterios libres de mi alma, como una rosa desaparecida para siempre, y, sonó en mi corazón, turbado en su claro sueño de irrealidades, el eco de esas palabras que no se oyen más; y, los pájaros del Ensueño, cantaron músicas pensativas sobre ramas inaccesibles;

¡ oh la vieja voz que canta, yo no sé dónde; yo, no sé qué!...

¿Victoria Pica, vió el gesto brutal, en que nos abrazábamos Rosina y yo, bajo los follajes del quiosco, en aquella noche maravillosa, en que ésta fué mía, entre el huracán de mis besos, que caían sobre su cuerpo vencido?

no lo creo;

su divina serenidad no fué turbada; y, el viborezno de los celos no mordió en su corazón;

la visión del Mal, no turbó la castidad astral, y el efluvio ambarado de sus ojos;

en cuanto á mi Maestro, ¿comprendió ó, presintió siquiera la traición que yo había jugado á su corazón?

no;

su alma demasiado alta, alimentada de divinas idealidades, ni conocía ese abismo de lodo que es el corazón de una mujer, ni pudo presentir, algo más pérfido y obscuro, todavía: el corazón de su discípulo, de aquel en quien había puesto todas sus dilecciones; porque aun después, él continuaba en acariciar mi alma, con sus austeras manos espirituales, en orientarla, con el imperio suave y grave de su pensamiento, hacia la luz;

y, yo, no sentí, ni dolor, ni pesar, de haberlo traicionado;

¿comprenderé yo alguna vez, el abismo celeste de mi corazón?

yo, amaba, sí, yo, amaba, con una ternura extraña á Lucio Pica;

ese hombre había sido, mi padre, mi hermano, mi amigo espiritual, el Cristo de mis sueños, sobre cuyo corazón de luz, me había dormido, como el discípulo de Jesús, sobre el corazón sagrado del Maestro;

y, yo, había traicionado á ese hombre, había mancillado su sueño, había desflorado, los pétalos de aquella flor, en la cual quería posarse su alma, como un pájaro...

y, no tembló mi corazón ;

nada me reprochó mi corazón ;

fuí feliz, de mi acción, y tuve deseos de revelársela, para matar en él, todo germen de amor, y, expulsar de allí aquel fantasma de mujer, que me había robado la posesión clara y luminosa de su espíritu ;

el celo obscuro, no dejaba de atormentar mi corazón ; y, aquella sombra alzada entre él, y yo, me torturaba como un enemigo ;

yo, había matado ya el amor de Lucio Pica en el carazón de Rosina ;

¿cómo podría destruir el amor de Rosina, en el corazón de Lucio Pica ?

la posesión del cuerpo de Rosina, no me bastaba, era la posesión del alma de Lucio, la que yo deseaba ; su posesión, absoluta, completa, indiscutida...

poseer la vida entera de su alma, y, poder decir : yo, estoy en su espíritu, yo, vivo en su espíritu ; yo, soy, la esencia de su alma ;...

y, yo, sufría, sufría cuando en los paseos de tarde, Lucio, al lado de Rosina, se extasiaba en contemplarla, como si perdiese la noción de todo lo que lo rodeaba ; y, su palabra era como un rosal florido donde se abrieran rosas de plegaria, y su corazón, llameaba en la tarde tranquila, mientras más allá de la cortina de sauces, el llano se extendía ante nosotros, como una mar riente, llena de una diafanidad celeste ;

mi celo, no iba hacia Rosina, por la cual, yo, sentía, á veces, ráfagas de odio ; lo que yo celaba era el corazón de mi Maestro ;

y, yo, sufría en mi orgullo y en mi egoísmo... sufría la sensación extraña de aquel á quien se arrebatara el solo refugio contra el dolor, y, se ve de súbito solo, irremediablemente solo, sobre las ruinas del ayer, sin el hoy, sin el mañana, en un abandono silencioso, ante la soledad que bebe su alma, como el desierto bebe el agua de los cielos que cae sobre él;

el amor de Victoria Pica, con ser todo mi amor, no alcanzaba á consolar mi egoísmo, la sorda avaricia de mi corazón ;

ella, iba silenciosa á mi lado, durante esos paseos, en que las tormentas interiores, devastaban mi pensamiento, iba como incorpórea y mística, en esos paisajes de Anunciación, como una melodía sobre las aguas de un lago ;

y, yo, callaba, al lado de ella ;

¿cómo decirle la verdad y la tormenta de mis pensamientos?

Victoria Pica, era ya la única cima de idealidad, que quedaba en mi horizonte, en ella se agrupaban las escasas purezas de mi alma, como las nubes flavescentes de la tarde, sobre las últimas alturas, donde aun vive la luz, en rayos adorables ;

yo, no amaba á Rosina; ella, se había hecho mi querida, y, en el orgullo de sus morbideces, habíamos agotado todos los placeres de la carne, en una verdadera bacanal de lujurias...

¿lo supo el cura?

¿el aya, abandonada por mí, averiguó la razón de mi esquivez, y, me delató?

yo, no lo sé ;

pero, ello es, que mi ventura fué rota ;

próximo á cumplir mis diez y ocho años, fui enviado al Seminario ;

el cura, cumplía las últimas voluntades de mi madre y de mi abuela, que me destinaban al Sacerdocio ;

y, yo, no me rebelé contra esa medida, que abría un horizonte á mi Ambición ;

¿ qué sería de mí, huérfano, cuasi expósito y mimiserable, en el fondo salvaje de esa aldea ?

¿ qué porvenir se me esperaba ?

las puertas de la Iglesia, se me abrían como las puertas del Triunfo ;

ser jesuíta, era, ser poderoso ; ser dominador ; salir de la gleba obscura de los azotados, á la alta posición de los azotadores ;

ya, no sería rebaño, sería pastor ;

mi cabeza, se alzaría muy alto ;

y, en los sueños de mi ambición vertiginosa, miraba ya, venir á mí, la mitra, como una corona, y, el cayado como un cetro ;

yo, había oído al Padre Fajardo, decir horrores, contra los jesuítas que infestaban el país ; y, había leído en la Biblioteca de Lucio Pica, cuanto se había escrito contra ellos desde los enciclopedistas hasta nuestros días, y, no podía librarme de la más desenfrenada admiración, por ese batajo de bandidos tonsurados que gobiernan el mundo ;

Ignacio de Loyola, ese loco imbécil y feroz, mitad héroe, mitad tigre, me parecía el más perfecto tipo, de Jefe de bandoleros, que hayan creado los hombres, y, lo admiraba también, desenfrenadamente ;

pertenecer á aquella poderosa cuadrilla de salteadores, la mejor organizada, y, la más proficua, exaltaba todos los sueños de mi ambición y, los colmaba ;

así, fué, con una gran alegría, que recibí esa noticia, que era como un primer paso, en el Camino del Triunfo ;

yo, no me preocupé del dolor que ese triunfo mío, sembraba en otros corazones ;

imposible pintar la tristeza que aquella resolución, sembró en el alma de los que tanto me querían ;

Lucio Pica sufrió de verme partir, pero su serenidad de pensador, comprendió que allí estaba mi ventura, y supo ahogar su emoción ;

su madre, se mostró inconsolable ; su noble corazón, ya tan probado por el dolor y por la muerte, sintió esta nueva herida, que lo desgarraba... Yo, era como otro hijo, que había nacido en su corazón, y, moría también...

mi tía, estaba, desolada ;

pero, de todos esos dolores, yo, no sentía sino el dolor de Victoria Pica, porque era mi propio dolor ;

sólo, á ella juré volver...

Rosina, tuvo una desesperación comprometedora. Sus razones eran graves, por sobre toda gravedad : estaba en cinta ;

— ¿qué hacer para ocultar mi vergüenza ? me gritaba.

— Casarte con Lucio Pica ;

ella, quedó aterrada ante mi consejo...

— ¡ Cómo ! Y ¿ eres tú, quien me propone eso ?

— Y, ¿por qué no ? Yo, soy el único interesado en

la materia. Yo, no puedo casarme contigo. Voy á ser sacerdote. Casarme, sería afrontar la miseria y la obscuridad en la aldea. Yo no tengo valor para eso.

— Y, ¿mi amor?

— El amor, no alimenta, amada mía. Yo, tengo otras ambiciones...

— Pero...

— No discutamos. Óyeme. ¿Qué mejor cosa puedes hacer, que casarte con Lucio Pica, en vez de vegetar en la aldea, sola y deshonrada como mi madre? Acepta á Lucio, con la condición de casarte inmediatamente, para evitar murmuraciones. Cásate antes de dos meses, y el niño que nazca, aparecerá como un parto prematuro, un sietemesino, como hay tantos... Lucio, será feliz, y, te hará feliz...

— Y, ¿si Lucio nota?

— ¿Qué va á notar? Él, no sabe nada en achaques de virginidad. Yo, creo que no conoce sino la suya.

Rosina, sonrió y, quedó largo tiempo pensativa...

Y, luego, nos amamos esa última noche, como en los mejores días de nuestra felicidad.

. . . . . .

. . . . . .

Y, al día siguiente, dejé esa aldea, donde había pasado mi infancia y mi adolescencia; toda mi vida hasta entonces...

la dejé sin pena, lleno de una desbordante alegría;

el horizonte me sonreía, cargado de sueños de oro;

la Ambición, cantaba en mi alma un cántico, como un mar sobre la playa...

visiones de Dominación, llenaban mi mente toda...

sólo, la imagen desolada de Victoria Pica, ponía un poco de tristeza, en el torbellino fulgurante de esa hora, pero una tristeza dulce, como de una flor exquisitamente balsámica, que llevara sobre el corazón...

y, aún, todavía, en el fondo de mi alma, esa tristeza canta...

El regreso de León Vives, á su aldea, fué un regreso sin emociones;

la aridez de su alma, no encontró, en su corazón, nada que se despertase y cantase á la vista del árido peñón en el cual se incrustaba, ese avispero de cretinos, que era su pueblo:

condenado á todas las orfandades, sentía los brazos de la soledad, tenderse hacia él, como los de una madre;

el fantasma de su infancia abandonada, parecía salirle al encuentro, de aquel pueblo, donde todo le era hostil, hasta las tumbas; y nada despertaba en su corazón esa dulce melancolía, que se apodera del ánimo al regresar á los lugares en que hemos vivido;

apaciguado el tumulto de alegrías que sintió á la noticia de la muerte de su padre, sólo había pensado en regresar á Santa Tecla, para arreglar allí sus asuntos de intereses, y, partir inmediatamente para la capital, donde la ambición lo llamaba con gritos desesperados;

sueños claros de ambiciones políticas aleteaban ya en su cerebro, y, pensaba hacer de esa su aldea natal, la base inicial de su encumbramiento;

aunque muy joven, despreciaba ya bastante á los hombres, que es el secreto para dominarlos, y, se había dicho, que la patria, si no es un pedestal, no debe existir, para el corazón de un grande hombre; y, que el deber de un hombre superior, no es servir su patria, es dominarla;

y, así, cuando su aldea, apareció en el horizonte, la vió con rencor, como una presa;

no pudo sustraerse, á una amarga emoción de tristeza, al ver desde lo alto del cerro, allá en el fondo de la plaza, la casa de la Escuela, que guardaba para él, los únicos recuerdos, gratos de su vida;

y, hubiera deseado ver salir á su encuentro á Lucio Pica, por el cual guardaba aún, un gran fondo de admiración y, de ternura; y, ver aparecer por entre los arbustos del camino, la faz de Victoria Pica, que era la única sombra de amor, que había aleteado en su corazón;

pero, Lucio, no vino á su encuentro, y, ningún rostro amigo, salió á la vera del camino, para saludarlo;

y, llegó solo, á su viejo caserón de familia, que tantos recuerdos tristes le traía, y, se hospedó en esa ruina, que parecía poblada de sombras enemigas, llena de grandes alaridos de odio;

su primera visita, fué para el nuevo Cura, á quien encantó por la unción evangélica de sus maneras, y sus grandes vistas sobre lo porvenír;

lleno de un proselitismo entusiasta, le habló de la urgencia de agrupar todas las fuerzas nuevas para la defensa de la Fe, y, de la necesidad de organizar,

el partido de la Juventud Católica, para oponerlo á los avances ya crecientes, del libre pensamiento, que las escuelas laicas, habían desarrollado en el país;

el Cura, fanático y obtuso, no pedía nada más, y, su admiración por el joven subió de punto, cuando éste le ofreció colaborar, en un periodiquillo inepto y venenoso, que el párroco, sostenía con el nombre de « El Mensajero de la Virgen »;

el corazón de Juliano, no dejó de turbarse visiblemente, cuando al encuentro con Lucio Pica, no vió en él, la cariñosa efusión que esperaba, ni en sus ojos graves y serenos, el resplandor de la alegría, ni en sus brazos el temblor de la emoción;

amable, correcto, un poco triste, Lucio, no apareció ante él, el Maestro entusiasta y cariñoso de otras veces; su voz, sin inflexiones de intimidad, ni de ternura, no supo hablarle, de nada personal, de nada afectuoso; de aquel corazón, alto y, sereno, parecía manar la fuente de una indiferencia, que se parecía enormemente al desprecio;

había envejecido mucho, con esa vejez prematura de los hombres intelectuales, que parece más bien una tristeza, que una ancianidad; cabellos blancos aparecían en su cabellera abundosa; marchaba más inclinado que antes, y, sus ojos miopes, parecían cerrarse, con mayor insistencia al brillo de la luz;

la familia de Lucio fué para aquel hermano que volvía la misma de antes, llena de cariñosas atenciones; sólo Rosina, fué reservada y fría, cuasi hostil, al recién venido;

en Victoria Pica, encontró ya florecido el rosal de los amores, que había sembrado en la infancia; en aquel corazón virginal, la ausencia no había hecho sino robustecer aquel sentimiento, el primero y el único de su inocente vida sentimental;

pero, él, miró en el fondo de su corazón, y, no halló aquel mismo amor, que había turbado su adolescencia, sino un deslumbramiento ante la belleza radiosa, de aquella que había dejado niña, y, hallaba ahora, hecha una mujer de la más rara y sugestiva hermosura;

de su amor no vivía sino el deseo;

su pasado, pues, todo, su pasado, ¿era una ruina?

su alma altanera, no sabía llorar sobre ella;

la visión del porvenir, llenaba demasiado su vida, para que el pasado pudiera preocuparlo;

la indiferencia de Lucio Pica, lo perturbó al principio, después, no se ocupó más de ella;

¿qué era ya Lucio Pica, para su porvenir?

¿qué podía hacer por él?

nada;

y, puesto que le era inútil, no tenía el derecho de preocuparlo;

ahora, ya era rico, libre;

ya podía marchar rectamente á su Destino...

y, se preparaba á ello;

su actividad, lo removió todo;

se ocupó de los asuntos de su herencia y de los asuntos de la política;

hizo grandes funerales por sus muertos, y comulgó en ellos edificante y ostensiblemente;

echó las bases del partido de la Juventud Católica, y, pronunció en la primera reunión, un discurso tempestuoso, contra la tendencias liberales de la época, y, el cáncer nacional, de la educación atea;

merced á esta propaganda, Santa Tecla, que no tenía cuestión religiosa, la tuvo ya, y, sus vecinos tuvieron un motivo más para dividirse y, para odiarse;

bajo la pluma de León Vives, « El Mensajero de la Virgen » se hizo más agresivo que nunca, y, dejó de ser idiota : el gran escritor que había en él, se mostró todo entero, en esos primeros vuelos;

y, aunque lleno de una admiración fanática, por la personalidad excepcional, de Lucio Pica, « El Mensajero » fué terrible contra la instrucción laica, y, el profesorado ateo, de las escuelas sin Dios;

Lucio, no hizo siquiera mención de haber leído nunca, las vehementes requisitorias, ni León, tuvo el valor de hablarle de ellas;

discípulos de Lucio, recientemente venidos de la capital, tomaron entonces la defensa de la causa atacada por « El Mensajero » ; y, con tal vehemencia lo hicieron, que León Vives, retrocedió, ante la polémica, hecha personal, y, de una agresividad peligrosa;

amenazado en la calle, silbado por los chicos, insultado por los elementos populares, comprendió que no era aún la hora de su triunfo; y, habiendo arreglado todos sus asuntos, se dispuso á partir : seguro de volver y conquistar la aldea rebelde.

Y, la víspera de su partida, fué á decir Adiós á

Victoria Pica, en una cita nocturna, que le había dado, en la ventana de su casa, porque la sorda hostilidad de la familia, que empezaba á rodear sus amores, hacía imposible otro sitio y otra hora;

bajo la cúpula de los cielos, donde las constelaciones, eran los únicos testigos de sus palabras, él hizo á Victoria, el juramento de volver, para casarse con ella;

la joven, más bella que nunca, se inclinaba sobre el barandal de la ventana, que daba sobre el jardín, y, lo escuchaba extasiada;

como la estancia daba sobre la planta baja, él, había tomado una de sus manos, y, se la estrechaba con pasión;

¿qué se decían? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

ya era la hora de partir, y, León, se rebelaba á ello;

¿qué imploraba?

la misericordia de un beso le había sido otorgada;

y, otro, y otro, y otro, caían sobre la boca roja y la cabeza rubia de la niña, que temblaba como una rosa;

pero, eso, no saciaba la avidez de León;

¿qué quería?

él, se lo murmuraba al oído, estrechándola contra su corazón;

la virgen, ya no supo resistir;

y, se vió á León, entrar por la ventana;

y, la puerta se cerró;

y, el silencio lo llenó todo, como en una complicidad;

. . . . . .

. . . . . .

ya habían desfallecido las estrellas, en el cielo, hecho blanco, por el resplandor de la mañana indecisa, cuando León Vives, abriendo la ventana, saltó de nuevo sobre el jardín;

y, retrocedió asombrado;

Lucio Pica, estaba ante él;

no se hablaron;

Lucio, lo tomó por la mano, como en los años de su niñez, y, lo llevó consigo;

León, no resistió; la presión de aquella mano de niño, se hacía hercúlea;

así anduvieron, hasta abandonar el jardín, por la parte que daba al campo; bajaron una vereda, y, se hallaron bajo los árboles, á la orilla del riachuelo que atravesaba la aldea;

Lucio, soltó entonces, el brazo de León, que temblaba como azogado, y, mirándolo en los ojos, le dijo grave y lentamente, sin violencias en la voz:

— Eres un miserable. Yo debo matarte. Tengo el derecho para ello; pero, no tengo la fuerza. Te he amado como un hijo. Y, á pesar de tu infamia, te amo aún. En pago de ese cariño, has deshonrado mi vida, deshonrando á aquella que debía compartirla. Tu hijo, está ahí, para atestiguarlo. Acabas de deshonrar mi nombre, deshonrando á mi hermana. Es necesario, que yo te mate ó que yo muera;

y, sacando dos revólveres, de los bolsillos, le tendió uno á León;

éste, pálido, como un muerto, no quiso tomarlo, y, cayendo de rodillas, murmuró :

— Perdón, Maestro, perdón;

— ¡Álzate! le dijo éste, como si no lo oyera; habituado á obedecerle, León, se puso en pie, temblo-roso, dando diente con diente, como si muriese de frío, en el esplendor de la mañana, que era sin embargo de una tibieza primaveral;

y, confusamente, oyó á Lucio, que frío, calmado, como si dictase una lección, le decía :

— Mide cinco pasos; apunta bien al corazón, porque si yerras el tiro, estás muerto;

y, puso el revólver en sus manos;

al ver el miedo y la confusión de León, añadió :

— No temas por mi muerte. Si muero, yo declaro en esta carta, que me he suicidado. Tú sabes que aquí no hay médico, ni nadie que pruebe lo contrario ;

y, poniendo la carta, en un lugar visible cerca de ellos, dijo, con voz imperativa :

— ¡Ea! Abreviemos.

León, lloraba, pero al ver el revólver de Lucio, apuntándole al corazón, comprendió que la hora de matar ó de morir, había llegado para él; y, no se resignó á morir;

el miedo, lo aguijoneaba, como un heroísmo, y, oyó la voz clara vibrante de Lucio, que decía :

— Una, dos, tres;

los dos disparos partieron simultáneos;

Lucio Pica, cayó boca abajo, arrojando un torrente de sangre por la boca;

tenía el corazón atravesado;

su revólver humeaba aún;

había disparado al aire;

León, loco de terror, no pensó en acercarse, siquiera, al muerto, en prestarle ningún auxilio;

huyó sin mirar atrás; descendió por la orilla río abajo, hasta llegar á unos sembrados cercanos, y, atravesándolos, ganó su casa . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La noticia del suicidio del Maestro, se extendió rápidamente por el pueblo, causando general dolor;

Lucio Pica, era muy amado, y, los últimos ataques de que había sido víctima, por parte de aquel, á quien el pueblo acusaba de ingratitud filial, había aumentado aún más su prestigio;

su desaparición, fué un verdadero duelo local;

León, no tuvo el cinismo de ir á ver la familia de su víctima; y, se excusó con ella, diciendo, que el dolor lo anonadaba de tal manera, que no tenía el valor de ver los restos, de aquel á quien había amado como á un padre;

« El Mensajero de la Virgen » fué de una crueldad repugnante, para con el muerto, y, entre todos los artículos, sobresalía por su vivacidad, aquel, en que León Vives, llorando á su Maestro, atribuía su suicidio, á « la falta de creencias religiosas, y, de una sólida base moral para la Vida; *fuera de la Religión, decía él, podrá haber grandes hombres, pero, no habrá nunca hombres buenos; y, Lucio Pica era un grande hombre...* »

escupiendo así sobre la tumba de su Maestro, se preparó á dejar aquella misma tarde la aldea, excu-

sándose de asistir al entierro, porque Lucio Pica, había muerto fuera de la Iglesia; su entierro era un entierro civil, y, eso era contrario á sus sentimientos religiosos; como católico, no podía concurrir;

y, aquella tarde, mientras el cortejo fúnebre iba hacia el cementerio, llevando los restos de Lucio Pica, León Vives, dejaba á Santa Tecla;

y, desde las alturas del cerro escueto que dominaba el pueblo, vió el hormigueamiento de la muchedumbre, que iba llevando el muerto al Campo Santo y, del otro lado, el camino que se extendía á su vista, blanco, ilimitado, como una espada tendida hacia el horizonte;

aquel muerto era un vencido, que había tomado el camino del Honor, es decir, el camino de la Derrota;

le volvió la espalda con desprecio;

y, espoleando su cabalgadura, tomó el camino que se extendía ante él;

el Camino del Triunfo.

DE « ALBA ROJA »

El campo no apaciguaba la grande alma insurrecta de Luciano Miral.

Su espíritu ardiente, insaciable, obsesionado por grandes inexplorados gérmenes de sueño, exaltaba su potencialidad, en la lectura de libros bienhechores, donde el hálito de la libertad se exhalaba en grandes músicas sonoras, en maravillosas procesiones de héroes y de mártires.

La humilde serenidad de las cosas no lo tocaba, y necesitaba las grandes exaltaciones de su alma para vivir.

Y, vivía así, en contacto con las sombras ilustres de la leyenda y de la historia, en un largo interminable sueño de heroísmo y de grandeza.

Era el terrible alucinado de la Gloria. Lleno de su visión, pasaba días de una agitación sin tregua.

Sus ojos inapaciguados y voraces, se fatigaban sobre los libros, retirándose de ellos presa de una exaltación quimérica ó herido de una desilusión sin fronteras.

Una alucinación febril, cuasi profética, sobrecogía su espíritu, perdido en los esplendores visionarios de un extraño Apocalipsis.

Un numen sagrado trabajaba en secreto la grande emancipación de su espíritu.

Un dios era el orfebre solitario, que laboraba el prodigio de aquella alma.

Y, al aleteo vertiginoso, al arrebato febril de ese numen misterioso, su cerebro se estremecía, como la selva, en espera de floraciones sombrías.

La fuerza de un deseo inextinguible era su fuerza, y avanzaba como un sonámbulo, y tendía sus brazos á la extraña quimera, indescifrable como el rostro de una medalla antigua.

Semejante al hálito que precede á las grandes tormentas, aquel hálito incendiado, en que las procelarias llegan á la playa, mensajeras aladas de la grande ola de rayos que agita tras de ellas, la formidable tempestad bravía, él sentía pasar por su alma el estremecimiento de las grandes cóleras libertatrices, el ritmo todo de una gran lira vengadora.

Y, triste, inquieto, insomne, se sentía enfermo. Su salud desaparecía, consumida por esta fiebre interior, devoradora.

El campo, con sus bellezas, no existía ante sus ojos, y hacía de su glorioso espectáculo, de su majestad calmada, los confidentes dolorosos de sus tristezas, que se exhalaban en monólogos de un fuego inquietante, reveladores ya, de aquella alta y profética elocuencia, que había de ser el asombro y el encanto de su época, conquistada por la magia de su palabra, rendida bajo el dominio sugestivo de su gran gesto trágico.

Y como absorbido por el numen sagrado que lo poseía, cual si estuviese en religioso diálogo con el

dios interior, modelador de su alma, se le veía, en el encanto de las tardes plácidas, vagar ensimismado, por los grandes llanos solitarios, detenerse á la sombra de los árboles, absorto en lecturas interminables, permanecer meditativo, sombrío, ajeno á cuanto le rodeaba, tal como la estatua del Silençio, como el genio de la Meditación, calmado y grave, envuelto en las ondas inquietantes del Misterio, el las grandes armonías de la Naturaleza, en los rayos discretos y acariciadores del crepúsculo muriente.

La poesía idílica de los campos, el espectáculo eglógico, que lo circuía, no cautivaban sus miradas, perdidas en el horizonte lejano de sus visiones, donde la esfinge polifácea, la gran Bestia Muchedumbre, lo atraía con la indescifrable fascinación de sus pupilas de abismo, con el altanero y agresivo prestigio de su alma ondeante, inasible...

La voz serena y grave de la Naturaleza, no decía nada á sus oídos, que permanecían atentos á extraños ruidos, como de cataratas lejanas, de mares en tormenta, de cataclismos siniestros, de volcanes en fusión... Era la voz de la gran tentadora, la Muchedumbre, sonando en Agoras lejanos, en un ruido de olas contra la costa, el tumulto asordador de las plazas públicas, la voz pavorosa de la grande alma de Misterio y de Tinieblas : el alma de las masas populares.

Su sentimentalidad dormida, no había hablado á su corazón, nada, absolutamente nada, de los secretos inquietantes del Amor. La pasión infausta no había tocado aún su alma ignescente.

La sensualidad, la terrible sensualidad, que había

de ocupar tan grande espacio en su vida dolorosa, no hablaba aún nada á sus sentidos aletargados por el esplendor de su gran sueño luminoso.

El Amor, la debilidad asesina de los sueños generosos, presintiendo su derrota, no osaba acercarse á aquel corazón incombustible.

La voluptuosidad, la divina fiebre torturadora, no asaltaba aún aquel cuerpo adolescente, que se había de debatir después, bajo su garra, contorsionado en tan dolorosas crispaturas, en tan largo martirio, con furores de Leviatán encadenado y saltos de león tocado por el fuego...

Su boca no había respirado aún el perfume de los besos, y la brisa tocaba sus labios, puros al igual de las rosas frescas, recién abiertas en los senderos floridos.

Y su alma lloraba triste, en una intensa pesadumbre, en là llanura odorante, llena de flores y de sol.

Y se agitaba impaciente de salir al encuentro de su Vida, de disipar la sombra que la envolvía, de romper el estrecho horizonte que lo circundaba, y aparecer como un astro nuevo, sobre los cielos enlutecidos, tendiendo el esplendor de sus frases prodigiosas y redentrices, en arco luminoso, sobre el dolor inmenso del globo gemidor.

La sombra de un heroísmo ancestral se extendía sobre él, como una ala de cóndor, negra y roja.

Sollozaban en su alma todos los ideales moribundos, de aquellas generaciones que desaparecían en un crepúsculo de vencimiento irremediable cerrando un ciclo patibulario y heroico, ciclo tempestuoso, en

que á la luz del más puro idealismo, germinaron las teorías triunfales de pensadores austeros, abonadas por la sangre generosa de héroes inmaculados; ciclo de sueños estériles y esfuerzos infecundos; ciclo rojo, que brillaría como un rubí en la corona de la Historia. ¡Oh, las nobles generaciones semi-bárbaras, de visionarios pensativos, enamorados, de los más altos ideales, y que vegetaron y sufrieron, en luchas obscuras, y desaparecieron vencidos, dejando por herencia la derrota!

Y él, se sentía extraño, en esta edad en que el heroísmo ha perdido su grandeza, y en que una tristeza endémica y cobarde llena el alma de estas generaciones, agobiadas bajo el peso de hereditarios desastres, de incurables neurastenias.

El polvo ancestral, de un redentorismo irresistible y estéril, se levantaba en lo más obscuro de su alma, y lo obsesionaba, con las visiones de una vida heroica y libertatriz y una muerte gloriosa y fecunda, sobre un rico sudario de púrpura, trabajado por él mismo.

Como en un jardín eterno de antiguos desterrados le parecía que sombras augustas, de antecesores desconocidos, lo llamaban, con voces exultatrices é imperiosas, á extrañas luchas, á trágicos combates.

Y altanero, doloroso, fatigado, triste, con la tristeza de un Eclesiastés, fijaba su mirada en el retrato de su padre, gloriosamente muerto en plena juventud al pie de su bandera, y le decía :

— Oh, tú supiste vivir y morir, mi glorioso genitor. Tu vida se condensa en una palabra infecunda pero noble : el Deber. Tu muerte se sintetiza en un vocablo, en una virtud estéril pero grande : el Sacrificio. Tu

vida fué rápida y luminosa como un relámpago de tormenta, sonora y triunfal, como la estrofa de un himno bélico. Tu grandeza fué exótica en tu patria y en tu época, obscuras y pequeñas. Tu alma de héroe pagano, que pedía á gritos los campos de la Iliada, y las estrofas de la Farsalia, pasó dolorosa y bravía, por entre guerras primitivas y héroes silvestres, á una inmolación fulgurante, por dos vagas y sagrientas quimeras : tu patria y tu partido ¿Qué hicieron ellos de tu vida y de tu nombre?

Los devoraron como á tantos otros con su espantosa serenidad de Ídolos bárbaros, con su salvaje inconsciencia de minotauros insaciables... Y las dos sangrientas *entelequias* arrojan sobre tu nombre su gran sombra de paquidermos estupefactos : el Olvido. Y en las vaguedades de un poniente lívido, sobre la tristeza de un cielo desierto, el recuerdo de tu nombre y de tu muerte, se hundió como en la desolación fatídica de un naufragio... Tu partido y tu patria te olvidaron. El uno, deja vegetar tus hijos en el dolor y en la miseria, y la otra, el corazón me dice que los enviará mañana, á las gemonías, al destierro, ó á la muerte... Los héroes son materia de abono, en este tiempo de miserias. Hoy los cerdos vencedores, hozan en manada, buscando extraer la bellota dorada del Presupuesto, allí donde abonada por tu sangre, se abrió roja y fulgente, la milagrosa flor de la Victoria. De la sangre de tu corazón despedazado, del oro de tus arcas, se hartaron esos endriagos, y se nutrieron esos pájaros cretinos, que hoy están en las cimas del Poder, y con su fiemo de aves pútridas, empestan la atmósfera,

envenenan la Patria y engendran el desastre.

El hacha de los bárbaros, el fuego de los cielos, tardan en caer sobre ellos. ¡Dame, oh mi noble y heroico genitor, dame la fuerza de tu espada, ya que siento en mí todo el heroísmo de tu corazón, y yo asaltaré la muralla, yo derruiré los templos de la Ciudad Maldita, yo quemaré el nido de víboras; yo daré cuenta de esa nueva Byzanzio, de sus gramáticos eunucos, de sus cortesanas piadosas, de sus retóricos venales, y de sus poetas neronianos...

Y pensaba con amargura en la suerte de su país, agotado por un culto estéril á todas las formas de la opresión, embrutecido por el fanatismo, envenenado por la esclavitud.

Y, con el noble candor de un artista primitivo, soñaba en ser el Redentor de esa patria desvalida, y en su alma fulgente y pura, de Angélico en éxtasis, el deseo, prendía visiones de luchas heroicas, de combates inmortales, para acabar con aquel pancrásico duelo, con aquel espectáculo trágico, donde entre todos los ritmos del horror, morían los pueblos en los sobresaltos de una epilepsia sangrienta...

Y como un cóndor en espera de la presa, plegaba las alas de su espíritu, en la cima inaccesible de sus sueños...

Poco á poco la serenidad venía á su alma, se aclaraba el horizonte, todo lo rojo se fundía en un amarillo de palidez insondable: un cielo de catástrofe, sobre una región en ruinas.

Su entusiasmo, se fundía lentamente en una tristeza hosca, sus sueños quebrantados palidecían, se borraban, como un fresco antiguo, en un claustro

abandonado... Y la figura de su padre muerto, desaparecía en un cortejo de púrpura y de sol.

¡ Decoración clásica para el descenso de un héroe!

Y renunciaba entonces á ser el *Héroe*, el hombre armado, cuya mano cuasi siempre brutal, estrangula la Libertad, al salvarla en el combate.

Su cabeza, más alta que el laurel de las batallas, no se inclinaría hasta el arbusto para tocarlo con su frente.

No, él no mendigaría coronas. Él las haría inmortales, para los héroes y para los grandes. No imploraría la Justicia, él la haría. Su sacrificio, no sería la instantánea y sangrienta desaparición del soldado en la muralla. Sería la lenta, vibrante y diaria transfiguración de una alma en el martirio. No sería el *Héroe*, sería el *Apóstol*.

Las espadas de todos los héroes muertos de su raza se fundirían en su pluma, y sería el castigo y la venganza, la tempestad y la gloria de su época.

Él haría beber al mundo el filtro de su palabra austera y viril, y embriagándolo de su prosa épica, lo haría soñar con los esplendores de su sueño apocalíptico y triunfal.

Él encendería las antorchas en las tinieblas profundas, que parecían mortales ; orientaría su época hacia la Libertad, y haría el milagro de la transfiguración del alma esclava de las masas, por el solo poder de su energía.

Y por la sola virtud de esa energía, hermanada con su genio, comunicaría á los otros la vitalidad de su sueño : arrastraría toda su época en el torbellino de su indignación ; su elocuencia fecundatriz como

el viento del desierto sembraría la rebelión en la esterilidad dolosa de las almas; su idealidad luminosa y sagrada, desafiaría los huracanes enemigos, como aquellas llamas que los jóvenes helenos llevaban en carrera vertiginosa hacia el altar; en la noche de las lampadoforias griegas.

Á sus evocaciones prodigiosas, á la fascinación irresistible de su verbo, mil resurrecciones se efectuarían en las conciencias aletargadas, y haciendo una sola, de todas las almas oprimidas, él las salvaría del incendio con el poder de su mano incombustible... Sí, aparecería de súbito, como sobre una nube ígnea mostrando á los pueblos la Ciudad Santa, hundida tras las brumas lejanas... Y al revelarse así en la milagrosa aparición de su genio, aseguraría su victoria infalible, sobre la hostilidad de los hombres y la inercia de las cosas... Él fundaría su gloria partiendo como un rayo de las entrañas del Escándalo...

Y como si sintiese en los hombros la caricia de alas nacientes, le pareció que su espíritu transfigurado, tendía el vuelo en cielos ígneos; sintió la fortaleza de un Jacob invencible crecer en su corazón; entre los rayos de un Sínaí inaccesible, las águilas de Patmos bajaron á posarse silenciosas sobre sus hombros; las almas de los grandes profetas le entregaron el secreto de su acre y asordadora elocuencia; y en el silencio de la divina y terrible continencia del Apóstol, sintió abrirse en su corazón la flor de todas las humanas cóleras, y brotar por sus labios como lavas luminosas, las proféticas sentencias, los anatemas fulgentes de los grandes panfletarios.

Y lo fué.

Y escribió su primer panfleto en períodos armoniosos y vibrantes, de un estilo vivaz y musculado, con un relieve broncíneo, períodos poderosos, aptos al vuelo del vértigo, como inmensas alas de águila.

La Ruta de Byzanzio... se titulaba aquella extraña prosa rítmica, cuyas frases lapidarias y guerreras parecían como arrancadas á los ístmicos de Píndaro. Y sobre esa alta cima de elocuencia, la más alta hasta entonces alcanzada, asomaba, como por entre una zarza ardiendo, aquel extraño adolescente su perfil de Cristo soñador.

Había el fervor apasionado de un extraño gesto místico, en el esplendor de esta cólera profana, sobre cuyo resplandor apocalíptico de oro y de aureolas la poesía tendía su manto, como el ala eucarística de un cisne abierta en forma de lira sobre las llamas de un incendio...

Y fué á su madre, á esa altiva y noble mujer, que tenía bajo su belleza pálida de mártir el alma soberbia y fuerte de Cornelia, á quien leyó aquel primer rugido de león, aquel panfleto, en el cual estaba escrito su destino, como en una hoja sibilina y cuyas cláusulas de la más alta prosa bélica, eran la anunciación radiosa de su genio.

Era una noche de novilunio, el cielo de un azul violeta, envolvía el paisaje en una calma profunda, argentada y luminosa.

La paz de la noche caía de los cielos y las cimas; el llano suspiraba como un niño dormido; la selva moribunda vertía á distancia el apaciguamiento de

su sombra sagrada; en las manchas negruzcas de los estanques, la luna naciente vertía claridades verdes de algas marinas; un jirón del eterno misterio pesaba sobre el llano atento, y, en la paz religiosa de la hora, la sabana parecía recogida como para el engendramiento de un milagro, y el campo todo, pacífico y grave como si esperase el paso de un Profeta.

En el pequeño salón, en torno á la mesa central, la madre dulcemente inquieta esperaba la lectura, nerviosa, pendiente de los labios del Revelador, en los cuales iba á abrirse la rosa roja del verbo, la más soberana flor de elocuencia, que había de brotar por boca de su siglo en las montañas andinas.

Por las ventanas abiertas, entraban oleadas de perfumes, un aliento enervante de azucenas y de rosas.

En el alféizar de la ventana coronada de corimbos, un ruiseñor galante enamoraba la luna en trinante serenata, y en la baranda del balcón, en grandes jarros de loza, jazmines melancólicos inclinaban sus cálices en actitud de homenaje...

En la tristeza cuasi humana de la noche, se escucharon sonar los primeros períodos de aquella prosa bélica, como ruido de escudos en una estrofa homérica, como toques de clarín en un campo de batalla.

La voz adolescente, mal segura por la emoción, adquirió bien pronto tonalidades épicas, y estalló en la clamorosa elocuencia de aquel gran grito tribunicio que había de vibrar en las tempestades públicas, más alto, mucho más alto, que los dolores y las angustias del alma tormentosa de su siglo.

El dios magnífico que modelaba su pensamiento, soplaba en su exaltación lírica, y pasaba como una lengua de fuego por las líneas de sus frases, por sus alegorías y sus dilemas, inrompibles como mallas incendiadas, por sus dicterios mortales como una flecha envenenada, por sus reticencias, tendidas como un arco, por la vertiginosa coloración de sus apóstrofes, que estallaban como bólidos, en la sombra triunfalmente gloriosa.

Como en un himno órfico, un reflejo de incendio coronaba sus pensamientos, y se extendía sobre sus períodos, como penachos guerreros sobre la frente de héroes adolescentes.

La melodía de todos los antiguos amores patrios vibraba en su prosa augusta, con sonoridades heroicas de un amplio ritmo lírico, y la ola armoniosa de esos períodos musicales, se extendía por el campo pacífico, como el rumor de una fanfarria guerrera, como un ruido de escudos y de lanzas, como un himno cantado en el combate, como un inmenso grito de legiones . . . . . .

. . . . . .

Cuando calló, la madre pálida, temblaba, con los labios contraídos, en un gesto trágico, como si todas las cóleras de su hijo pasaran por su corazón...

. . . . . .

Sobre la llanura negra hasta perderse de vista, la sombra hacía olas inquietantes, como en una mar lejana, y á trechos, las rosas de los jardines, las azucenas del río, los ánades y los cisnes, hacían claros de blancura astral, en su inmaculadez pristina de flores virginales y pájaros nevados.

La selva adusta, bañada por los rayos de la luna, semejaba un escarabajo de esmaltes, prisionero en una red de oro.

El ruiseñor había callado, y los jazmines de los vasos, languidecían, bajo la sombra que en el alféizar de la ventana, les tendían las hojas crepusculares...

La madre conmovida se puso de pie; tendió los brazos á su hijo, y lo besó en la frente.

Y, lloró, inclinada sobre su cabeza, lloró, sobre aquella gloria que nacía.

Y, él, puesto de rodillas recibió la bendición materna.

Y, así, en esta vela del dolor, fué armado caballero, para las grandes luchas del Derecho, este extraño soñador adolescente.

En su gravedad de esfinge; con sus grandes ojos sombríos, de pecado y de abismo, Lelia Serrano era un enigma, á cuyo cuerpo de faunesa todos llegában, pero cuya alma, cerrada como una flor rebelde á las caricias de la vida, se aislaba en extrañas clausuras, con el seno lleno de misterio y de virginidades incógnitas.

Hija bastarda de un lirófilo cínico, espie de bardo callejero, romántico y amargo, guardaba de su padre el caudal de histerias que desarrolló en el comercio prematuro de su cuerpo, y llevaba en su alma una gota del ensueño, que hizo tan grande á aquel licantropo doliente.

La palidez que en ondas ambaradas se extendía por su cuerpo de diosa; la coloración sombría, cercana de los ojos, que amplificaba la tenebrosa fosforescencia de sus pupilas indefinibles, brillando como dos zafiros grises bajo la faja de sus cejas de sedas crepusculares; su cabellera de oro mate, que caía en rizos sobre su frente cargada de vértigo, como si besase la mar silente de sus ojos; la tristeza amarga de su boca fina y desdeñosa; su rostro todo, firmemente modelado en claridades de marfil, daban á esa extraña y bella figura un encanto doni-

siaco, el perfume de una flor mortal, el encanto brutal y misterioso de una Friné, desnuda ante sus jueces, de una Aspasia escuchando ante Pericles, el poema del último rapsoda.

Nacida en el arroyo, había vivido en el vicio, atravesando por él, con no sé qué extraño candor triunfal, de ese que tienen las alas de los cisnes, y las hojas del nenúfar, que se abren sobre el limo del pantano sin mancharse.

Un extraño orgullo la mantenía erecta, como el junco de las madréporas, hundiendo sus hojas en el fango, y alzando al cielo el oro de su flor maravillosa.

Ella misma no sabía cuándo había dejado de ser casta, pero una serenidad talmente pura, reinaba en su mirada, que la envolvía en la gloria suprema de las carnes virginales.

Era una soñadora tristemente ávida de goces, cuya animalidad sentimental le había hecho guardar bajo el pecho voluptuoso ofrecido al beso transeunte, el corazón intacto, como un tabernáculo, cerrado al culto del placer, y en espera de la llegada misteriosa del Amor, para adorarlo.

Era una *cocotte*, romántica, que tenía bastante talento para no hacerse empalagosa : *rara avis*.

Era letrada sin ser pedante, amaba la literatura y los poetas y juraba por los grandes dioses, que ella no era *bas bleu*, y no lo era, porque, como todos sus amigos lo sabían, calzaba unas de seda de colores tiernos, bordadas de flores, que hacían semejar sus piernas esculturales, á dos columnatas de un sagrario, trabajado en mosaico por artistas pompeyanos.

Este bello animal de amor, tenía la histeria noble y el alma melancólica, inapaciguada.

Tenía el vicio triste, como decía Juan de Urbina, cuando quería enfadarla.

Pródiga de su dinero y de su cuerpo, avara de su corazón, fatigada de las uniones inmediatas, buscaba en amistades desinteresadas, alimento para el vacío desolador de su vida.

Y tenía un gran círculo de amigos, que olvidaban las debilidades de su cuerpo, para mirar el prisma radioso del cristal de su alma.

Su hospitalidad era opulenta como su cuerpo y generosa como su alma.

Y como esta extraña criatura, se interesaba de manera febril, en cuanto á la política y á la literatura se refería, sus amigos, casi todos poetas, escritores y políticos, se reunían diariamente en casa de ella, para hablar de estas materias, bajo el encanto arrebatador de su talento y de su corazón, tan nobles.

Era una Hada benéfica y complaciente, bajo cuya amplia mirada azul, germinaban en los hombres los sueños y los deseos, y florecían al igual las grandes ideas y los grandes besos.

Casi ninguno de aquellos amigos la había poseído nunca, y muchos de ellos habían dormido en su casa, largos meses, cuando la crueldad de una patrona de hotel ó las persecuciones de un gobierno, los habían hecho emigrar de la suya.

Cuando se había entrado en el número de sus amigos ya no se aspiraba á ser del número de sus amantes.

— Poseerla me parecería un incesto, decía muy seriamente uno de ellos, á quien le preguntaban si alguna vez había sido suya.

Aquella extraña mujer, generosa hasta la prodigalidad, no amaba el dinero.

Se daba por placer, por capricho, acaso por dolorosas y tristes exigencias de su temperamento, nunca por combinaciones mercantiles, por la vil explotación de su pobre carne perdida, que pesaba sobre su corazón como una piedra.

Se sabía de hombres riquísimos, enamorados de ella hasta la locura, y á los cuales no había admitido nunca.

Todas sus pasiones habían sido arrebatos románticos, hijos de la piedad ó de la admiración. Los amantes que se le atribuían, ó que habían sido realmente suyos, eran héroes jóvenes, niños degraciados, ó poetas célebres.

Deshonrada á los catorce años por un anciano millonario, al cual su madre la había vendido, vivió de él desde entonces en un lujo discreto y confortable. El anciano, llegado á su decrepitud, tenía por ella una ternura paternal. Y Lelia lo respetaba, conservando la seriedad de su casa y de su persona aun en los más tristes extravíos de su vida. Las dos noches por semana, en que su protector iba á verla, su puerta estaba cerrada para todos, hasta las once, hora en que él se retiraba. Estas las llamaba Juan de Urbina : las noches de David, aludiendo al papel de la Sulamita, cerca del viejo rey.

En aquellos días de excitación política, la casa de Lelia era un gran centro de agitación.

Naturalmente á la aparición de la *Ruta de Bizanzio*, el folleto formidable fué leído allí, una noche de reunión, por la voz poderosa de Juan de Urbina.

Una emoción se elevaba de las almas, como la trepidación de una llama, ante las armonías salvajes y desconocidas, el incendio luminoso, la gloria estridente y deslumbradora de aquel Poema vengador, que parecía salir de las profundidades terribles de la conciencia del Pueblo y de la Historia, en una fusión pavorosa de quejas sobreagudas, de dolores infinitos, de furores desesperados, de gemidos y de anatemas, la más alucinante visión, la más prodigiosa sinfonía de apóstrofes y lamentos, de ayes y de imprecaciones, que el verbo milagroso de un Profeta pudo desencadenar como los gritos de la mar estrellándose en una playa polar, como el fragor de una tempestad sobre la soledad aterradora del desierto...

Una salva de aplausos acogió el final, y un silencio sugestivo envolvió las almas y las cosas.

— ¡Bah! pura declamación, eso es horrible y ridículo, dijo Paco Silvestre, un corchete perfumado, mono equilibrista de la prensa, cronista intermitente de diarios ultramontanos, paniaguado de Herodes, cortesano de los hombres y hombre de las cortesanas, muy en gracia entonces en la corte de Herodiada, y que por su cinismo de gacetillero leproso, dejaba deslizar en esas reuniones su persona equívoca de mundano crapuloso, oliente á incienso y á *boudoir*. Grafomano estulto, el más despreciable de los bípedos escribidores.

Lelia que había escuchado la lectura, estreme-

cida de emoción, con los ojos entrecerrados, como una tigre somnolienta, alzó su cabeza imperiosa y sensual, sobre la cual temblaron los jazmines que la adornaban como una diadema de Emperatriz, irguió su busto altanero, sacudió sus bucles dorados, y en la semi desnudez soberbia de su belleza irritante de Musa tentatriz, dijo con su voz cantante y profunda de trágica :

— Ese no es manjar para tí, Paco Silvestre. Ese hombre tiene algo que tú no comprendes, y que falta á los hombres de tu generación en tu partido : tiene dignidad. ¿Quién de vosotros escribiría como él? ¿Quiénes sois vosotros, doctores místicos del sensualismo, afeminados y pueriles, que vais á la *Escuela de Cristo*, á mancillar vuestros cuerpos en prácticas vergonzosas, bajo el beso socrático de vuestros confesores, y salís de allí con la misma impudicia á mancillar la reputación inmaculada de los hombres que os denuncian? Conocemos bastante vuestra simplicidad agresiva ; vuestra necedad dorada ; vuestra falta de carácter ; vuestra pequeñez de alma : vuestro fetiquismo del triunfo ; vuestra adoración de lo pueril ; vuestra cobardía endémica. Vosotros sois la representación más real y más característica de esta época turbada y vil, y de ese núcleo social que se distingue por la ausencia absoluta de carácter, por su pequeñez y por su inepcia. En el prado de ortigas en que vivís, vosotros os habéis dado el nombre que os define bien, sois : *Flor de la Crème*. Sí, la crema de esta sociedad de arrieros cosmopolitas, de mineros endomingados, de ganaderos con guantes, de tenderos pretenciosos, de po-

líticos averiados, todos místicos, todos aristocráticos, todos apócrifos.

Sociedad fanática, histérica y cínica, donde todo es falso : los nombres, las virtudes y las creencias... ¡Vuestra religiosidad!... Vosotros sois los corderos mejores de ese rebaño, y el mismo día que comulgáis en los cálices de las iglesias vais á comulgar en los labios de vuestras queridas, viejas viciosas que compran vuestros besos. No creéis en nada, pero el miedo detiene la negación en vuestros labios... ¡ Vuestra Religión! ¿de dónde sacó Herodes el Obispo, que absolvió su concubina, contra todas las leyes de la Iglesia, que prohibe absolver á los que viven amancebados? ¡ Vuestras costumbres!... ¿de dónde ha sacado Herodiada sus amigas, sus confidentes, sus íntimas? ¡ Vuestras opiniones!... ¿ de dónde ha sacado Herodes todos sus lacayos? ¡Turba de cretinos, florilegio de imbéciles!. ¿cuál de vosotros podrá compararse á Urbina, á Reina, á Miral? Ninguno... Y agotados, enervados, miserables, no pudiendo iguarlarlos los calumniáis... Por eso os parece insufrible Luciano Miral. Esa es la opinión de los amos, que repiten los lacayos. Cotorras epilépticas, que aprendéis á infamar los grandes nombres, en las cocinas del César, y salís á repetir el insulto, con vuestra inconsciencia impúdica de loros de mancebía.

A la violenta invectiva de la gran mujer irritada, sucedió un ¡hurra!... formidable.

Paco Silvestre no tuvo la audacia de responder, y se alejó, diciendo que él no discutía con mujeres, que se le había insultado, ¡como si él mismo no se

bastase para ese oficio! y se fué á llevar á Palacio sus delaciones de esbirro, y á la cloaca de sus diarios, su bilis de gacetillero pornográfico y feroz.

Un silencio abrumador y miradas hostiles lo acompañaron en su fuga.

Después, se habló de Luciano Miral. Se contó su infancia atormentada y solitaria, la gloria de su padre, la virtud de su madre, la soberbia indomable de su raza. Se refirió que era un niño extraño, orgulloso y serio, valeroso y tenaz, con una terrible fe de iluminado.

— Un niño, dijo uno, ¡dieciocho años apenas!

— ¡Una criatura!

— Un carácter.

— Un Genio, dijo Juan de Urbina, con entonación de voz, tierna y sincera, y quedó pensativo...

Después, se habló de traerlo á la próxima reunión, y presentarlo á Lelia.

Esta oía en un silencio lleno de deseos, que palpitaban bajo sus flancos nevados y en la turgencia altanera de sus senos, á tiempo que su mirada abarcaba el paisaje, por la ventana abierta, y pasaba como una caricia por sobre la inmovilidad de las cosas y la sombra azulosa del jardín, que se extendía ante ella en gradación lenta é iba á perderse en claridades zafirinas, allá abajo, en el río donde las estrellas titilaban como rosas del cielo, prisioneras en las ondas.

Pasaba por su cuerpo el largo estremecimiento de los jardines dormidos, y se entenebrecían el oro crepuscular de sus cabellos y las violetas densas de sus ojos...

Los deseos pasaban por su cuerpo, como noctículos sobre una agua dormida. Su sensualidad ingenua ponía un vuelo de éxtasis en sus pupilas, y vagaba en la sonrisa enigmática que se extendía como una ola sobre su palidez de lirio astral.

Cuando volvió en sí, en aquella atmósfera como saturada del perfume de mil ritos sagrados, estaba sola.

Entonces pronunció, como una invocación, el nombre del adolescente extraño, del prosador épico, que despertaba su alma; llevó las manos al pecho, como si por primera vez sintiese removerse algo en él, y lloró de felicidad, como la madre que sintiendo el movimiento del primer hijo en sus entrañas, grita de encanto, al sentir su amor hecho carne y florecido.

El deseo subía por todo su cuerpo, como la llama que lame el condenado á la hoguera.

Se dobló como una orquídea voluptuosa, y quedó palpitante, tendida en el sofá, caída sobre el brazo ebúrneo, la cabeza coronada de jazmines...

La guerra había sido vencida!

El Destino, coronaba á César por manos de la Victoria.

Los ejércitos libertadores traicionados por la fortuna, abandonados de Dios y de los hombres, inermes, desarmados, rotos por el desaliento y por la muerte, habían sucumbido ante las bandas de mercenarios que Herodes armaba y que misioneros de las matanzas levantaban en nombre de Dios para sembrar el espanto y la desolación sobre la tierra.

Una capitulación había puesto el sello al desastre. El asesinato de las grandes masas había concluído.

Luciano Miral, rebelde ante la derrota, como había de serlo siempre ante la adversidad, no quiso entrar en la capitulación, y odiado y solo emprendió el camino de su hogar.

La visión de su madre lo guiaba en el regreso doloroso, como lo había acompañado en las fatigas de la campaña, y cuando el ala roja de la muerte había pasado sobre su cabeza, en el ronco estridor de las batallas...

Era el amor santo de su madre el que lo impulsaba, una necesidad invencible de ir á ella, de verla, de abrazarla, de cubrirla de besos y reclinar en su

seno su frente vencida por el huracán de todos los infortunios. Verla, y después morir... ¿Para qué su vida rota, de vencído indominable?

En el camino, el Horror le salió con la boca llena de verdades, y sus ojos, que parecían curados ya para el espanto, vieron lo que no habían ni soñado los más lúgubres visionarios de la muerte.

Los cesaristas rompían la capitulación con las puntas de sus lanzas y no habían prometido garantías al enemigo sino para poder asesinarlo desarmado.

Las bandas de vencidos macilentos que recorrían los caminos, eran asesinados por piquetes de fuerza, mandados expresamente para cazarlos como ciervos.

En cuestas ríspidas, sobre las cimas más visibles se balanceaban en las horcas, cuerpos tumefactos de ahorcados, acribillados á balazos. Y otros en los árboles, despedazados, mostraban las más obscenas posturas. A los lados de los caminos, senderos de cruces, con cuerpos torturados, arrancados los ojos y vaciadas las entrañas... En chozas incendiadas, hacinados y ardidos, en montón informe, cuerpos de vencidos, amparados allí para dormir y cuyo sueño había sido eterno. A las orillas de los ríos, en las veredas de las montañas, por todas partes, troncos de cuerpos, cabezas cortadas, miembros en putrefacción... Y un olor pestilencial de muerte alzándose de los valles y los montes.

Un amigo salió á detenerlo, una noche, poco antes de atravesar un pueblo hostil, donde clavadas en picas, las cabezas de tres jóvenes vencidos, san-

graban aún bajo el picó implacable de los cuervos...

— Se sabe tu salida del campamento, y se te busca para asesinarte. No sigas. Ven á casa. Si avanzas te matarán.

— No importa.

Y siguió como un sonámbulo hacia su destino trágico.

Andando de noche, rotos los vestidos, lacerados los pies, llegó al fin á la alta colina que domina el valle natal.

El sol iluminaba la colina, dejando el llano en la sombra.

Temiendo ser visto y asesinado antes de abrazar á su madre, se detuvo á esperar que la noche cayera sobre el valle maldecido.

Sentado sobre una piedra vió hundirse lentamente en las tinieblas, la ciudad capitolina, la aldea hostil, y el grupo de árboles que ocultaba la casa paterna.

Dos campesinos pasaron entonces. No tuvo tiempo de huir. Lo miraron y no lo reconocieron. Tenía el aspecto de un mendigo, con sus vestidos harapientos, los cabellos incultos, la primera barba, sombreando su rostro demacrado y grave. Nada quedaba en él de aquel niño imberbe y elegante, que estaban habituados á ver cruzar por los senderos, altanero y taciturno.

Temiendo otro encuentro, se internó por una vereda de cazadores, que él conocía, y descendió por ella.

Era ya completamente de noche, cuando después de remontar el cauce del río penetró, saltando un muro, al jardín de su casa.

Tom, el viejo perro, vino á él gruñendo, lo reconoció y le lamió tristemente las manos.

Todo estaba desierto, todo negro, todo triste...

Ni una luz, ni un rumor...

Las flores se morían resignadas sobre aquel jardín en desolación.

La casa hundida en la tiniebla parecía un sepulcro.

Subió la escalinata limosa, á cuyos lados, vasos rotos ostentaban el cadáver de los últimos jazmines.

Atravesó los corredores desiertos y entró al salón.

Dos sombras se alzaron ante él, y avanzaron como dos iris negros, coronados por un rayo de luna...

Los dos fantasmas enlutecidos, se le prendieron al cuello sollozando :

— Luciano! Luciano! Pobre hermano!

Y le aprisionaron en sus brazos y lo bañaron de llanto.

— Y, mamá, mamá, ¿dónde está mamá? preguntó él, con la muerte en el alma.

Las dos vírgenes inclinaron el rostro, mudas y aterradas.

— ¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá? seguía gimiendo él.

Y, entonces, cubriéndose los ojos con las manos, sus dos hermanas le mostraron la gran puerta de la alcoba abierta...

Y, se lanzó á ella.

Un cirio, prendido ante una imagen, daba lividece de tumba al aposento.

Y, ante él, el sillón maternal vacío, el lecho sin ropas, sin cortinas, el silencio pavoroso.

Lo comprendió todo!

— Madre mía! madre mía! gritó ante la revelación tremenda y se botó sobre el lecho y besó las almohadas desnudas, y hundió en ellas, la cabeza y gimió como un niño castigado...

Y lloró la sangre de su corazón

. . . . . .

Tom ladró desperadamente afuera.

Una descarga se escuchó en el corredor, y sus hermanas enloquecidas se precipitaron en la alcoba.

— ¡Sálvate! ¡Salvate! Te buscan, te han denunciado. ¡Sálvate ó te matan!

— Que me maten, dijo él dispuesto á ser asesinado sobre el lecho de su madre muerta.

— Hazlo por nosotras, dijeron las dos niñas desoladas, poniéndose de rodillas.

El deber de vivir se alzaba imperioso ante él. Viviría.

La turba armada invadió el salón.

Tom, que ladraba con furia, fué ultimado por el oficial de la escolta, que disparó sobre él su revólver, y el noble animal vino á morir, aullando tristemente al pie del lecho vacío, donde sollozaba Miral.

El salón se llenaba del humo de la fusilería.

— Sálvate! Sálvate, volvieron á decirle las hermanas.

Entonces, Luciano las besó en la frente, y saltó al jardín, por la ventana que una de ellas le abría, mientras la otra, poniéndose con los brazos abiertos ante la puerta, ensayaba contener la turba.

Los soldados, que habían visto la huida de Miral, invadieron la alcoba, y desde la misma ventana por

donde había escapado, hicieron una descarga nutrida sobre el jardín... ¡Un desgajamiento de árboles, una lluvia de pétalos y de hojas... Y las carreras de la turba buscando al fugitivo.

Éste, que conocía bien el terreno, entró por un pequeño riachuelo que corría al pie de la casa, y formaba un remanso obscuro de aguas muertas, antes de extenderse en los potreros que regaba; penetró en las aguas limosas del pantano, hasta donde daba fondo, y con el agua á la garganta, se detuvo allí ocultando la cabeza en los grandes juncos acuáticos. Las balas de la fusilería, atravesando el jardín, venían á morir sobre el agua, produciendo al enfriarse en ella, un chasquido de foéte. Luciano, sentía el paso de sus perseguidores y sus voces de muerte, á menos de un metro de su cabeza, cuando pasaban por la orilla del pantano.

Un sirviente de la casa, que logró huir en un caballo, despistó los enemigos, quienes creyendo que era Luciano, abandonaron la cacería en el jardín y fueron en el mayor número á su persecución.

La angustia de Miral por sus hermanas subía de punto, cuando por un puente cercano, tendido sobre el arroyo, vió cruzar dos sombras negras, seguidas de una tercera, en carrera precipitada hacia una casa vecina. Las reconoció. Eran las dos huérfanas, que escapaban, seguidas de una sirvienta, hacia la casa de una familia amiga.

Viéndolas salvadas, Luciano respiró.

En tanto, los que de la turba y de la tropa habían quedado en la casa, hacían en ella un rumor de fieras, y se oía un ruido de golpes, como el que hacen

las hachas en la tala de un bosque. Era el ruido de los bárbaros, que rompían á machete todos los muebles de la casa.

Después, se hizo un silencio momentáneo y luego se escuchó el tropel de las fuerzas, que se retiraban y oyó claramente la voz del cura, que decía :

— El pájaro ha volado, pero ya no tiene nido. No volverá. ¡ Raza maldita !...

Y los grupos se perdieron en las sinuosidades del camino cercano.

Luciano Miral intentaba estirar sus miembros, paralizados por el agua, casi helada en aquellas alturas, cuando un espectáculo de espanto inesperado se presentó ante sus ojos.

De la casa, cuasi silenciosa, se levantó una columna blanca, tenue, que se elevaba en el azul de la noche, y el viento inclinaba, como una caricia, sobre los árboles descarnados y los arbustos sin flores.

Pronto ese humo se hizo negro, luego rojo, y estalló en una llamarada salvaje... Un formidable ruido de fragua llenó el espacio, saltaron los cristales de las ventanas, lenguas de fuego salieron, lamiendo las balaustradas de madera y prendiéndose á las enredaderas de los corredores, como sierpes luminosas.

¡ Era el incendio !

A su luz siniestra, se iluminaron los campos y un resplandor de horror corrió por sobre el llano terrificado.

El fuego comunicado al jardín ardía los árboles y venía por los maderos secos de una empalizada

hasta las orillas del pantano, donde las aguas verdes se iluminaban con un extraño color de crótalos en celo.

Las grandes llamas de los árboles se proyectaban sobre las aguas muertas, y al reflejarse en ellas parecían amenazar á Luciano Miral, cuyo rostro pálido, que á flor de agua parecía la cabeza del Bautista ofrecida á Herodes, se reflejaba como una rosa de muerte, sobre esas aguas extrañamente luminosas.

La casa se hizo una grande hoguera, y su luz roja empurpuró el azul calmado de la noche, y se extendió como una nube escalando el cielo, pronta á caer como un diluvio de sangre sobre los llanos malditos y el horror de la ciudad capitolina.

. . . . . .

Luciano Miral presenció impasible el incendio de su casa paterna. Todo su pasado ardía con ella.

¡ Ya no tenía madre ! ¡ Ya no tenía hogar !

. . . . . .

Cuando el ruido formidable de los muros al desplomarse apagó casi las llamas del incendio, Luciano Miral salió del agua, y solitario, bajo los grandes árboles, caminó en la sombra.

Pronto salió al llano silente, que volvían á iluminar de nuevo las llamas del incendio renacido.

Y anduvo, ante los vastos horizontes luminosos llenos de silencios.

Las blancuras lúgubres y cándidas del cementerio de la aldea se alzaban ante él.

Saltó el muro, y andando con piedad entre las tumbas rústicas, buscó en un terreno de familia la tumba de su madre.

Se postró ante ella, se inclinó sobre la tierra húmeda, la cubrió de besos, y lloró silenciosa y largemente.

La noche fría, de un frío intenso, coagulaba la helada, como una sábana de cristal, y sobre esa limpidez radiosa, las cruces negras y los rosales blancos, fingían un miraje acuático, de lontananzas aéreas.

Luciano Miral se acostó sobre la tumba materna, cavó con las manos la tierra, en el sitio donde creyó que estaban los oídos de su madre, hundió allí el rostro, y en un diálogo extraño, le murmuró las cosas íntimas y santas, brotadas de su corazón...

Y escuchaba, en la tiniebla densa, como si la muerta amada le respondiese en los grandes silencios de la noche.

Y sus gemidos se perdían en la inmensa decoración desolada, donde parecían lamentarse todos los dolores irremediables.

En la lívida luz difusa que daban las estrellas, se calló en su diálogo fúnebre, miró el paisaje argentado, que se extendía en torno suyo, y quedó inmóvil, silencioso, viendo crecer el alba, y oyendo gemir el viento en un triste desplegamiento de alas, sobre los rosales fúnebres.

Volvió á inclinarse sobre la tierra, en el lugar donde creía hallar el rostro de la muerta y besó con amor loco y desesperado el lodo y la nieve, tras de los cuales creía sentir el calor de los labios amados, y allí, en una plegaria muda, sepultó la última rosa de amor caída de su corazón.

Y como si de aquella tumba hubiesen salido consejos formidables de fuerza y de coraje, se alzó de

allí, calmado, lúgubre, hecho ya el Peregrino Implacable, del Dolor...

Y abondonó la tumba sagrada donde yacía su madre, bajo el sudario uniforme y lívido que cubría las fosas todas... Y atravesó el Camposanto, que parecía un gran estanque dormido bajo la nieve.

— Adiós ! Madre mía, murmuró ya sobre el muro, volviéndose por última vez, su rostro bañado en llanto, hacia la tumba humilde, sobre la cual la nieve rota fingía una extraña eflorescencia de rosas de cristal.

. . . . . .

Una hora después, era ya el día.

De pie sobre la cumbre que limita el valle, Luciano Miral veía hundirse para siempre en las brumas del horizonte el valle somnoliento, las ruinas humeantes de su hogar, el cementerio campestre, y la tumba de su madre coronada por todos los lirios de la Aurora.

. . . . . .

Se puso de rodillas sobre la tierra húmeda, tendió los brazos al espacio desolado, y sollozó el más hondo grito de su alma y de su vida :

— Madre mía ! Madre mía !...

. . . . . .

Después se puso de pie y descendió la vertiente opuesta de la colina, y tomó el camino del Ostracismo, que por entre sendas luminosas de laureles había de conducirlo hacia la Vida, hacia la Libertad, y hacia la Gloria.

En Venecia en el Estío de 1901.

En París en el Invierno de 1902.

DE « LOS PARIAS »

VIII

Era una epopeya de colores el esplendor de la mañana estiva.

Los altos cerros del levante, coronaban sus cimas argentadas, con rudos arabescos de verdura. Y, el nevado remoto, semejaba un gigantesco pájaro de ágata, prisionero en la púrpura del sol.

Un azul angélico, envolvía el contorno indeciso de las cosas, en vagas coloraciones de misal.

El llano, como un mosaico egipcio, desplegaba la amorfa policromía de sus colores, hasta perderse allá, en el horizonte, bajo desmesurados pórticos aéreos y vagas irradiaciones de miraje.

Un sol adolescente, sonreía á la tierra, en un cielo místico del Giotto, tenuemente coloreado por un rayo del Ticiano.

Era una mañana paradisíaca de leyenda, una de esas mañanas, que en las riberas del Ganges, debieron ser profetisas de teogonías y nodrizas de dioses, cuando la Divinidad surgía como un perfume, de la corola de un lotus.

En los senderos desiertos, cantaba la soledad idilios rústicos, y sobre el campo, lleno de un perfume de heno cortado, se extendía la caricia de la luz, celebrando la resurrección matinal de las rosas.

Claudio y Georgina, iban por la llanura asoleada, en la mañana tibia, bajo el mágico palio de aquel cielo de nácar, teñido de zafiro, como hipnotizados por el gran soplo panteísta, que se escapaba de la Naturaleza, y llenaba todo, con el estremecimiento de una caricia inquietante y fecunda.

Georgina, se apoyaba en el brazo de su hermano, grave, pensativa, ondulante, como una orquídea extraordinaria que se volviese orgullosa hacia el sol, con un aire de altivez natural, que hacía aun más esbelto su cuerpo de amazona y más augusto el gesto habitual con el cual erguía su cabeza auroleada, sobre cuyos bucles de oro, centelleaba el sol, como sobre una diadema imperial.

Rara vez, la naturaleza habría hecho, dos hermanos, tan extrañamente semejantes, como aquéllos.

Esa joven, rosada y blonda, de un blondo rojo, como se ve en los pasteles de mujeres, y aun en las figuras murales de los maestros venecianos, era sin embargo, idéntica, á aquel joven, de cutis bronceado, de ojos y cabellos negros, de una belleza sombría, semejante á los caballeros pintados por Van Dyck ó por Velázquez.

Era, el mismo mentón voluntarioso, el mismo gesto despectivo en los labios, la misma pertinaz bruma de ensueño en la mirada, el mismo pliegue de altanera y obstinada meditación, en la frente.

Y, esa resemblanza asombrosa en lo físico, era aún más acentuada en lo moral.

Todas las virtudes y fatalidades del atavismo, las implacables leyes de la herencia, la trágica, inextraviable acción de la sangre y de la naturaleza, el legado de todas las morbosidades, las inapelables sentencias ancestrales, se cumplían y vibraban en ellos al unísono.

El alma de la raza, fulguraba en ellos como en dos focos gemelos.

La herencia de una raza de acción, se cumplía en ambos. El don hereditario de la lucha, trabajaba por igual sus espíritus.

El alma de la virgen, era heroica, como el alma del hermano.

Aislada en su reclusión, sus pasiones engrandecidas en la soledad, se habían hecho silenciosas y altaneras, rebeldes á toda domesticidad.

En su claustración voluntaria, se había confinado en el encanto de sueños grandiosos, matizados de cosas incomprensibles á la trivialidad de la multitud.

Y, gustaba ese encanto indefinible y exquisito, que ha hecho la alegría de las más bellas almas humanas; el encanto del aislamiento. Amaba la gran gloria moral de ser sola. Sola, con su hermano, en un acuerdo misterioso de sus almas, en el encanto de una dulce intimidad, como en una isla moral, alzada, en los mares de la vida, en una selva adusta, de paisajes grandiosos, llena de flores intelectuales y hojas vírgenes, de pensamientos graves, solitarios, como murados y absortos en su gran sueño agudo y doloroso.

Ambos gustaban la amargura altanera de ser odiados. La fruta del Odio, como los higos salvajes, está rodeada de espinas punzadoras, pero, es deliciosa de devorar. Su corazón es dulce, como los labios de una amada.

Sus naturalezas altaneras y delicadas, habían crecido en el horror del mundo que los rodeaba, en la muda y dolorosa comprensión de la iniquidad que pesaba sobre ellos.

La extraña unidad de sus dos almas, las había hecho crecer paralelas, imantadas hacia el mismo polo, igualmente orientadas, en la tenaz obstinación del mismo sueño.

El alma de la virgen, resistía sin doblegarse, el peso de un pensamiento de hombre, que residía en ella, y la hacía grave, sin arrebatarle ni uno solo de los encantos de su feminilidad exquisita.

No era alegre aquella niña, venida al mundo en los brazos mismos de la muerte.

Era triste y seria, como si los sables de los bandidos, que despedazaron el cuerpo de su padre y amenazaron su vida en el vientre de su madre, hubieran cortado de su alma, la perfumada flor de la alegría.

En la bruma de misterio y de dolor que envolvió su infancia, comenzó á sufrir cerebralmente, en una necesidad inmensa de saber, de averiguar, de comprender, el *porqué* de su orfandad y su miseria.

Sin más compañía que la de su hermano, se adhirió á él con una ternura apasionada, con una acre delectación de dejarse absorber por esta inteligencia que ya consideraba superior á la suya. Y, como si

su hermano le hubiese sorbido el alma, se fundió en él.

Y, no vió sino por sus ojos, y no supo sino por sus labios, y no amó sino por su corazón, todas las cosas de la vida.

Era de verla, muy niña aún, puestos los codos en las rodillas del hermano, abiertos los grandes ojos, ya pensativos, escuchar absorta las extrañas narraciones, que él improvisaba para distraerla.

Como en aquellos países no había historia, la fantasía popular se había refugiado en la leyenda, unas leyendas épicas, de heroísmo cuasi insensato, de proezas inverosímiles, de una como gigantomaquia rural, cándida y bravía, que circulaban por ahí, bajo el título de « Historia Patria » y relataban, en discursos apologéticos, de un gusto más dudoso que el hecho mismo, las batallas de la guerra de la Independencia, y el Poema, de una ampulosidad homérica, pero de un extraño encanto de ingenuidad, en que se cantaban las hazañas de aquellos héroes de entonces, tan infantilmente bravíos y tan estoicamente grandes.

Fué uno de aquellos libros, el primero que leyó con su hermano, cuando ensayaba apenas, leer por sí sola, y de aquel libro, se alzó el primer soplo que había de despertar en su alma el culto apasionado por los grandes hechos y los grandes hombres de la Historia.

Y, para leer en manuscrito, fué su primer libro de aprendizaje, un expediente, que su madre había dirigido al Congreso de su Patria, pidiendo una pensión para sus hijos, como biznietos y nietos de

héroes de la Independencia, y como hijos de un soldado valeroso é infortunado.

Ese expediente, que no había logrado despertar la admiración, ni la gratitud, en las almas bozales de la *clique*, parlamentaria, refería toda la inrompible tradición de una raza heroica, desde el tatarabuelo, que había muerto en una horca, porque Gobernador de una provincia en tiempo de virreyes, se había puesto del lado del pueblo, en una sublevación contra las gabelas, al bisabuelo, muerto en prisión bajo un terrible *pacificador*, por su amor á la patria, hasta el abuelo, muerte en un campo de batalla, al lado de un general famoso, y el padre, el niño épico, cuyo poema adolescente, habría cabido sin desmejorarla, en un canto de la Eneida.

En ese poema de su raza, lo heroico llenó su corazón, y el amor á las grandes ideas y á las grandes acciones, poseyó su alma de niña triste y pensativa.

En su adolescencia, las poesías mórbidas, las novelas sentimentales, que inician el alma, en los vicios del espíritu, y ejercen una influencia más deletérea, que las novelas sensuales, que inician en los vicios del cuerpo, no cayeron en sus manos, ni bajo sus ojos.

El romanticismo, esa sentimentalidad morbosa, que es un histerismo del alma, que lleva á mayores corrupciones, que el histerismo del cuerpo, no mancilló con sus alas de tarántula venenosa, los prados vírgenes, donde se abrían las flores de su idealidad, una idealidad toda fuerte y gloriosa.

Su hermano, que la había educado así, en el mundo

heroico que respiraba su pensamiento, para hacerla un ser fuerte, apto para la vida, y no una sierva de la animalidad, una esclava del deseo, como todas las mujeres de su país, cuya suprema ventura se fincaba en la caricia violadora del matrimonio y la aureola dolorosa de la maternidad, se había empeñado en desarrollar su pensamiento más que su sentimiento, en hacer de ella una criatura consciente é intelectual, no un ser inconsciente, pasivo y sentimental, un ser de pensamiento y no de instintos, hacer de ella un alma para la floración portentosa de las ideas, no un cuerpo para las fecundaciones asquerosas de los hombres. Y, lo logró.

Pero, se cuidó bien, de hacer autónoma, el alma de su hermana, y dejarle toda la autoridad de su ser moral.

Oprimir su pensamiento, le habría parecido más cruel que martirizar sus carnes, y hacer violencia á su alma, más vil que hacérsela, á su cuerpo. Tenía el respeto de la conciencia de su hermana, en el mismo grado que el de su pudor. Su pensamiento, le parecía tan sagrado como su virginidad. Él, sabía que su voluntad era tan imperiosa como la suya, y no pensó nunca en plegarla, sino en dirigirla. Su suprema aspiración, fué dejarla apta, pero libre para el cumplimiento de su destino moral. Y, así lo hizo.

Cuando se separaron, y él partió para el colegio, Georgina, aunque muy joven, estaba ya en plena posesión de su yo, fuerte para la vida, aunque amargamente decepcionada de ella.

Así, ido su hermano, se replegó más en la soledad, se claustró aun más en el «Retiro», porque era una

de esas almas de excepción, que vuelven la espalda á la vida ordinaria, y replegadas sobre sí mismas, hallan mayores fuentes de ventura que en el espectáculo, casi siempre aflictivo, de la miseria, imperante en el alma de los otros.

No fué casi nunca al pueblo, no concurrió á ninguna fiesta, no cultivó amistad con nadie.

Eso disgustó, á la sociedad, sin importarle nada, á ella, que arrojó de sí, como inútil y depresivo de su dignidad, el hábito de tomar en cuenta, el decir de los otros, y la vanidad insolente ó la necedad agresiva de la opinión.

Apartó de sí, toda amistad íntima, y no cultivó sino la de Liana, su prima, porque era algo del alma de Claudio.

En cuanto á los hombres, que quisieron cortejarla les hizo comprender bien pronto, en qué desprecio tenía el arte de las coqueterías y del engaño, y cómo toda pretensión sobre su corazón era imposible.

Guardaba su amor á Justo, un amor puro y confuso, hecho de ternuras fraternales, de recuerdos infantiles, de blancuras, é irrealidades de sueños.

Viéndola, tan pensativa, su hermano la interrogó :

— ¿En qué piensas ?

— Pienso, dijo ella, gravemente, extendiendo, con un gesto litúrgico su mano hacia la inmovilidad rumorosa del paisaje, pienso que vamos caminando sobre las ruinas de nuestra fortuna ; recorremos las etapas de nuestro despojo.

— Es verdad, dijo Claudio, con un acento de ren-

cor profundo, mirando el trigal inmenso, que se extendía hasta el río, y que había sido el último que don Nepomuceno Vidal les había arrebatado.

Ondas de venganza y de cólera parecían subir del llano, hacia sus almas atormentadas.

— Mira, dijo Georgina, han tumbado todas las cercas, y han destruído el rancho de Cristóbal.

— ¿Por qué?

— El pobre viejo estaba muy enfermo, no pudo pagar los arriendos de un trimestre, y como mi tío, necesitaba el terreno, después que se lo quitó á mi mamá, lo hizo desocupar.

— ¡Pobre Cristóbal! Y, ¿á dónde está ahora?

— Está en el pueblo, en casa de Sebastián, su hijo.

— ¿El que debía casarse con Tránsito, el domingo pasado?

— Sí.

El recuerdo de la pobre muchacha muerta, ensombreció el alma de los jóvenes. Y, pensaron en Tadea, á quien iban á ver. Tadea, era la abuela de Tránsito y había sido nodriza de ellos dos. Iban á darle el pésame y á llevarle algo, porque estaba muy enferma y miserable.

— Cristóbal, tenía esto sembrado de legumbres, continuó Georgina, y lo han arado todo. Mira, no queda nada. ¡Pobre gente! Después de tantos años de trabajo echarlos así.

— ¡Qué crueldad! Y, por una miseria. El pobre viejo había caído enfermo. Yo vine á verlo, con mamá. Había vendido ya las dos únicas vacas que tenía, para pagar el médico del pueblo, porque Justo no

quiso recetarlo, pues mi tío le tiene prohibido curar los pobres, y dice, que no fué para eso que lo mandó á estudiar. Los dos bueyes que poseía, se los dió á mi tío, á cuenta de los arriendos, y tres ovejas, que Anastasia, la mujer, había engordado, tuvieron que dárselas al cura, porque debían el diezmo.

El rostro de Claudio, tenía una expresión terrible, de cólera.

Habían llegado al punto del llano desde donde se veía allá lejos, la masa gris y roja de la Aldea y las torres de la iglesia, destacándose, en la serenidad del horizonte.

El cielo, en un color de oro rojo, envolvía el paisaje como en un manto real. Por entre grupos, de árboles, que fingían una paz profunda, se extendían diversos horizontes, anaranjados y perláceos, que se desvanecían en blancuras de cristal, sobre los grandes murallones de la Sierra. *Santa Bárbara*, alzaba la torre minúscula de su capilla y las viejas construcciones de sus casas, entre un grupo de árboles, envueltos en una tenue niebla lilácea y semejaba una gran pagoda en un bosque índico.

Mirando la casa maldita, la guarida del despojo, los dos hermanos permanecieron silenciosos y trágicos.

— He ahí el templo de la victoria, dijo amargamente Claudio, extendiendo su brazo hacia el horizonte pálido.

— Sí, dijo su hermana. Y, nosotros somos los vencidos.

— Seremos los vencedores.

— Somos los esclavos.

— Seremos los libertadores.

— Hijos de la derrota, hemos nacido en el desastre, crecido en el dolor. ¿Moriremos en la resignación del vencimiento?

— No, dijo su hermano, la hora de la justicia va á llegar. El castigo, como un potro indómito, relincha impaciente en el límite del horizonte; pronto saltará sobre este llano, trayendo atadas á su cola, todas las haces incendiadas de la devastación... En su carrera vertiginosa, reducirá á cenizas, las obras del despojo y de la iniquidad. ¿No sientes algo como el rodar de carros apocalípticos en el horizonte? Es la guerra que viene. Ella será la libertadora. La hora del sembrador va á pasar. La cosecha de la sangre y de la muerte se abrirá en la noche. Una aurora de libertad, alumbrará la gran victoria. La hora del Verbo va á morir. Llega la hora de la acción. La nobleza de la palabra libertadora, es que arma, el brazo libertador. Solo cuando la acción sigue á la palabra, como el rayo al relámpago, es completo y definitivo el poema libertario.

— Dios lo quiera.

— Dios, hermana mía, no quema ya zarzas, ni detiene el sol, ni lanza lluvias de piedra, combatiendo por los hombres, como en los poemas heroicos de la Biblia. Dios, ha desaparecido de la Historia. No queda en pie, en ella, sino el hombre. El hombre sólo, debatiéndose contra las brutalidades agresivas de la naturaleza y las leyes ocultas de la fatalidad.

Y, Claudio, palidecía intensamente, bajo la emoción del momento, y el soplo profético que agitaba su alma y temblaba sobre sus labios elocuentes.

Georgina, comprendió bien, todo lo doloroso que pasaba en el corazón violento y tierno de su hermano, y como para no exacerbar su sufrimiento, calló, estrechándole cariñosamente la mano.

Habían acumulado demasiadas sensaciones amargas, para que pudieran hablar plácidamente.

Y, anduvieron en silencio, así, cogidos de las manos, hasta que el ladrido de los perros, les anunció que habían llegado al rancho de Tadea.

El sol alumbraba en esplendores de fragua, el cuadro de la miseria campesina. En el patio, entre el lodo que se secaba á los besos del aire, los niños y los cerdos se arrastraban. Gallos y gallinas fecundaban, orgullosos de la vida y del amor. Un cuervo melancólico, picoteaba en los detritus, bajo una enredadera de convólvulos en flor.

Adentro, la miseria era cruel y nauseabunda. En el suelo, en un rincón de la pieza, destartalada y ruin, sobre un lecho de cueros de oveja y mantas sucias, yacía Tadea, mal oliente, y demacrada como un cadáver. Las paredes del rancho, dejaban entrar la luz, y el aire por las hendiduras, á través de las cuales, asomaba de vez en cuando, un cerdo el hocico, ó pasaba alguna gallina cacareando.

La entrada de Georgina y de su hermano, arrojó como un rayo de luz, en la vivienda asquerosa y miserable.

— ¡Los niños! gritó la vieja al verlos penetrar. ¡Dios me los envía, para verlos por última vez! Y, en qué momento vienen! cuando nos botan!...

Esta palabra, hizo que Claudio y Georgina, se fijaran en el desorden que reinaba en la pieza. Era un

desorden de marcha precipitada. Los harapos de la pobre gente, los utensilios de cocina, las herramientas de labor, todo estaba reunido en grandes envoltorios, para ser puestos sobre dos asnos, desmedrados y tristes, que esperaban en el patio.

— ¿Y, por qué? murmuró Claudio.

— El amo nos expulsa, gruñó la vieja. Nos manda desocupar el terreno, porque dice que nosotros somos mala gente, que la muerte de Tránsito es un escándalo que deshonra la hacienda; que no somos buenos cristianos; que Tránsito se mató porque estaba en cinta y que nosotros alcahueteábamos esas porquerías, ¡ay! mentiras, mentiras, señor, Tránsito era honrada. Yo no sé cómo sería para ahogarse. Pero, ella no se mató. ¡Imposible! La pobre niña era tan buena... Y, la vieja rompió á llorar.

— El patrón nos bota, dijo gravemente el padre de la muerta, porque no quería que mi hija se casara con Sebastián, y yo dí el consentimiento. Sebastián no quería que Tránsito sirviera en la casa, por eso lo aborrecen. Y, dicen que nosotros somos liberales como él. Solo porque el muchacho, no ha querido servirles. Por eso el patrón quiso hacerlo reclutar, y lo tuvo ocho días en la cárcel, porque una vez no lo saludó. Esto no es sino una venganza, Señor, una venganza...

— ¡Vamos! apuren ¿á qué horas acaban de irse? desde esta mañana estamos en la brega y ya es más de medio día, y nosotros, tenemos que regresar, dijo insolentemente. Cerbeleon, el mayordomo de la hacienda, haciendo irrupción con otros cuatro peones en la estancia.

Al ver á Claudio y á Georgina, se quitó humildemente el sombrero, para saludarlos.

— ¿Quién ha ordenado eso? dijo Claudio.

— El patrón.

— ¿Y, no le dejan ni tiempo á esta pobre gente para partir?

— El amo dijo que los hiciera desocupar hoy mismo, y que no volviera allá hasta que no los viera irse, porque necesitaba empezar mañana á arar este terreno.

— Ya nos vamos, dijo Cayetano, cogiendo con furia los diversos paquetes, para ponerlos sobre los asnos en espera.

Ponto estuvieron éstos cargados, con el poco ó ningún equipaje de aquellos siervos infelices. Los gallos y las gallinas, atados de las patas, fueron los últimos colocados encima, en un asordador cacareo, como de protesta por el viaje intempestivo. La vieja, en camisa, y envuelta en una manta, fué colocada sobre el asno que se creía más fuerte. Los pobres padres cogieron sus hijos pequeños de la mano y mirando con un dolor intraducible su casa abandonada, se prepararon á partir.

Claudio y Georgina, los abrazaron con emoción, especialmente á la vieja, que había tenido cuidados de madre para ellos.

Y, la familia expulsa partió á pie, como los elefanciacos desterrados de las ciudades en la edad media, como un grupo de bohemios, expulsados por los aldeanos, como pastores del Cáucaso perseguidos por los lobos...

Mudos, sombríos, con una triste calma animal,

dejaron aquella casa, donde habían vivido sus padres, donde habían nacido sus hijos, aquella tierra labrada y fecundada por ellos, pobres bestias de labor, inclinadas eternamente sobre los surcos abiertos por su trabajo, para beneficiar tierras ajenas, y enriquecer con su sudor, amos vindicativos y crueles!

Y, se fueron, inclinados bajo la pena y la fatalidad, por las llanuras impasibles, ante la ultrajante serenidad de un cielo indiferente.

Los dos hermanos, regresaron silenciosos...

Sentían, el contagio de odios nobles y violentos crecer en sus corazones.

Las grandes visiones generales de la opresión, de la miseria y de la muerte, llenaban sus almas, con el rumor de cosas extrañas, inaccesibles y eternas.

¿Era que nadie podría reaccionar, contra la Injusticia Inmutable, contra la esclavitud de las almas y de los cuerpos, contra la miseria moral de tantos siervos abatidos?

¿La desesperación de esas visiones no movería nunca el alma de los hombres, el corazón de esas generaciones sin entusiasmo, educadas en el culto de la tradición y de la fuerza, extáticas de servilismo, apoteóticas de la mediocridad sagrada y triunfal?

El espanto de esta certidumbre helaba sus espíritus.

La hermana, adivinando la cuasi demencia heroica, que torturaba el alma de su hermano, como para abrir una válvula á aquel vértigo de emociones que lo ahogaban, murmuró:

— Ellos, también son *parias*.

— Sí, parias, é ilotas. El idiotismo arriba, el ilotismo abajo; he ahí la patria! Y, ¿qué han hecho tantas generaciones de intelectuales, que han vivido vida de pensamiento, sin arrojar un rayo de luz hacia el antro donde agoniza embrutecida el alma nacional, y mueren como bestias estos hijos de la gleba?

Y, ¿qué hacemos nosotros, los intelectuales de hoy, que no nos apercibimos de este mal y no reaccionamos contra tanta ignominia? Estamos en plena edad media y no queremos comprenderlo. Vivimos en la barbarie y lo negamos.

Tenemos un cáncer nacional en las entrañas y ahogamos el gemido.

Sabemos que tenemos esclavos y no lo denunciamos. ¡Cobardes todos, que tememos denunciar al mundo esta vergüenza moral, que nos devora. La esclavitud del proletariado ¿quién la denuncia? La cubrimos con un velo de complicidades y de metáforas, y creemos abolido el problema porque lo negamos. Y, nos llamamos república, porque vivimos en el desorden, y nos decimos civilizados, porque vivimos en la crápula. ¡Oh, los retóricos de la política han matado el alma nacional! Ellos, nos han enseñado el culto de la mentira y morimos de ese culto. ¿No han vivido más de medio siglo hablándonos de un Pueblo Soberano? Y, ¿dónde está ese pueblo? Son esos seres así, pululantes como insectos, en las más bajas capas de la bestialidad, esas larvas sociales, los que llaman ciudadanos? Y, es sobre esa entelequia, sobre esa mentira conven-

cional, que se ha fundado toda nuestra política, toda nuestra civilización, toda nuestra vida pública. Y, es en nombre de ese fantasma que se ha legislado, y es ese harapo de humanidad el que han proclamado soberano, y es en nombre de ese idiota inconsciente y salvaje, que han reinado... Y, todos los partidos políticos han invocado esa sombra, han fingido adorar ese ídolo miserable, ese rey de befa... Todos han explotado por igual, ese esclavo desposeído, en cuyo nombre reinan... ¡Oh, cuánto tarda la Justicia! El camino de la iniquidad lleva á la esclavitud, y la esclavitud doméstica es el heraldo de la conquista. Tierra tarda en dar libertadores, es tierra apta para conquistadores.

Los corceles de la conquista piafan en los campamentos de otras razas esperando los Alejandros que han de traerlos sobre nosotros! Leonidas tarda en surgir. ¡Ojalá que no venga tarde, cuando ya el caballo de Darío, apareciendo en el horizonte, haya dado los tres relinchos proféticos de las victorias inevitables, antes de llevarse entre sus cascos ferrados los jirones de nuestra nacionalidad desaparecida...

Y, calló, presa de un rencor vertiginoso, que hacía convulsos su rostro y sus palabras.

Y, regresaron así, en la dolorosa inquietud de sus corazones, sobre los cuales el Destino parecía salmodiar voces sibilinas, auguratrices de catástrofes remotas...

En tanto allá lejos, en la ceja del monte, la familia de campesinos expulsados, antes de pasar el río y entrar en la montaña bravía, se había vuelto para contemplar por última vez el valle amado.

Allá, en el fondo, una columna negra y roja, alzándose entre el cielo y la tierra, marcaba el lugar de su antigua casa. El incendio había seguido á la expulsión. Se le había prendido fuego, para que las llamas y las cenizas abonaran la tierra, por dónde al día siguiente debía pasar el arado...

Como si algo de su vida se quemase allí, los pobres siervos, quedaron como hebetados, contemplando el incendio lejano.

El sol horizontal, daba un resplandor lívido al grupo inmóvil.

La vieja se hacía fantasmal. Colocada sobre el asno era simbólica.

Parecía representar la imagen de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, que pesaban sobre aquel pueblo triste, de mansedumbre asnal.

El incendio, se extinguía en el seno de la noche que surgía.

El grupo parecía estremecerse y borrarse en las ondas de sombra, que ganaban la llanura y la montaña.

La mujer se puso de rodillas, como si rezase á una Madona invisible; los niños lloraban amedrentados, sín saber porqué; la vieja abrió los brazos esqueléticos en la sombra, como una protesta de la muerte; y el hombre, alma de pueblo esclavo, no tendió los brazos al horizonte, en señal de furia, no amenazó con los puños cerrados, no tuvo una frase de venganza; dobló la cabeza tristemente y lloró...

Las lágrimas rodaron por los surcos del rostro curtido y cayeron al suelo. La tierra las devoró.

¡Ay, esa tierra estaba hidrópica de sudor y de lágrimas de siervos!

¡Y, no las volvió nunca bajo las formas de un héroe social, libertador de esos esclavos de la gleba.

¡Tierra estéril para producir el heroísmo verdadero, que ha de libertar las almas de esos *parias*...

Sus selvas, están hartas de dar maderas para postes de las horcas, y no tienen la fuerza de producir una astilla de madera redentora, que sirva para cabo de un puñal libertador.

Tierra tarda en producir un Espartaco!

¡Tierra infecunda! Tierra vil!!

X

En la aldea nublosa y gris, el odio á Claudio Franco tomaba las proporciones del horror.

No era ya el vacío, era la agresión, poblada de peligros y rumores, la que rodeaba á aquel hombre, cuya grandeza hería la pequeñez general, cuya altivez era un bofetón á la bajeza imperante, y cuya alma solitaria y altiva, era un tormento y un reproche, al alma archi-putrefacta de la aldea.

La calumnia, agitó en torno de él, todos sus cascabeles de sierpe rencorosa y fatal.

La leyenda, que es el pan cotidiano de los pueblos bárbaros, envolvió su nombre en la ola de las más nauseabundas suposiciones, y lo arrastró por todas las veredas de la infamia, como un torrente salido de madre, arrastra en su corriente de fango el cuerpo de un ahogado.

No haber buscado amistades en la aldea, permanecer aislado, sin inclinarse ante la necedad fétida de la canalla acrimoniosa, he ahí su crimen imperdonable.

El absurdo batió á pleno viento, desgarrando su nombre y mancillando su vida.

Le calumniaron su infancia y su adolescencia, que temblaron bajo la diatriba, como dos cisnes, lapidados por bárbaros.

Su virtud fué un crimen.

No tener vicios, era tener todos los vicios. Así dijo la aldea. Si no bebía alcohol en las tabernas, era porque usaba morfina.

No jugaba en los garitos, con los otros mozos del lugar, porque era un avaro.

No tenía queridas y no violaba las campesinas en despoblado, según el uso corriente, porque era un degenerado y un vicioso.

Todas sus generosas tendencias, hacia la domesticación de la gran bestia, eran otros tantos asideros á la calumnia.

Si aspiraba á acercarse á la juventud, no era para iluminarla con sus doctrinas, sino para mancillarla con sus vicios. No era la palabra de Jesús, la que salía de sus labios, sino el beso de Sócrates.

Si quería acercarse al pueblo, no era para ilustrarlo, sino para explotarlo.

Sus tendencias á regar las doctrinas nuevas de arte y de literatura, en la mente joven, no eran sino un elixir venenoso, para corromper las almas, en un sensualismo morboso y degenerado

Sus generosas ideas en favor de los derechos lesionados en la raza indígena, infamemente desposeída de sus tierras, no eran sino artimañas de un abogado sin clientela, deseoso de adquirirla por ese medio, escandaloso y desleal.

Sus programas agrarios, sus programas políticos, no eran sino veleidades de un intrigante, ambicioso de conquistar el pueblo y hacerse su amo.

En literatura, era un *Decadente.*

En política, era un *Anarquista.*

En definitiva, un *loco.*

Así decía la Aldea.

. . . . . .

Solo un núcleo de jóvenes intelectuales, muy reducido, se agrupó en torno de aquel, á quien llamaban, su amigo y su Maestro.

Ese núcleo de almas inquietas, de intelectuales extraviados en plena barberie, de espíritus subtiles y delicados, alzándose en ese desamparo moral, sin armas, en el pleno salvajismo que los rodeaba, como la más altiva conmovedora protesta contra el obscurantismo, tomó para sí, un nombre, tristemente simbólico, que indicaba bien, su dolorosa condición de vencidos, en el triunfal Imperio de la Mediocridad, vencedora. Se llamaron : los PARIAS.

Claudio Franco, había dicho ese nombre, para indicar la espantosa orfandad de derechos, que pesaba sobre los pensadores, sobre los intelectuales, sobre los artistas, en esa época nefanda, en que mercenarios iletrados y monjes analfabetos, llegados al poder, habían proscrito todo símbolo, todo vocablo, toda idea, evocadores del culto extinto de la Libertad y la Belleza, y se empeñaban, con su mano castradora, en podar la milagrosa eflorescencia de almas, que se alzaban, como grandes girasoles imantados, hacia un sol inmortal de Arte y Redención. Ellos tomaron esa palabra como divisa y como paladium

para amparar bajo ella, la esterilidad de sus sueños gloriosos, y la nobleza de su esfuerzo, que ellos sabían inútil. Se sabían vencidos de antemano, y su gesto protestatario, no era sino la obstinación altanera de sus almas, en proclamar el Ideal, antes de desaparecer en el olvido.

En aquel círculo íntimo, de almas devotas á él, Claudio Franco abría todo su corazón á las dulces confidencias de la amistad, y dejaba volar libremente sus sueños, por el cielo sereno de sus pensamientos.

Y, gozaba en esos entretenimientos de poetas, porque él, también era poeta, á sus horas, y podía decir con Alfred de Vigny :

J'ai mis sur le cimier doré du gentilhomme
Une plume de fer qui n'est pas sans beauté.

Era un poeta enorme, como Moisés, y triste como el electo del Sinaí. No era un artista delicado y subtil. La gracia, estaba ausente de él. Su belleza era toda de fuerza. Venía directamente de las cóleras de Isaías y las tinieblas de Ezequiel. Tenía de la gravedad elefantina de Homero, y de su aliento bélico. Era un Aéda, implacable y tierno :

Les cœurs de lion sont les vrais cœurs de père.

Todos los domingos, Claudio venía al pueblo, y se hospedaba en casa de los hermanos Rodríguez, amigos suyos. Era allí, donde se reunía aquella pentarquía de *élite*, los anarquistas, como los llamaban, el cura en sus prédicas, y en sus artículos fiemosos, la prensa nauseabunda de la Aldea.

Eran estos, Tito Martínez, aquel que iba siendo

tocado de locura, al contacto con la loba materna: la parroquia. Médico eminente, muy dado al estudio especial de la Biología, cultivador de Claudio Bernard, á quien llamaba con una frase suya, el Leonardo de Vinci, de la Medicina, adorador de Darwing, ferviente de Spencer, muy dado á las teorías de Lombroso y Mantegazza; materialista feroz; discutidor sempiterno; devorador de libros; encontraba aún tiempo para aplicar con éxito los métodos de Pasteur, ser un cirujano á lo Pean, y un filántropo, un verdadero padre de pobres, en aquella aldea ingrata, donde era tratado de brujo, y odiado y perseguido.

Pepe Cifuentes, era el gran talento amargo y cruel, y el gran corazón abierto y fraternal. Abogado rico, no ejercía su profesión. Sabía, que en aquel foro rural no había sino la alternativa de vender su toga ó desgarrarla. Y, la desgarró. Benedictino de las letras, era el más asiduo cultivador de arte y de literatura, acaso en todo el pais. Vivía, como envuelto en las ondas sinfónicas del pensamiento universal. A su soledad le llegaban las mejores revistas, diarios y libros europeos. Sus ideas sobre estética, poética y política, eran más que avanzadas, exóticas, en esa sociedad, decrépita y polvorienta que moría de inanición senil antes de haber entrado en plena vida.

No había escrito nunca una línea para el público. Tenía el horror y el desprecio de la publicidad.

La creía la más abyecta y venal de las formas de la prostitución del pensamiento. El encuentro con esa *esfinge con cabeza de asno*, que según Pascal, es el público, no lo amedrentaba, pero lo indignaba.

Por nada del mundo, hubiera escrito una línea, para darla á devorar á aquel minotauro ciego. Igual desprecio tenía por la política. La inconsolable ruindad, la pertinaz mentira de los políticos de su país, habían acabado de desencantarlo arrojándolo en el más triste escepticismo. Cada político, le parecía un Diógenes, cuyo tonel era su propia vanidad. La política, entre nosotros, decía él, es un mercado de almas. Ese tráfico, envilece tanto al que compra, como al que vende.

Sus odios eran todos cerebrales. Odiaba los hombres del partido imperante, por malos y por ruines. Y, no tenía fe en los partidos de oposición, que los creía, un peligro en perspectiva y un apetito en huelga. Creía el Capitolio nacional, una fortaleza, defendida, y sitiada por bandas igualmente violentas y rapaces. No veía salud posible para su patria, que caminaba entre el despotismo y la anarquía, hacia la desaparición por la conquista. Era un cultivador del hermetismo, para su pensamiento patricio. Rehusaba su alma á la lucha, se rebelaba á inmergirla en la fermentación pútrida de la muchedumbre en descomposición. Refugiado en el silencio y la renuncia, veía indiferente, agonizar esa sociedad, de cuya decadencia final, se levantaba ya un vago olor de podredumbre y de muerte...

Los hermanos Rodríguez, eran hijos de un héroe obscuro y popular, muerto al pie de su bandera, sin ruido y sin *gloriole*.

Ricos, con una madre enérgica y amante, los dos jóvenes, hijos modelos, habían crecido en el estudio y la austeridad, fieles á los ideales por los cuales

había muerto su padre, y con una fe mesiánica en el triunfo próximo é inevitable de ellos.

Luis el mayor, tenía veinte y tres años. Alto, esbelto, pálido, con una palidez de asceta, en la cual brillaban sus ojos garzos, más bien tristes que soberbios, un tenue bozo, castaño como los cabellos, le sombreaba el labio superior. Era como aquel retrato de joven guerrero, pintado por Sustermans, en la *Galeria de gli Ufficci*. La misma expresión de fuerza sana, de indomable energía, de reto á la vida y á la muerte.

Su alma soñadora, impregnada del más puro lirismo, se alzaba pensativa y como engrandecida en el horizonte lívido de los más trágicos sueños libertarios.

Triste de sí, y triste de los otros, su juventud grave y meditativa, juntaba á sus visiones de Arte y de Belleza, los más osados sueños de justicia social y de desmesuradas inevitables catástrofes.

Las voces tristes y vengadoras de los grandes aédas revolucionarios, agitadores de pueblos, aventadores de conmociones, apóstoles de la grande obra social, que para no ser vana, tiene que ser inexorable, y para no ser estéril tiene que ser atroz, la prosa fulmínea de Blanquí, Valles, Rigault, Michel, Dombrousky, caldeaba su pensamiento, como una fragua, donde él, forjaba auréolas ideales, para los héroes y los santos, de esa nueva religión, que hará saltar en pedazos el mundo actual, como los monjes asquerosos del oriente y los esclavos rebeldes, y los bárbaros de occidente, hicieron saltar el viejo mundo, y el trono de los césares y los dioses del olimpo, alzando

como bandera entre las ruinas, el patíbulo de un siervo ajusticiado en una aldea lejana de Judea.

Nieblas ibsenianas, envolvían sus sueños de justicia, como las draperías impresionistas y los halos luminosos del simbolismo, adornaban las concepciones de su Musa casta y sereva. El soplo de huracán septentrional de Bjorson y de Hauptman, parecía poner en sus estrofas, el mismo rumor oceánico de sus muchedumbres desarrapadas, de sus turbas de obreros menesterosos, hambrientos de Derecho, de Pan y de Ideal.

Alma de *élite*, enamorada del Arte nuevo, bajo todas sus formas, desde el rombo asordador del wagnerismo y los más altos sueños estéticos de Mallarmé, hasta los *Kymatolega* de Leconte, los *lieds*, quejumbrosos del Fauno Verlain, el Neo-helenismo del Archimandrita Moréas; la flauta pánnida de Sully; el simbolismo hermético de Dierx, la panoplia greco-romana de Heredia, se empeñaba en buscar á través de ese estremecimiento de lo bello, el estremecimiento de lo grande. Sobre la frente de su Estética, volaba el sueño de su Ética. En el *bouquet* ajado de las flores líricas, parnasianas y simbolistas, él buscaba esa gran rosa roja, rosa de venganza, que el Polífemo bravío, Laurent Tailhade, cultiva con furores de tigre y lágrimas de niño, en el bosque sagrado de la Poesía, donde entre flores de neurastenia y símbolos de decadencia, agoniza una legión de estetas infecundos.

Idealista absoluto, de la escuela de Hegel y de Fitche, las ideas puras eran la base de su estética. Altruista, revolucionario y abnegado, la sombría inspiración de Bakounine, parecía ser el alma de su poética.

Soñaba un movimiento literario activo, que llevara á un movimiento revolucionario efectivo.

Clamaba por el poema que reventara, en llamas. Gritaba por la estrofa que estallara en bomba. Él creía, que el arte, no es un placer, sino un deber, en la época triste en que vivimos. Que, á más de servir á las más altas idealidades del espíritu, debe ser el apóstol de las más dolorosas realidades de la vida. Al arte, puramente ideal, debe oponerse un arte social. Al culto estéril de la Belleza plástica, el culto fecundo, de la libertad práctica. Á la poesía hipnotizante de las praderas de Burne-Jones, el cuadro de *Los últimos cartuchos*. Á la *leyenda de Santa Genoveva*, la *Barricada* de Delacroix. Á las embriagueces fatales, de un idealismo puramente soñador, las obras sociales de un arte noblemente luchador. Al individualismo orgulloso, que se encierra en su torre de marfil, para soñar, el altruismo generoso, que baja á la arena para luchar. Al arte que reniega de la Vida, por prosaica y por vil, por tumultuosa, y por mala, el arte que ama esa vida por dolorosa, que la ama por sus luchas, que sabe vivir combatiendo noblemente, y morir estoicamente, si es preciso, dejando en pos de sí, algo más que un eco de gloria, la repercusión de un grito de dolor y más que un rayo azul de ensueño, un reguero de sangre sobre la tierra.

Él, no se encerraba en la fórmula cenobítica y estéril, de *el Arte por el Arte*. Esa vergonzosa y altanera infecundidad, lo indignaba. Él, amaba el Arte por la Vida y para la Vida.

La vana ocupación de la Poesía, llenando, el mundo de símbolos sonores, desoyendo el balbuceo angus-

tioso de las muchedumbres, que piden ser comprendidas, interpretadas, defendidas y salvadas por los hombres intelectuales; esas ondas armónicas que van por el mundo, relatando mezquinos dolores personales, casi siempre falsos, morbosidades extrañas, pasiones convencionales, en vez de cantar las grandes verdades dolorosas de su época, y traducir en himnos orquestrales, el gran sollozo oceánico del terrible, inconmensurable dolor universal, le parecía un desconomiento criminal de los destinos superiores del Arte. A ese sol anémico, sol de decadencia y de agonía, él, prefería ese sol rojo, que despuntaba en un horizonte verde nitráceo, entre un humo denso de bombas en explosión.

En su generación, llena de neurosis, poseída del furor de lo pueril, intoxicada del virus religioso, obsensionada por las bastardías pornográficas del amor, por los cadrioleos bárbaros del sport, las muecas clownescas de los *five o clock* y de los *garden party*, pervertida por los erotómanos tonsurados de la Iglesia y los vaudevillistas asalariados de la política, apegada á la vida como un crustráceo, incapaz de ensayar un vuelo fuera del fango pomposo en que vivía, egoísta, anémica y nula, él, era, de los muy pocos, que lejos de las subtilidades escolásticas de la política de partido, amaban las soluciones definitivas y violentas del pensamiento anárquico.

Las raras y trágicas apariciones de la multitud en la vida del mundo, le parecían tan grandiosas y tan decisivas, como las antiguas apariciones de Dios sobre las cumbres incendiadas y enmedio á las batallas de los hombres.

Los ergotismos radicales, no satisfacían su sed de absolutas liberaciones.

No creía en el poder de ese arroyo de sofismas, lento y jugueteador, llamado la Evolución. Lo esperaba todo del desbordamiento de ese gran río implacable y fecundador, llamado : la Revolución.

Creía, que el jacobinismo, explotaba al pueblo en nombre de la Libertad, con mayor perfidia, que los hombres del antiguo régimen, lo habían explotado en nombre de la Autoridad.

El radicalismo, le parecía un Hércules apócrifo, acariciando la hidra en vez de matarla.

Los más brillantes entre los teóricos de esa demagogia letrada y miedosa, no llegaban á la altura de la elocuencia y las ideas de un Jaures, de un Grave, de un Sebastián Faure, y eran por la convicción, marcadamente inferiores, al último de los amigos de Pallas, torturados en Monjuich.

Era una secta de burgueses teóricos, venerables y mediocres, fieros predicadores de ideales de rebeliones formularias y arcaicas, generosos y graves apóstoles de sofismas y de virtudes estériles.

Él prefería los prácticos á los líricos ; el hecho á la palabra ; la explosión de ácidos á la explosión de metáforas.

Entre Brisson y Vaillant, prefería á Vaillant.

La elocuencia de la palabra, es nada ante la elocuencia del hecho. La palabra, esboza lo que el hecho afirma. El hecho es. La Historia no es un diccionario de palabras, sino una serie de hechos.

Esos teóricos convencidos, le parecían, algo así,

como los arcángeles que hospedó Loth. Eran los heraldos del fuego, pero no el fuego mismo.

El evangelismo seudo anárquico de Tolstoi, no lo satisfacía. Ese viejo Cristo, perdido allá, en las estepas moscovitas, predicador de luenga barba, en los desfiladeros urales, le parecía rudimentario y pueril, de un sentimentalismo brumoso y cándido, que es casi un histerismo senil.

Tolstoi, es el antípoda del Arte. Por eso amaba menos, á ese viejo oso, soñador del Cáucaso.

Amaba con pasión los libros de Obolensky, por el rictus de dolor mortal que se diseña en ellos. Ese príncipe doloroso, ese desterrado salvaje, le parecía mil veces más cerca del alma del pueblo, que el rústico noble de Yassnaïa-Polyana.

Obolensky, es el Orcagna de la pluma. En sus libros, corre un estremecimiento de horror, más grande, que en los frescos, simbólicos y coloridos del campo santo pisano. Su obra, es verdaderamente : el Triunfo de la Muerte.

A todo el sentimentalismo transcaucasiano, tan semejante al sueño de un mujik epiléptico, él prefería las fuertes y sanas concepciones del espíritu alemán.

Niestcher, metafísico obscuro, le parecía un Mesías. Era el genio enloquecido, que daba su razón en holocausto, después de haber dado su corazón.

Van-Braedecker, un león suelto, por arenales incendiados.

Heemer, Woberman, Brenguellern, águilas que llevaban teas...

. . . . . .

En su país, no había nada semejante.

Generaciones cloróticas, de cultivadores del yo, agotándose miserablemente en los eriales de viejas tradiciones, ergotistas, continuadores de un arte estéril, llena la cabeza de razonamientos metafísicos y el corazón vacío de sentimientos nobles, faltos de toda energía, ineptos para la acción, doblegados, como un grupo de cariátides, para sostener extraños fetiches; faltos de fuerza para mantenerse de pie como hombres, cayendo miserablemente de rodillas ante Dios, ó sosteniéndose en cuatro pies ante el Amo; sin el deseo ni la fuerza de vivir vida de acción; incapaces de un gesto heroico, de una acción fecunda; no amando más humo que el del incienso; sosteniendo el *statu quo*, de la barbarie; irresponsables y fatales; viviendo en un universo interno de sueños infecundos; caminando en sentido inverso de la vida, hacia la muerte, una muerte por agotamiento, la muerte débil de las almas anónimas, sin recuerdo y sin gloria.

Esas eran las generaciones intelectuales de su patria, á excepción de dos ó tres rehusadores soberbios, que en un destierro más ó menos voluntario, habían ido á pedir á otros países, el derecho de pensar, de vivir, de obrar y de escribir, gloriosos y autónomos, ante el gran Sol de la Civilización y de la Libertad.

Los políticos, que en su país pasaban por más avanzados, no llegaban sino á las fronteras de un radicalismo sentimental y cándido, cuyo mayor esfuerzo de violencia, consistía, en ensalzar ó imitar, el gesto triste y los odios bravíos, de esas taci-

turnas mediocridades, que fueron sus antecesores : los jacobinos franceses.

Esos artesanos de la metafísica, complaciéndose en dibujar arabescos en torres ideales, sin dignarse bajar la vista á los cimientos del templo que caía ; apóstoles de tecnicismos y sistemas, en horas de sombrío naufragio ; sembradores de paradoxas en horas de tempestad ; buscando restos de antigüedad sobre la playa azotada, incapaces de plantar, ante la mar en furia, sobre la costa negra, el faro del Ideal ; esos retóricos, esos pedagogos, esos clásicos, retoños ampulosos de la mediocridad ilustre, revolvían su ánimo en cólera, hasta las náuseas del desprecio.

Ese concierto de sonoridades verbales, le parecía el himno de la esterilidad, sonando sobre las playas de la Muerte.

Odiaba en su época, la política por vacua, y el arte por exangüe.

Él no creía en obra de arte inmortal, fuera de la obra social.

Separar el arte, de las necesidades dolorosas de su época, le parecía algo así, como castrarlo, antes de estrangularlo.

Él creía, que el escritor, el poeta, el artista, debían ser como sumos sacerdotes de la grande obra social.

Y, la misión del Arte, debía ser :

Narrar, cantar, pintar, esculpir, el hondo dolor de la época, el gesto pavoroso del pueblo en pena, que tiende sus manos en gesto de desesperación hacia la siniestra imperturbabilidad del cielo vacío.

Hacer en la prosa, en el verso, en el mármol, la reproducción de este grupo trágico, de la fuerza de-

gollando al mundo, que es la síntesis de la época actual.

Que el verso sea, algo más que armonía mórbida, conjunción de refinamientos, y asonancias, gama de colores, de una poesía claudicante, crepúsculo de decadencia y sol de talco.

Que el poema, la novela, el mármol y el lienzo, sean todos la reproducción sociológica, y la copia fiel de ese *orden social existente*, que según Laforge, *es un escándalo, capaz de sofocar la naturaleza humana.*

Hacer del Arte un delator.

Darle al Arte una conciencia.

Hacer novelas, como Tácito escribía Historia, para encerrar dentro de los muros de su dialéctica los césares, desesperados.

Hacer poemas, como Dante escribió los suyos, para encerrar en las mallas de sus rimas fúlgidas, y ver contorsionarse en los círculos de su *Infierno* todos los réprobos de su época y de su patria.

Hacer la estatua, que casi grite de dolor, como el *Hércules Vencido.*

Hacer que el lienzo reproduzca, el horror de la misericordia lapidada, como en el *Cristo*, de Rembrandt.

Hacer del Arte, una protesta.

Todas las protestas.

Tales eran las ideas de aquel poeta tierno y terrible, de aquella alma de combatividad, altanera y despectiva, que prisionera en sus sueños de liberaciones, no veía sino la faz tormentosa y macerada del pueblo, que tendía hacia él, el temblor de sus manos invocatrices.

Su alma fraternal, enamorada de la solidaridad de los espíritus, había educado á su hermano, con una ternura infinita, deseoso de ver florecer en él sus teorías de arte, sus extrañas teorías de sufrimiento y sacrificio, su raro y opulento sueño de poesía social, las crinejas luminosas de sus Quimeras leoninas.

Y, veía con placer, el despertar de aquella alma de diez y siete años, profundamente turbada ante las cosas graves y tristes de la vida, y dotada ya, á la tristeza insondable, de aquellos que han mordido el fruto amargo del saber, y tienen el goce, voluptuoso y alto, del ensueño, la peligrosa embriaguez de lo infinito.

Carlos Rodríguez, era un soñador, no un luchador.

Era un sensitivo triste y grave, ese bello adolescente, de formas gráciles y ojos pensativos, que parecía, apoyarse en la fuerza de su hermano, como un Endimion niño, tocando la clava de Hércules.

De su talento adolescente, podría decirse, lo que Jean Aicard dice del Rhône :

Et né dans la blancheur, il finit dans l'azur.

La decoración de sus sueños se abría en praderas florestales, de silencios idílicos, en sitios elíseos y taciturnos, bañados de crepúsculos.

Sus rimas, de una rareza extrema y delicada, hacían pensar, en prodigios de cerámica japonesa, y por la tristeza del color y la armonía de los tintes vagos y tenues, recordaban aquellas creaciones del admirable prerrafaelita, Williams Moris, sus campos de azucenas bajo cielos exóticos, la melancolía

holandesa de Dysselholf, y aquellos paisajes beatíficos de Walter Crane, de grandes floraciones acuáticas, abriéndose en el silencio de noches lunares.

No lo obsesionaban las ideas de reivindicaciones sociales, que atormentaban el alma de su hermano.

Su ideal de Belleza, era todo metafísico y simbólico, con una vaga inquietud carnal, que hacía de sus versos delicadas rosas de Arte, en un jardín baudeleriano y primaticio.

La posesión cuasi hipnótica de sus visiones, le creaba un mundo de bellezas artificiales, rojas á veces, como una alucinación del Bosch, ó de Vander Helst, con praderas, de púrpura ó de sangre; blancas y luminosas otras, como un paisaje de Van der Welde, en la porcelana inmaculada de un vaso de China.

Su barca lírica, iba con velas de castidad, bogando como un cisne en el lago del Ensueño y la Melancolía.

Y, podía decir, con una musa hermana de la suya:

La rame tombe et se relève,
Ma barque glisse dans le rêve.

Y, su hermano, se inclinaba feliz, sobre esa alma amada, mirándose en ella, como en el fondo de un lago profundo.

Eran los dos hermanos, otros como gemelos de Rhea, alimentados por una loba ideal, no al pie de las murallas de Roma bárbara, sino bajo los muros vencidos de una Roma decadente.

Tal era el grupo fraternal de espíritus idealistas,

soñadores de nobles liberaciones, que anhelantes de una vida intelectual superior, osaban, en aquella aldea, salvaje y hostil, soñar en el Arte y en la Libertad, con los ojos fijos en un rojo sol de sangre, que ya montaba al horizonte...

Y lo saludaban como los héroes de Germania :

« *Tu sei la nostra Fede — la speme e la Vittoria. — Tu sei la nostre sorte. Tu sei la nostra Gloria. — In Te si spera é crede : — ¡ Urra ! Viva la Morte !*

XXI

Los leones se cazan á la hora del crepúsculo, cuando bajan hacia la fuente, vencidos por la sed.

Era la hora crepuscular del heroísmo...

El gran león bélico, descendía en silencio por la montaña sombría.

Iba hacia lejanos abrevaderos, á apagar su sed inextinguible de batallas y de triunfos.

Claudio Franco, había roto el círculo de hierro, en que lo habían encerrado sus contrarios, y ganando los montes vírgenes, intentaba llegar á los llanos orientales, donde al frente de focos dispersos que aun resistían, pensaba resucitar la rebelión.

Hacía diez días, que con dos ordenanzas y un guía, atravesaba la montaña bravía, abriéndose camino por entre sus laberintos inextricables, tallando senderos en las rocas, vadeando ríos profundos, combatiendo con las fieras del desierto.

Y, esa tarde, habían llegado á una grande altura, á un pico de cerro, que se inclinaba sobre un to-

rrente tormentoso, que se precipitaba en cascada hacia un abismo. Habían hecho alto allí.

Por entre los claros de la arboleda gigantesca y la vegetación opulenta, se alcanzaba á ver, allá abajo, como una mar oleginosa, verde y gris, la llanura oriental donde los partidarios de Claudio Franco, dispersos en guerrillas, lo aclamaban y lo esperaban, para ir con él, á nuevas batallas á cortar nuevos laureles en las florestas del triunfo.

Y, la visión de la victoria, con sus decoraciones magnificentes, volvió alzarse á los ojos del héroe extenuado y vencido, llamándolo con sus mirajes, allá en el llano infinito, que silueteaba bajo ondas de oro, en el esplendor de un cielo tropical, que se extendía sin límites, como una superposición de firmamentos.

Y, el alma del héroe se llenó de una infinita tristeza, rememorando las injusticias, las calumnias, las infamias de que había sido víctima en esa ascensión penosa en busca de la victoria y de la libertad...

Y, tuvo vergüenza de los hombres por quienes se había sacrificado, vergüenza de su patria, vergüenza de todo ..

La multitud había corrido á prosternarse de nuevo, ante sus amos, temblorosa, queriendo hacer olvidar por nuevas bajezas, el instante de rebelión que había tenido.

En medio del gran silencio, todas las frentes se inclinaban ante el hacha del verdugo, que se alzaba en el horizonte como una grande hostia pálida, y caía, cercenando cabezas de vencidos...

El cadalso proyectaba su sombra, como un te-

rrible monstruo de leyenda, sobre la tierra roja de sangre.

La muerte aleataba y descendía, como un siniestro pájaro de presa, sobre las cabezas más altas.

Icaro, monstruoso y terrificante, se mostraba desde su palacio, á la muchedumbre adoratriz y á las turbas de mercenarios, que merodeaban en las ciudades con un fracaso de borrasca. Su cabeza, empenachada de orgullo imbécil, se alzaba con un inmenso gesto de cólera sobre la faz sombría. El chacal no se dulcificaba con el deslumbramiento de la Apoteosis. Quería nuevas víctimas. En el alba engrandeciente de sus triunfos, era inconsolable, porque sus venganzas aun no estaban satisfechas...

Nuevos turiferarios habían venido á aumentar la estallante sinfonía de adulación, que cosquilleaba los oídos del César...Eran los traidores, escapados á los ejércitos vencidos, los delatores urbanos, los enemigos personales de la gloria, los *héroes de la paz*, como ellos se llamaban. Alejandros de la venalidad, legionarios del hartazgo, eran los delatores patentados de ese nuevo Diocleciano. Sus bocas eran inagotables de adulaciones y de denunciaciones, incansables en su viaje vertiginoso hacia la infamia, el vientre contra la tierra, los labios contra la gradas del trono, pedían con voces suplicatorias, el honor de ser aplastados, de ser ungidos, por la planta del amo, que los honraba con la limosna de un desdén misericordioso, inagotable. Ellos eran los perseguidores y los delatores de los héroes...

¿Por qué rara combinación, por qué extraño es-

píritu de presciencia Claudio Franco pensaba en ellos en ese momento?

Buitres majestuosos y cuervos lúgubres, ennegrecieron el horizonte con vuelos asustados...

Un rumor, confuso llenó la selva.

Una descarga, se abatió sobre Claudio Franco y sus tres compañeros.

El guía y un soldado, escaparon hacia la montaña, otro cayó muerto al pie del jefe.

Cuando Claudio se puso en pie, se vió rodeado por todas partes. Eran los mercenarios de César, que llegaban. Hizo uso de su revólver.

Le hicieron una nueva descarga, casi á quema ropa, y herido por dos balas cayó al suelo.

Entonces los legionarios, enviados para eso, lo despedezaron á machetazos.

Vivo aún, lo amarraron á un árbol, y á bayonetazos le vaciaron las entrañas...

Tardo en morir, él los apostrofaba irreductible, desamparado de los hombres en la montaña trágica.

El sacrilegio se unió al crimen. Le desnudaron y ejercieron sobre él, la más impura y cobarde mutilación...

Retorciéndose en la agonía, el héroe ya no hablaba, agonizaba torturado en el gran silencio de la selva.

Lo desataron entonces, le ciñeron la soga al cuello, le prendieron á la rama de un grande árbol, para inclinarlo, ataron la soga á esta rama y la soltaron...

Al erguirse, de nuevo, el árbol, levantó el cuerpo

del ahorcado, que dió uno como vuelo, girando en el aire y levantando los pies hacia el cielo. Después, cayó sobre las ramas nudosas y quedó oscilando, como la péndula de un reloj, tocada con furia.

Los asesinos se divirtieron en tirar al blanco sobre ese cuerpo, y lo acribillaron á balazos...

Después, se alejaron, riendo y cantando, por la montaña estremecida, donde caía la noche, en amplias ondas de silencio, llenando el bosque de desdeslumbrantes reverberaciones de oro. . . . .

. . . . . .

El cuerpo del ahorcado, se agitó largo tiempo, como en una convulsión desesperada, luego, fué gradualmente regulando la oscilación, que después de cierto tiempo se hizo casi imperceptible.

La lengua afuera, cuasi despedazada por la contracción de los dientes, los ojos salidos de las órbitas, el cuerpo chorreando sangre, desnudo, en el horror de sus vergonzosas mutilaciones, aquel cadáver pendía lamentable y siniestro, en la luz lívida, que flotaba aún sobre la gran selva, venida de una última irradiación del sol, que había muerto bajo pórticos de ónix, en una marea creciente de nubes incendiadas.

Los cuervos, que habían volado asustados con los giros y estremecimientos de ese cuerpo, lo miraban ahora sin miedo, revoloteando en torno á su quietud.

Abajo, era una charca de sangre y materias viscosas, que rodaban del cuerpo lacerado.

Los cuervos, miraban al ahorcado desde las ramas más vecinas, á veces volaban sobre él, tocándole con

el ala la cabeza. Pero lo que los detenía para devorarlo, eran los ojos, los espantosos ojos del muerto, que parecían mirarlos...

Uno, más audaz, se le posó en el hombro, el cadáver se movió al peso y el pájaro voló asustado.

Otro, repetió el ensayo, y quedó quieto sobre el hombro, en la actitud heráldica del pájaro de Minerva, enarcado el cuello, vuelto el pico voraz hacia el rostro del muerto. Y, desafiando la mirada fija de aquel rostro, le picó uno de los ojos protuberantes. El ojo se reventó. Entonces el pájaro abriendo las alas, apoyando las patas en el cuello de Claudio, introdujo el pico todo en la cavidad y quedó allí aleteando feliz en el hartazgo. Otro lo imitó, y bien pronto los ojos del muerto fueron dos agujeros negros, que parecían llorar dos rios de sangre.

Los cuervos todos se lanzaron graznando y el cadáver desapareció bajo aquella mortaja negra...

El festín fué largo.

Cuando los cuervos hubieron partido, no quedó sino una masa informe y sanguinolenta, un amas de piltrafas y de huesos de aquel que había sido el soberbio y sublime triunfador.

El silencio en derredor era profundo, turbado solo por el frotamiento de las ramas, y el canto agorero de los pájaros nocturnos.

El cadáver se había hecho quieto, y parecía con sus ojos sin pupilas mirar el cielo, donde á la luz intermitente de una luna triste, se agrupaban nubes negras, en el horizonte tempestuoso, formando extrañas cuadrigas, corceles alados, en que parecían cabalgar guerreros conquistadores y caprichosos,

terribles carros de Visión, que semejaban carros de conquistas. . . . . , . . .

De súbito, un gran soplo de viento agitó el árbol donde pendía el ahorcado. La rama en que estaba el cuerpo, crujió, se requesbrajó, se rompió... El muerto cayó sobre unas ramas, de ellas contra la roca, y de la roca rebotó al precipicio donde el torrente mugidor se desplomaba tambien, como un león con melenas de espuma, pronto á devorarlo.

Y, el cadáver del Gran Paria, desapareció en el abismo, bajo el sudario de encajes que le hacían las aguas en tumulto, y el cántico apasionado de la selva y los himnos gloriosos de la Noche.

. . . . . , . . .

¡Espartaco había desaparecido!

¡Alarico tardaba en aparecer!

ÍNDICE

LITERATURA

De « Copos de Espuma » 3
De « Flor del Fango ». 13
De « Ibis » 33
De « Las Rosas de la Tarde ». 57
El Arte 77
El Teatro 89
La Novela. 113
El Verso 137
La Palabra 153
El Poeta 161
De « La Simiente » 173
De « El camino del Triunfo » 215
De « Alba roja ». 255
De « Los Parias ». 289

PARÍS. — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
P28
1909